

TEATRO



NOTA

Pasada de Tío Tigre, Tío Coyote y Tío Conejo, data de 1928 y permaneció inédita hasta el año 2000, en que salió publicada en *El Pez y la Serpiente* # 38. Goza del fresco divertimento de la iniciación vanguardista.

Pastorela—paso de Navidad en verso fue estrenada en Granada en 1941.

Por los caminos van los campesinos, estrenada en 1937, fue escrita con la intención de hacerse representar como “teatro callejero,” para llevar al pueblo un mensaje de rebeldía contra la rutina política que imponía, en ciclos devastadores, revoluciones y gobiernos, gobiernos y revoluciones, sin otra consecuencia humana y nacional que el cambio de personas arriba, y la matanza, la miseria y la destrucción, abajo. El autor fue corrigiendo su obra a medida que se representaba hasta lograr esta versión definitiva publicada por primera vez en 1957.

La Cegua está basada en una obra dramática desaparecida, original de Pablo Antonio Cuadra. Esta adaptación para guión cinematográfico la hizo Cuadra con la colaboración de Ernesto Cardenal, en México, y ganó un premio iberoamericano en 1950. Fue publicada por primera vez en 2001 en *El Pez y la Serpiente* #40.

Death, Johana Mostega y Un muerto pregunta por Julia, aparecieron reunidas en el libro *El Coro y la Máscara* (1991). *Death* es la instantánea escénica del hondo drama padecido por Nicaragua en la Guerra Nacional contra el filibustero William Walker; *Johana Mostega—La Ciudad y el Río* es un poema coral sobre la fundación y destrucción míticas de una ciudad nicaragüense, símbolo de la lucha entre utopía y realidad de América; *Un muerto pregunta por Julia* es la trágica metáfora del rechazo de la historia a las ideologías anacrónicas.

Pasada escénica de Tío Tigre, Tío Coyote y Tío Conejo

FÁBULA LUNAR

Pozo. Camino largo. Llanura al fondo. Luna llena. Un cercado.

TÍO TIGRE: *Jala agua y bebe.*

Apagaré esta sed que se ensaña en mis entrañas
desde que vengo rondando las montañas
a la luz, sin fortuna, de la luna.

Bebe otra vez, hablando consigo mismo.

¡Hambriento carnicero
que vagaste buscando tu sustento
por el llano tan plano como la palma de la mano:
en vano

tu ojo certero de felino
acechó en los senderos del camino!

Ni animal racional,
ni venado que corriera por el prado,

ni pisote, ni armado,
ni vieja comadreja,

¡ni siquiera
una víbora rastrera!...

En vano vigila tu pupila
y en vano, Tío Tigre, tus pezuñas
afilan sus uñas

en el hambriento afán de tu tormento.



De pronto mira lejos y se torna acechante.

¡Ah!

Pero

¿quién viene allá
por el sendero
que conduce al aguadero?

Fijándose más. Reconociéndolo.

¡No! ¡Qué digo!

¡Es mi amigo Tío Coyote
que se acerca con su trote
tan cansino
por la cerca del camino!

Pensativo.

¿Qué merienda
buscará Tío Coyote en esta senda?

Entra Tío Coyote.

TÍO COYOTE: Hola Tío Tigre, ¿qué tal?

TÍO TIGRE: Salú

Tío Coyote

TÍO COYOTE: ¿Qué animal acechas
en la quietú
de esta noche campesina?

TÍO TIGRE: Tengo un hambre canina
y en balde la luna me ilumina
pues anduve sin fortuna
camina que camina
entre el salvaje follaje.

TÍO COYOTE: Pues yo vengo del horizonte del monte
entristecido
buscando por el prado
mi quesito ahumado
que escondido me robara en un descuido
un ladrón animal del matorral.

TÍO TIGRE: ¿Quesito ahumado?

TÍO COYOTE: Que tenía guardado con candado.

TÍO TIGRE: Me causa extrañeza
cómo puedes conseguir queso ahumado
tú que vives oculto en la maleza.

TÍO COYOTE: ¡Ah! Es una historia
que llena de ternura mi memoria:
una vaca parida
que vivía perdida en un potrero
tuvo un lindo ternero.
La cuidé con esmero
la curé con cuidado
y la traje hasta el prado
donde queda escondida mi guarida.
Pagó mi bondad con su amistad,
mi lealtad con su dulzura
y es mi vida feliz en la llanura.

TÍO TIGRE: *Que al oír "vaca" ha parado las orejas, dice para sí:*

Una vaca... un ternero...
¿Qué más quiero?...
pero...
¿cómo saber su paradero?

Pausa. A Tío Coyote.

¿Dónde queda escondida
tu guarida,
Tío Coyote?

TÍO COYOTE: *Señalando.*

¿Miras allá lejano tras el llano
aquel árbol de zapote?

TÍO TIGRE: ¡No digas más! ¡Ya sé quién fue!

Saboreando su triunfo, dice aparte.

¡Una vaca, un ternero!
¡Oh destino feliz de felino carnicero!



TÍO COYOTE: *Acercándosele, como que no oye.*

¿Decías qué?

TÍO TIGRE: *Por salir del paso.*

Que fue
Tío Conejo.

TÍO COYOTE: *Indignado.*

¡Cómo?
¿Ese pendejo animalejo,
burgués traidor
roedor dañino,
de nuevo en mi camino?
Y yo que sospechaba
del olfato malicioso del Tío Gato
y hasta del ojo avizor del Tío Pizote

TÍO TIGRE: No, Tío Coyote.
Fue tu viejo enemigo Tío Conejo...

TÍO COYOTE: ¡Ah, malvado ladrón del despoblado!

TÍO TIGRE: ...venía paso a paso con tu queso
ladino y silencioso en el camino.

TÍO COYOTE: ¿Lo viste tú, acaso?

TÍO TIGRE: Sí. Yo venía de regreso
caminando cansado en la ronda del cercado
y vi que lo ocultaba cuidadoso
en el fondo de este pozo.

TÍO COYOTE: *Con gran sorpresa.*

¿En el hondo fondo
de este pozo ruinoso está guardado?

TÍO TIGRE: Asómate y verás.

TÍO COYOTE: *Asomándose.*

¡Ahí está!
¡Ya lo veo!
¡Lo veo y no lo creo!

Admirativo.

¡Oh pozo profundo,
ombligo del mundo:
quién podrá sacar
de la hondura
de tu mar en miniatura
mi sustento animal,
mi ventura segura
mi queso preso en tu brocal!

TÍO TIGRE: ¡Ah Coyote baboso!
¿Está en balde
a tu lado
colgado
este balde?

Coge el balde y lo baja al fondo del pozo.

¡Jala el agua del pozo
y hallarás tu queso,
Coyote sin seso!

TÍO COYOTE: *Cogiendo el balde que le da Tío Tigre, hace lo mismo.*
¡Comprendo al cabo
que tu ciencia es más larga que tu rabo!

TÍO TIGRE: *Que se ha ido separando poco a poco de Tío Coyote.*

Esta es la hora tentadora
de correr al potrero
en busca de la vaca y del ternero.
¡Oh bocado soñado!
¡Oh destino feliz de felino carnicero!

TÍO COYOTE: *Que, mientras tanto, jala y jala agua del pozo,
entusiasmado. Mira a Tío Tigre señalando el fondo
del pozo.*

¡Su blancura
brilla más en la hondura!

Pausa de comprensión.

... ¿Ya te vas?

TÍO TIGRE: *Deteniéndose de pronto.*

Sí, me iré.

TÍO COYOTE: ¿Volverás?

TÍO TIGRE: Sí, volveré.

Se va.

TÍO COYOTE: *Mirando hacia el cielo.*

¡Qué luna de abril tan extremada!

Mirando al pozo.

...Y qué bien mi queso la remeda;
cualquier ave enreda
su vuelo por el cielo
creyéndola ahogada!

Entra Tío Conejo.

Tío Coyote salta furioso.

TÍO COYOTE: ¿Tú aquí?

TÍO CONEJO: Sí

TÍO COYOTE: ¿Tienes aún la desvergüenza
de presentarte ante mí?

TÍO CONEJO: ¿Qué ofensa,
qué resabio de agravio
excita tu rencor?

TÍO COYOTE: ¡Ah, Conejo traidor,
hipócrita animal,
viejo ladrón del matorral!
... ¿Qué mal me has hecho?
¡Si no hay trecho
de mi vida,
ni aventura corrida
ni paso que diera o que pensara
en que tu amistad traicionera
me ayudara!
¡Fuiste mi continua desventura

y en la amargura del pasado
mi diente quebrado,
mi culo quemado,
la muerte de mi suerte!

TÍO CONEJO: ¿Es que ahora rememoras?

TÍO COYOTE: No. Bien sabes traidor mi dolor,
quisiste arruinar mi festín
y ocultar el botín
en el hondo fondo de este pozo sin fin.
Pero
soy Coyote sabanero
y conozco tus mañas de matrero.

TÍO CONEJO: ¿Qué secreto inquieto
oculta el despecho de tu pecho?

TÍO COYOTE: *Irritado.*

¡Ya me falta la paciencia
animal desleal y sin conciencia!
Fuiste bobo en tu robo
y tratas de despistar con tu inocencia.
Esperabas encontrar a tu regreso
mi queso,
comer sin ser notado
lo robado,
pero nunca esperaste que el Coyote
—que el Coyote del zapote
y del azador—
burlara, avizor,
el empeño de tu sueño
y la esperanza de tu panza.

TÍO CONEJO: *Sin entender.*

¿Cómo es eso del queso?

TÍO COYOTE: Ante la realidad de la verdad
no negarás.



Le acerca y le señala el fondo.

¡Asómate y verás!

TÍO CONEJO: *Asomándose al pozo.*

¡La luna!

TÍO COYOTE: ¡Qué luna! ¡El queso!

TÍO CONEJO: ¿Eso?

TÍO COYOTE: ¿Me equivoco?

TÍO CONEJO: Pero, ¿estás loco...?
¡Si es la luna reflejada
en el agua plateada!

TÍO COYOTE: *Pensativo. Lentamente*

¿La luna?...

¿Otra vez importuna
la luna mi fortuna?

TÍO CONEJO: *Meditando.*

Me aterra tu locura,
el serio misterio
que encierra tu amargura.
¿Qué daño,
qué aventura,
qué corrido desengaño
revela el tormento de tu acento?

TÍO COYOTE: Fui por él engañado.

TÍO CONEJO: ¿Por quién?

TÍO COYOTE: Por Tío Tigre.

TÍO CONEJO: ¿Por Tío Tigre, burlado?

TÍO COYOTE: ¿Te dejo perplejo?
...¡Ah, más malo que el hombre
aunque te asombre,
es el Tigre malvado!

TÍO CONEJO: ¿El Tío Tigre? ¿El traicionero
compañero
de todas las pasadas olvidadas?
¿El bandido escondido
en todos los caminos
de los cuentos de camino?
¿Tú con él, con el animal del mal,
con el desleal burlador,
más traidor
que el animal racional?

TÍO COYOTE: *Disculpándose.*
El abrió la esperanza a mi pesar,
a mi pesar de haber perdido
la única comida
que tenía escondida en mi guarida.

TÍO CONEJO: ¿Pero qué pretendía al engañar?

TÍO COYOTE: Burlar.

TÍO CONEJO: ¿Burlar?... ¿Comer tu queso?...

TÍO COYOTE: Eso.

TÍO CONEJO: ¡Queso, queso! *Moviendo la cabeza.*
Por un queso Tío Tigre no te engaña,
hay más maña en animal de su calaña,
y algo más se propuso cuando puso
tanto arte en engañarte.

TÍO COYOTE: ¡Ay de mí
que perdí
mi queso por la luna!

TÍO CONEJO: ¿Tu boca loca
qué palabra inoportuna
dejó escapar al hablar?

TÍO COYOTE: *Pensando, tratando de recordar.*
Hablé
de buena fe.



Conté
 mi vida adolorida
 mi paciencia perdida
 al perder mi comida.
 Preguntó interesado
 el origen ignorado
 de mi quesito sabanero.

TÍO CONEJO: *Alarmado.*

¡Ah, destino traicionero!

TÍO COYOTE: Le dije que mi vaca y mi ternero...

TÍO CONEJO: ¡Calla! ¡Oh desatino!

¡Caíste en la trampa del felino!

Sale corriendo.

TÍO COYOTE: *Solo.*

¿Cómo?

¿Qué pensamiento labra su palabra?

¿No basta para mi daño

la amarga carga

del engaño?

Pausa.

¿Qué presentimiento siento
 suspenderse en mi camino?

Lleno de temor. Viento.

El infinito grito
 del viento sobre el cielo
 me llena de recelo.

Silencio profundo.

En el pozo
 hay un eco de sollozo
 y mi rabo se enreda entre mis patas temeroso.
 ¡Oh triste y encubierta desventura!

Mirando al cielo, desconsolado.

¡Fue la luna mi amargura!
 ¡El engaño lunar mi desatino,
 y siempre en mi camino
 su luz perturbadora
 ha dado muerte a mi suerte y mi destino!

Entra Tío Conejo jadeante, corriendo y lleno de miedo.

TÍO CONEJO: ¡Ah Coyote desdichado!
 ¡Animal de mal agüero!
 ¡El felino ha devorado
 tu vaca y tu ternero!

TÍO COYOTE: *Casi sin voz.*
 ¿Mi vaca?

TÍO CONEJO: Ella

TÍO COYOTE: ¡La que fue maternidad
 en mi amistad!

TÍO CONEJO: Muerta!
 Muerta en la yerta soledad,
 en el deshabitado aliento del viento,
 bajo el paréntesis eterno de sus cuernos.

TÍO COYOTE: ¿Ella?
 ¿La que fue miel de clavel,
 la que fue rosa sin huella,
 cedro y laurel?

TÍO CONEJO: En su pupila lila
 una blanca llanura de amargura
 abría la daga de la luna.

TÍO COYOTE: ¡Oh luna importuna,
 azote del Coyote!

TÍO CONEJO: Espejo del Conejo

TÍO COYOTE: Borón del horizonte

TÍO CONEJO: Sombrero del monte

TÍO COYOTE: Camanance del cielo

TÍO CONEJO: Moneda que no rueda

TÍO COYOTE: Bostezo de hielo,
fanal de mi camino
que incendió con su lumbre mi destino!

TÍO CONEJO: ¡Pobre Tío Coyote,
quijote desdichado:
sin tu queso ahumado
y sin tu vaca parida!
¿Adónde encontrarás la moraleja,
la moraleja perdida,
de la fábula eterna de tu vida?

TÍO COYOTE: De vieja mutió mi moraleja
Y así, vagaré por la llanura
auullando mi amargura
a la luz sin fortuna de la luna!

TELÓN

1928

Pastorela

CUADRO ÚNICO

Escenario vacío; aparecen unos ángeles colocando los elementos del decorado: una choza, un árbol, una estrella, etc. Cuando terminan, a un lado y otro del escenario —pero ocultos— dos actores se palmorean con las manos las piernas y luego imitan el canto del gallo así:

ACTOR 1 ¡Ca-ca-ra-cá!
¡Cristo nació!

ACTOR 2 ¡Co-co-ro-có!
¡Dónde nació!

ACTOR 1 ¡Ca-ca-ra-cá!
¡En Belén de Judá!

ACTOR 2 ¡Que-que-re-qué!
¡Quién te lo dijo!

ACTOR 1 ¡Yo que lo seeeé!

Inmediatamente suena música suave y oculta, y voces femeninas.

ÁNGELES *Cantan este villancico.*
San José y la Virgen
se fueron al río,
la Virgen lavaba
San José tendía
y el Niño lloraba
del frío que hacía.

UNA VOZ Señora Santa Ana,
¿por qué llora el Niño?

OTRA VOZ Por una manzana
que se le ha perdido.

CORO Vamos a la huerta,
cortaremos dos,
una para el Niño
y otra para vos.

Al comenzar la segunda estrofa del canto, se ilumina más el escenario y aparecen dos ángeles que inclinándose hacia el público desenrollan un letrero que dice "Ya comienza la pastorela." Entonces, mientras termina el canto, hacen su entrada despaciosamente San José y la Virgen, que lleva al Niño en brazos.

SAN JOSÉ A la medianoche
—golpe de la una—
nació Jesucristo
de la Virgen pura.
A la medianoche
—golpe de las dos—
dentro de un pesebre
nació el Niño Dios.
A la medianoche
—golpe de las tres—
nació Jesucristo
entre la mula y el buey.

LA VIRGEN Este año nació tan pobre
que ya ni pastores hay
que lo vengán a adorar.

SAN JOSÉ Venid, pastorcillos,
venid a adorar,
que el Rey de los Reyes
ha nacido ya.
El gallo en lo alro
ya se ha despertado,
la Virgen espera
y nadie ha llegado.

Entra un ángel y dice a la Virgen:

ÁNGEL JUAN Pastores y reyes
se andan peleando;
a la guerra, guerra
se fueron guerreando.

SAN JOSÉ ¡Quedito, quedo...!
Suspende el aliento
suprime la voz
que duerme mi Niño
que duerme mi Dios.
¡Si lo sabe el Niño
se pondrá a llorar!

LA VIRGEN ¡Si lo sabe el Niño
se pondrá a llorar!

SAN JOSÉ ¡Dime, María,
a qué santo rogar!

LA VIRGEN ¡Ninguno hay en el Cielo!

ÁNGEL JUAN ¡El Cielo vacío está
desde que el Rey de los Cielos
se vino para acá!

Un gallo oculto y lejano.

¡Ca-ca-ra-cá!
¡El Rey de los Cielos
que venga para acá!

SAN JOSÉ ¿De dónde es ese gallo?

ÁNGEL JUAN ¡Se oye lejos! |
Entre los santos
el único que es gallero
es San Pedro.
¡Lástima que no está aquí!

Se oyen pasos.

SAN JOSÉ ¿Oyes?

ÁNGEL JUAN ¡Sí! ¡Pasos!...



SAN JOSÉ ¿Cómo te llamas tú?

ÁNGEL JUAN ¡Ángel Juan!

SAN JOSÉ Levántate, Juan,
y enciende la vela,
mira a ver quién anda
allí en la pradera.

El ángel saca del ala una candela, la enciende y se va buscando y diciendo:

Si será Herodes,
si será Pilatos,
si será la gente
de San Juan de los Platos.

Regresa pronto y dice:

ÁNGEL JUAN Orillas del mar
está San Cristóbal
¡loco de atar!

SAN JOSÉ ¿Y qué es lo que dice?

ÁNGEL JUAN Lo quiere cruzar.

SAN JOSÉ ¿Será San Cristobalón?

ÁNGEL JUAN Perdió la razón
se quiere llevar
al Niño Jesús
cruzando la mar.

LA VIRGEN Que venga Cristóbal
marino del mar,
tendrá alguna barca
para ir a buscar
un pez para el Niño
que le quiero dar
para que no lllore
en la Navidad.

Sale el Ángel Juan.

SAN JOSÉ Un pez, pejecillo
daremos al Niño
para consolar
porque sus pastores
se fueron a guerrear.

Entra Cristóbal Colón con el Ángel Juan. Hince una rodilla en tierra y, después de adorar al Niño, dice:

C. COLÓN Yo soy el Almirante
Cristóbal Colón,
debajo de un árbol
rezaba al Señor;
en esto, del aire,
llega volador
un ángel pequeño
con esta razón
¡Que venga Cristóbal,
Cristobalón,
que orillas del mar
perdió la razón!

SAN JOSÉ ¡Ángel Juan,
esas razones
no se dan!

ÁNGEL JUAN Quiere cruzar la mar
sin barco para navegar...

C. COLÓN Yo quiero cruzar la mar
para llevar al Señor
a un nuevo mundo mejor
donde se le ha de adorar.

SAN JOSÉ Cristóbal, que ha Cristo lleva,
¿serás tú Cristobalón,
el grandote San Cristóbal
de navegantes patrón?



LA VIRGEN *A San José.*

No tiene San,
pero tiene Don,
Don Cristóbal Colón.

A Colón.

Aquí llegó tu oración
para cruzar esa mar
y darle un mundo al Señor.
¡Cristo quiere navegar
y quiere ser marinero
para llegar el primero
al otro lado del mar!

SAN JOSÉ Las naves de las iglesias
cansadas de descansar
quieren velas y viento fresco
y navegar por el mar.

ÁNGEL JUAN Con el pesebre del Niño
haremos un botecito
y en el borde le pondremos
un par de remos chiquitos.

C. COLÓN Gracias, Señora del Cielo,
gracias, señor San José,
pero, ¿dónde cojo un barco
si soy pobre como usted?

LA VIRGEN Mira, Cristóbal, que viene
mira que viene Isabel;
por ser la reina de España
le fue a llamar San Gabriel.

SAN JOSÉ ¡Cuando el Señor se empeña
salta la peña!

ÁNGEL JUAN Para Dios querer
hace sol y llueve...

Entra la reina Isabel.

ISABEL Adora a Cristo y dice
Dios te salve María
manos de paloma,
oración de miel;
Dios te guarde, padre
y señor San José.
Estaba rezando
bajo de un laurel,
en eso que llega
volando Gabriel,
de parte del Cielo
me da este papel.

LA VIRGEN Un barco de España
quería para Él.

ISABEL Vendiendo mis joyas
he comprado tres.

LA VIRGEN Bendita Isabel,
señora de España.
Ahora como ayer
el Niño ha buscado
a una Isabel
para visitarla
antes de nacer.
Pesebre lejano
le está reclamando
detrás del océano.
Irá navegando
Jesús marinero;
será su lucero
la estrella del mar.
Serán sus pastores
las gentes de allá;
y un rey, uno solo,
el rey de mi España
lo visitará.



ISABEL ¡Señora,
bendita la hora
en que Cristo nació!

LA VIRGEN ¡Cristóbal, tres barcos son!

ISABEL Tres barcos para Don
Cristóbal Colón.

C. COLÓN Tres barcos son
sobre la linda mar,
el uno de oro,
el otro de plata, igual;
y el otro se va,
mi Dios, a navegar.

Un gallo canta a lo lejos.

¡Co-co-ro-có!
¡La hora llegó!

ÁNGEL JUAN El gallo que se serena
muy de madrugada canta,
los que van a tierra ajena
muy oscuro se levantan...

C. COLÓN ¡Son horas naturales de partir!

*Suena música de villancico y entran pequeños ángeles cantando
con chiscales.*

CANTO A las doce de la noche
hacen lumbre los luceros,
para que el Niño navegue
vestido de marinero.
Marineros, venid.
Marineros, llegad.
Al Niño lo mecen
las olas del mar.
El Niño quiere llegar
a la tierra americana
y la quiere conquistar
para que sea cristiana.

El Niño quiere llegar
atravesando la mar,
para recoger el agua
con que la va a bautizar.
Marineros, venid.
Marineros, llegad.
Al Niño lo mecen
las olas del mar.

LA VIRGEN *Besando al Niño.*

¡Son horas de navegar
las horas de madrugada,
el agua pinta delgada
y el viento huele a azahar!

SAN JOSÉ ¡Vamos al Nuevo Mundo!

ÁNGEL JUAN *A los ángeles.*

¡Vamos volando a anunciar
que Cristo nace en América
como en cualquier otro lugar!

C. COLÓN Pues si vamos a partir,
diga Nuestra Señora
en qué barco quiere ir.

LA VIRGEN Diga el señor San José.

SAN JOSÉ El Niño irá en la *Niña*
en la *Santa María*, María
y en la *Pinta*, San José.

ÁNGEL JUAN ¡Y los ángeles volando
para darle viento al mar!

Todos los ángeles cantan.

¡Se va el Niño navegando
a celebrar Navidad!

Salen todos despacio mientras los ángeles, detrás, los siguen cantando.

CANTO Marineros, venid.
Marineros, llegad.
Al Niño lo mecen

las olas del mar.
 La Virgen lo está embarcando
 orillas del arenal.
 San José la está ayudando
 y lo remoja la mar.
 Marineros, venid.
 Marineros, llegad.
 Al Niño lo mecen
 las olas del mar.
 Vamos remando, remeros,
 remeros sin descansar.
 Que no hagan ruido los remos
 que se puede despertar.
 Marineros, venid.
 Marineros, llegad.
 Al Niño lo mecen
 las olas del mar.

Todos han salido. Al cesar el canto, el último ángel se vuelve a mitad del escenario; con una mano escruta el horizonte por donde partieron, y volviéndose al público dice:

ÁNGEL Señores ya son partidas
 las tres naves de Colón.
 El Niño juega en la proa,
 San José lleva el timón.

Por los caminos van los campesinos

PERSONAJES

- EL RANCHO** que es como una persona muda, que vive en todos.
- EL SEBASTIANO** con toda la tradición del campesino sufridor, cuidadoso de sus raíces, franco, pero celoso y pensativo. Sencillo, fatalista y de religiosidad medular.
- LA JUANA** su mujer. Mestiza. Fantaseosa. Deseando más. Con pájaros en la cabeza pero ingenua y fiel. Palabrera y optimista.
- PANCHO** el hijo mayor, soltero. Silencioso y reflexivo como el padre.
- MARGARITO** el hijo menor, casado con la Rosa. Con el carácter de la madre.
- LA ROSA** indita joven: mujer de Margarito, todavía un poco indefinida.
- SOLEDAD** la hija menor (16 ó 17 años). Temperamental. Nerviosa. Ingenua. Impulsiva. Trigueña. Muy bella en su tipo.
- EL DOCTOR FAUSTO MONTES** abogadito del pueblo que se hace personaje con malas artes. Es el poder —*el Poder*— de la malicia contra la inocencia.

CUADRO PRIMERO

Una huerta nicaraguense.

Al fondo, lomas y serranías verdes y azules.

Un árbol alto. Quizás pájaros.

Al pie del árbol -- como debajo de un ángel verde-- está el rancho de paja de Sebastiano.

Su presencia, según las horas y su luz, es como la presencia de la pobreza: humilde a veces, peimado por la paz y sus brisas; dolorosa otras. Rasgado por cóleras encendidas: cárdeno.

A veces cenizo, macilento, como el templo de la miseria bajo la luna.

El RANCHO es un personaje que se alegra o llora, que encierra el odio o deja escapar la queja como un viejo animal famélico.

Alrededor del rancho: taburetes, "patas de gallina," enseres campesinos. El molejón, la piedra de moler, etc.

Últimas horas de la mañana. Mayo. Se levanta el telón oyéndose la gente que vuelve al rancho en habladeras. Primero aparece la perrita negra, agitada, la lengua de fuera, pero feliz de llegar. Luego Margarito con su mujer, la Rosa, en risas. Detrás la Juana con su mecapal cargado. Después Sebastiano, con su machete al brazo. Un tiempo después Pancho, sudoroso. Entran por la derecha donde se supone pasa el camino al pueblo.

MARGARITO. —*Entrando en risas con la Rosa. Lleva una guitarra en la mano. — ¡Yo creo que es buena la guitarra! ¡Tiene buena voz!... ¡Me hacía ilusión tenerla!... Y como me dijo el viejo Chano: aprendí a tocar a tu mujer tocando guitarra... ¡ja! —Risa ingenua.*

ROSA. —*Que trae una alforja y la pone en un taburete. Riendo. — ¡Alguna maldad tenía que decir el viejo guanaco!... —Ríe.*

MARGARITO. —*Estuvo chistoso el viejo!... Lo remeda cantando y dándole a la guitarra como en broma:*

*El pobre es un desgraciado
por causa de su pobreza.*

*Sí al pobre lo ven postrado
ya dicen que es por pereza.*

Si toma un trago, es picado
y si no toma, torpeza.
Si lleva pisto es robado
pero si pide prestado
le dicen que es sinvergüenza!

Se ríen.

ROSA.— *Después de reír con ganas mientras saca cosas de la alforja.*
—¿Y qué fue lo que te contó de un viejo calvo? No lo oí bien por ponerle cuidado a la señora Justa...

MARGARITO.— Una conseja... Es que estaban diciendo que ya estaba llorando la guerra. Que van a empezar a reclutar. ¡Sonseras de los liberales! Y ñor Chano salió con su cuento... ¿Así no es él?... ¡Para todo tiene un cuento!

ROSA.— *Con risa boba.* —¿Y qué contó?

MARGARITO.— *Se ríe*— ...que había un hombre entrecano que tenía malos enredos con dos mujeres; pero resulta que las dos lo querían a su modo. La una, como era más muchacha, lo quería con el pelo negro. La otra, como era más maciza, lo quería con el pelo blanco. Y todos los días, la una le quitaba un pelito blanco, la otra le quitaba un pelito negro. La una, un pelito blanco. La otra, un pelito negro. ¡Hasta que lo dejaron calvo!

ROSA.— *Riéndose.* — ¡Qué viejo sonso!

MARGARITO.— Pues encajó bien el cuento, porque dijo que así estaban dejando a Nicaragua los liberales y los conservadores. ¡Cada uno le arranca su pelo!...

ROSA.— ¿No te digo que es ocurrente? —*Se ríe.*

Entra Juana.

JUANA.— *Entrando cargada con su mecapan.* — ¡Se ve que están estrenando amores! *Descarga a la puerta del rancho.* — ¡No han hecho más que reírse en todo el camino!

ROSA.— ¡Es que el viejo del mercado estuvo chistoso! —*Se ríe sola.*
—¿Verdad, Margaritó?... ¡Con su modo guanaco! —*Se ríe.*

JUANA. —¡Y nosotros que fuimos donde el abogado sólo a traer cólera!... ¡Las cosas del Sebastiano!... ¡Ahora nos ha hecho un enredo...!

Entra Sebastiano.

SEBASTIANO. —*Entrando. Suspira.* —¡Bueno! ¡Ya volvimos!

JUANA. —Le digo a los muchachos que ese Doctor Fausto, que yo no sé para qué lo buscaste, nos está enredando con el asunto!

SEBASTIANO. —¿Y a qué otro iba a buscar? ¡Vea qué cosas! ¡Me lo recomendó don Federico porque era correligionario! ¡No me echés a mí la culpa!

JUANA. —¡Pero nos está enredando! ¿Cómo vas a creer que nos cobre otra vez, otros veinte pesos, cuando nos dijo que sólo era la “incrición”?... ¡Ah!... y ahora nos sale con que tal vez tengamos que pagar un impuesto.

Rosa, que ha estado atareada, entra al rancho.

SEBASTIANO. —*Rebajando un poco y con voz inocente.* —¡No...! Pero el impuesto dijo que tal vez nos lo capeaba...

JUANA. —Así dijo ella con aquellos timbres; ¿y cuánto nos cobró? ¡Ya le vamos a deber más al abogado que lo que cuesta la tierra...!

Margarito está componiendo las cuerdas de la guitarra.

SEBASTIANO. —Yo no desconfié la primera vez ¿para qué mentir? Pero ya hoy sí le vi ganas de morder. —*Sentencioso.* —¡Por eso estás hablando vos, porque yo te dije: el abogado está sacando las uñas! ¡Y ahora te hacés la prevenida!... Hasta te pusistes a reír, de pura creída, la primera vez cuando te dijo que le dieras a la Soledad. ¡Vos si sos inocente: creyéndole las intenciones! Porque sos ambiciosa. ¡No me vengás con cuentos!

JUANA. —¿Y qué tiene de menos mi hija para que no le guste a un abogado? ¡Vaya, pues!

SEBASTIANO. —Tiene de menos que es pobre. Es del rancho; eso tiene.



JUANA. —Pero el rancho tiene sus tierras. ¡No te pobretíes, sonso!

Entra Pancho, despacio, limpiándose el sudor, con su alforja al hombro y su machete al brazo.

SEBASTIANO. —*Irónico; a Pancho.* —¡Oí a tu mama! ¡Se le olvidan sus sudores!... Ve, Juaná: tu rancho es como un buey manso. Trabaja con nosotros y se echa en la noche. Pero apenas ladra la desgracia, el buey se espanta. Pensá en las deudas, en las enfermedades; hasta en la muerte pensá, porque eso es lo que arrea al rancho del campesino y lo espanta de la tierra! ¿Dónde vivía mi tata? ¿No tuvo su rancho en la calle del pueblo? ¿Y yo? ¿No viví allá, en las lomas?... Y éstos —*Señala a sus hijos.* —¿decime dónde?... ¿decime a qué pobre le dura la tierra? Los ranchos de los pobres van caminando cada vez más lejos...!

JUANA. —¡Toda la vida salís con tus cosas! Bastantes espinas tiene la piñuela para que le pongás agujas. ¡Está como el cuento ese, de la revolución, que me venías contando! ¡Todo lo ves negro!... Lo que debés hacer es quitarle tus papeles al abogado y buscar otro.

MARGARITO. —*Que ha estado oyendo con la guitarra en la mano, irrumpe de pronto con una canción arrastrada, volviendo a remedar la voz del viejo Chano:*

El pobre es un desgraciado
por causa de su pobreza,
no le vale la listeza
si se mete en el Juzgado,
pues aunque tenga razón,
lo dejan sin pantalón
entre el Juez y el Abogado.

Se oye la risa de Rosa dentro del rancho.

JUANA. —*A gritos.* —¡Dejáte de cantos! ¡Hay que arreglar esto! Lo que deben hacer ustedes los hombres es quitarle los papeles al abogado y buscarse otro!

PANCHO.—¡La vaina es lo que va a cobrar!

Sale Rosa del rancho.

JUANA.—Pues vendemos los dos chanchitos negros que están bien gordos.

SEBASTIANO.—Yo no digo que no. Desde que salí del pueblo he venido pensando en eso.

MARGARITO.—La Soledad quería uno de esos chanchitos para el rezo de San Sebastiano.

JUANA.—*Repentinamente.* —¡Bueno, y la Soledad, Panchó?

PANCHO.—*Mirando hacia el camino.* —Venía conmigo, pero se entretuvo con la Vicenta y la Teresa allí en el ceibo viejo.

JUANA.—¡Qué muchacha!

SEBASTIANO.—Seguro que venía con ese Pedro Rojas. ¡Ya anda muy despierta la Soledad!...

ROSA.—*Un poco aparte, pero interviniendo en la conversación, mientras alista unas alforjas.* —¡El Pedro no bajó al pueblo, creo yo! ¿Le viste vos, Margaritó?

MARGARITO.—¡Y si estaba, qué hay? ¡Ya se puso mujer la Soledad; todos lo sabemos!

SEBASTIANO.—Está muy moderna entoavía para cargar hijos. ¡Que aprenda a vivir primero!

MARGARITO.—*Poniéndose en pie.* —¡Bueno, Rosa tenemos que irnos ya! ¡Meneáte! ¡Ve el sol por dónde está!

JUANA.—¿Y no piensan volver a almorzar?

MARGARITO.—Como la Rosa va a ayudarle a la comadre Jacinta en lo del bautizo, allí vamos a merendar. Volvemos con la tarde.
—*A Pancho.* —Panchó: dámele una vistada a la milpa.

PANCHO.—¡Es la que va mejor! ¡Está eloteando que da gusto!

MARGARITO.—*A Rosa, que se acerca y le da las alforjas.* —¿Ya estás lista?

ROSA.—¿Llevaré los elotes!



MARGARITO. —*Impaciente.* —¡Vámonos, vámonos! ¡Otro día se los llevás!... ¡Nos vemos, pues!

Salen los dos por la izquierda.

SEBASTIANO. —Le ha salido hacendosa la mujer a Margarito.

JUANA. —¡Y te acordás de aquella Petrona que le gustaba? ¡Esa era una mandria!

PANCHO. —¡Buena es la Rosa!

SEBASTIANO. —*A la Juana, malicioso.* —¡Pero nada entovía!... ¡Vos fuiste friendo y comiendo, Juaná! —*Se ríe.*

JUANA. —*Medio apenada. Riendo.* —¡Con lo que sale el viejo!

SEBASTIANO. —Es que en mi tiempo los hombres éramos más hombres! ¡Yo me cargaba un saco de maíz al golpe! ¿Te acordás...? Y cuando me picaba... era un toro balando. —*Se ríe solo.* ¡No había hombre en todo esto para mí!... ¡Claro... ahora estoy arruinado! ¡Los años!

Voz, dentro, de Soledad. —¡Panchooó!— *Se oye lejano.*

SEBASTIANO. —¡Ay viene la mariposa!

JUANA. —¡Seguro que en carrera porque no tiene cabida!

Entra Soledad a prisa, agitada.

SOLEDAD. —¡Tatá! ¡Panchó! ¡Vienen reclutando por el camino!

JUANA. —¡Alguna cosa debía inventar! ¿Dónde te quedaste?

SOLEDAD. —¡No, mama! ¡Vienen! ¡Todos los hombres de los ranchos iban corriendo al monte a esconderse! Me vine a avisarles. ¡Que se escondan!

Sebastiano, agitado va hacia la derecha, mira, vuelve.

PANCHO. —¿Ven? ¡Si yo ví que había movimiento en el cabildo!

JUANA. —¿No será el resguardo el que venía... por algún bochinche?

SOLEDAD. —No! ¡Les digo que no! ¡Era la recluta! ¡Venían agarrando gente!

SEBASTIANO. —¡Pues andate, Pancho, andate al chagüite, por si acaso!

Pancho se mueve, indeciso.

JUANA. — ¡Corré! ¡Antes que vengan! ¿Venían cerca?

SOLEDAD. — ¡Sí! ¡Que se vaya ya! ¡Eran un montón de soldados!

Pancho va a salir por la izquierda.

SEBASTIANO. — ¡Ve, Pancho! Metete mejor en el charrial del Espino Negro. Allí estate. Donde matamos el mapachín la otra tarde. Allí no te encuentran!

JUANA. — ¡Y que no se mueva!

SEBASTIANO. — Si no hay nada, la Soledad te va a avisar. ¡Llévate el machete!

JUANA. — ¡Pero corré!

Ya Pancho ha salido a prisa con su machete.

SOLEDAD. — ¡Al pobre Juan Centeno ya lo traían amarrado! ¡Yo desde que ví que era la recluta salí en carrera!

SEBASTIANO. — ¿Y dónde estabas?

SOLEDAD. — Allí en el ceibo viejo platicando con la Vicenta.

JUANA. — ¡Pues era cierto lo que te dijeron de la revolución!

SEBASTIANO. — ¡Pero vos nunca me querés creer! ¡Yo te lo dije! ¡Te lo dije!... ¡Qué vaina son estas cosas!

SOLEDAD. — ¿Y vos, tata? ¿No te da miedo que te agarren?

SEBASTIANO. — ¿A mí? ¿Pa qué van a ocupar un viejo cholenco?

Voces dentro: ¡Agarren a ese! ¡Por aquí! ¡Malespín, vaya por aquel lado! ¡No me deje a nadie!



Expectación en todos los del rancho. Entra un grupo de soldados al mando de uno que parece ser el jefe. Todos son soldados de caite, con salbeques, rifles máuseres y divisas verdes en los sombreros de palma. Se supone que quedan más soldados y reclutas, hacia el camino, a la derecha.

SARGENTO. --¡A ver! ¿Quién vive aquí?

SEBASTIANO. --*Que se ha sentado y toma un aire de víctima, haciéndose más viejo de lo que es: ¡El Sebastiano, un pobre viejo con el lomo pelado de trabajar para estas mujeres!...*

SARGENTO. --¿Y los muchachos?

SEBASTIANO. --¡Sepa Dios de ellos! Trabajan ajuera. Cada uno coge su camino apenas despunta el día.

SARGENTO. --¡Indio solapado! ¡Negando sus hijos a la Patria! --*Se vuelve y grita hacia el lado derecho.* --¡Margarito López!

Aparece por la derecha un soldado empujando a Margarito, el cual viene amarrado de los codos. Rosa entra detrás, silenciosa y angustiada, y se queda cerca de él.

SOLDADO 1. --¡Aquí está!

SARGENTO. -- ¿No lo conoce?

Susto y consternación de las mujeres.

SEBASTIANO. --¡Ah, muchacho baboso! ¿Dónde te agarraron?

MARGARITO. --*Molesto y avergonzado.* --Ahí nomás!... ¡Yo qué sabía!

JUANA. --¿Se van a llevar al muchacho? ¿No vé que tiene mujer?

SARGENTO. --*Burlándose, a los soldados.* --¡Oigan! ¡Sólo él tiene mujer! --*A Juana:* Todos éstos tienen, pero la guerra no pregunta.

SEBASTIANO. -- El muchacho es mi ayuda. De sus brazos comemos.

SARGENTO. --El gobierno necesita soldados. ¡Que le ayuden las mujeres!

SOLDADO 2. --¿Nos llevamos un chanchito para la tropa, Sargento? Ahí tiene uno gordo!

SARGENTO. —*Muy solemne.* —¡Ya oyó las órdenes de que se respete la propiedad!

SOLDADO 2. — Pero, veía, mi sargento... usted le quita lo bonito a la guerra. Nos quiere dejar sólo las balas.

SARGENTO. —*Más débil.* —¡Son órdenes del Gobierno! —*Mirando tentado.* —¿Cuál es el chanco?

SOLDADO 2. — El gordito que estaba allí, a la entrada!

SOLDADO 1. — ¡Para los nacatamales, sargento!

SARGENTO. —*Con gran solemnidad legal.* —Raso Sequeira! ¡Requise el chanco y que el infrascrito pase su recibo a la Comandancia! ¡El Gobierno respeta la propiedad!

JUANA. —*Furiosa.* —¡También se llevan el chanco! ¡Qué ladrones! ¡No pueden coger un rifle sin que comience la robadera!

El Soldado 2 ha salido disparado a la captura del chanco, por la derecha.

SARGENTO. —*Siempre solemne.* —¡No es robo, es requisa! Respetamos la Constitución!

JUANA. —¡Lo que no respetan es el sudor del pobre!

Entran dos soldados por la izquierda.

SOLDADO 3. —*Entrando por la izquierda.* —Allí no hay nadie! ¡Ya registramos!

SARGENTO. —¡Bueno! ¡Vámonos! ¡Los reclutas adelante!

MARGARITO. —*Comenzando a salir.* —¡Adiós, tata!

SEBASTIANO. —*En voz baja a Margarito.* —No te lerdíes! ¡Volvete al primer descuido!

MARGARITO. —*Dándose valor con una broma.* —¡Quién quita vuelva Coronel!

SEBASTIANO. —¡Dejá de carcajadas! ¡Volvete! ¡La guerra no es broma!

Un soldado lo empuja.



MARGARITO. —¡Adiós, mama!

Va saliendo, y al pasar por donde Rosa, a quien mira llorosa, le hace un medio cariño con la mano.

Afuera. Salen todos. Se oyen los gruñidos del chanchito capturado. Gritos. “¡Viva el Partido Conservador!” “¡Viva el Gobierno!”

JUANA. —*A Rosa, que está de pie mirando y secándose una y otra lágrima.*
—Qué hacés ahí pasmada? ¿No ves que se te llevan al hombre?
¡Cogé tu motete y seguilo! ¡La mujer va detrás del hombre! ¡Le va haciendo las tortillas, le va dando la vida! Y si cae... ¡ni quiera Dios! ¡toco madera, no vaya a traer mal agüero al muchacho!

ROSA. —*Llorosa.* —¿Si cae... qué?

SEBASTIANO. —¿Pues, qué? ¿Que no sabés lo que es la guerra para la mujer pobre?

ROSA. —No... no sé... —*Llora desconsoladamente.*

Soledad llora también.

JUANA. —*Emocionada.* —No me saqués la ternura, muchacha!
¡Andá! ¡Cogé tus cosas y seguilo por los caminos! ¡Es tu hombre!

ROSA. —*Recoge, llorando en silencio, sus alforjas. Sale despacio y ya para hacer mutis por la derecha, se vuelve y con gesto ingenuo y amplio dice entre lágrimas:* —Adiós, pues, toditos!

SEBASTIANO. —*Sacándose unos pesos del bolsillo, a prisa, al ver que Rosa ha salido.* —Rosa! —*La alcanza y le da el dinero.* ¡Tomá! ¡Llevá para la porrosca!... ¡Pobre muchacha!...

Sale Rosa, por la derecha. Juana suelta el llanto.

SEBASTIANO. —*Con la voz anudada.* —¡Juana! ¡Ahora sos vos!

JUANA. —Pero si soy su madre y me lo arrancan! —*Llora de espaldas.*

SEBASTIANO. —*Se sienta. Habla lento, como para consigo mismo.* —¡Pobre mijo!... ¿A qué va?... A aguantar mando, a gastarse matando... a mal dormir... a mal comer... a volver con una herida... si es que vuelvel!...

JUANA. —*Reaccionando, brava.* —¡A mí se me raja el corazón por mijo... pero no voy a pensar tus presentimientos!... ¡Qué estás diciendo! ¿Por qué no puede volver Coronel como él dijo? ¡Margarito es hombre! ¡Dejate de estar trayendo aves negras sobre el muchacho!

SEBASTIANO. —¡Aves negras...! ¡Ah, qué Juana... ahora voy a ser yo el que trae la tuerce!... ¡Si hablo es porque yo sé de eso!...

JUANA. —*Revolviendo contra él su inquietud* —¡Lo decís por medroso!

SEBASTIANO. —*Indignándose gradualmente:* —¿Yo?... ¿Medroso el Sebastiano?... —*Levantándose la cotona y señalándose el costado.* ¿No tengo aquí en el costillar una huella honda como pisada de mula?... Ahí me entró una bala peleando. Porque yo pelié. Yo creí que con pelear iba a componer la vida. Me hice ilusiones por baboso... Porque así es uno muchacho: sale a saludar al sol con sombrero de cera!... ¿Y todo para qué?... ¿Qué cambió en la tierra?... ¡El mismo Sebastiano de siempre... el mismo sudor para comer!... y los que no sudan, los que nos echaron a la muerte... los mismos siempre... los mismísimos de antes! ¡Sebastiano en el RANCHO, ellos en la CAPITAL!

TELÓN



CUADRO SEGUNDO

Escenario: está dividido por la mitad; la mitad izquierda representa el teléfono público de "Catarina" y la mitad derecha —que al comienzo tiene bajado un pequeño telón de boca que la cubre— el teléfono público de "La Paz Centro." Son pues, dos salas o cuartos, divididos por una pared central. Los teléfonos de ambas salas públicas están colocados en el anverso y reverso de esa pared central, de tal modo que el público mire a los dos que se comunican desde esos dos distantes pueblos, como que si estuvieran frente a frente. Para mejor simbolizar la separación, puede colocarse un poste esquemático de teléfono al centro, coincidiendo con la pared divisoria central, con los alambres telefónicos distribuidos a ambos lados.

La sala del teléfono público de la izquierda tiene un rótulo: CATARINA, en letra grande; y abajo: CENTRAL DE TELÉFONOS; la de la derecha tiene también su rótulo: LA PAZ CENTRO. TELÉFONOS. En la sala izquierda, la de "Catarina," hay una ventana con barrotes en la pared de fondo. En el centro, también al fondo, una mesa con su silla donde está la Central con su tablero y su auricular. Al lado, un escaño para el público. En la sala derecha de "La Paz Centro," una puerta asequible a la derecha y la pared del fondo, lisa y blanca. Sólo hay un escaño contra la pared. No se ve la Central. Y como se dijo anteriormente, esta sala de la derecha tiene su propio telón que se levanta ya comenzado el acto.

Si se quiere evitar el pequeño telón de boca para la sala del teléfono público de "La Paz Centro" —de la derecha— únase luz y sombra, dejándola en tiniebla al comienzo y al final del cuadro conforme lo indica el texto.

Se levanta el telón y sólo está visible e iluminada la Central de Teléfonos de la izquierda, del pueblo de Catarina. Soledad, en primer término, de pie, recostada en la pared izquierda, mirando hacia el proscenio donde se supone es la calle. Sentado al fondo, de cara o de perfil al público —según donde se coloque la mesa— está la Central; un hombre del pueblo, gordo, con el auricular puesto, metiendo y sacando clavijas en un pequeño tablero telefónico que tiene frente a sí, sobre la mesa. Un poco hacia la derecha están sentados en el escaño de espera, la Juana y Sebastiano. De pie, recostado, al fondo, en la pared divisoria, está Pancho conversando

con ellos. *La otra mitad del escenario está oscura completamente o bien oculta por un telón parcial.*

TELEFONISTA. —*Que es un hombre muy gordo, moreno y con una voz fuerte y sonora —a Juana —*¡Sí, señora! ¡Ya sé! ¡Ya sé! ¡Estoy pidiendo! —*Hablando a la bocina. ¡Aló, Managua! ¡Aló! ¿Managua? Consequime La Paz. La Paz Centro. ¡Sí hombre! ¡La Paz! ¡Tengo rato de estarla pidiendo!*

PANCHO. —*Con sonrisa vaga. —*¡No me imagino a Margarito Teniente! Porque era medio inocente!... —*Se ríe.*

JUANA. —*¡Andá con inocente!... ¡Malo era! ¿No te acordás las mañas que tenía para enamorar a las muchachas? ¡Si era hasta medio atrevido! —Pasando de pronto a otro tema. —Y haciendo cuentas, Sebastiánó: ya la mujer de Margarito debe estar próxima! Contá: de la luna de mayo a la de junio, a julio, a agosto, a septiembre, a octubre. —Sebastiano asiente. Juana le da un codazo en las costillas. —*¡Ya vas a ser agüelo! —*Ríe.*

SEBASTIANO. —*Moviendo la cabeza. —*Cómo atropella el tiempo! ¡Qué hace que lo andabas al Margarito prendido de la teta... y agora rata!!

PANCHO. —*Sentencioso. —*Margarito todo se lo ha comido celeque. ¡Yo no!

SEBASTIANO. —*Sonriendo. A Juana. —*¡Éste es más desconfiado! ¿Verdad, Panchó!... Al que come verde se le quema la boca... ¡Pancho va con tiento!

JUANA. —*A la defensiva. —*¡Indeciso es! ¡Como vos! Por eso nos está arruinando el abogado. ¡Porque se dejan!... El otro muchacho salió más hombre!

PANCHO. —*¡Más hombre...! ¡Oiga, tata! ¡Mi mama siempre está con sus hombridades! Cree que hacer las cosas al empujón eso es ser hombre! ¿A lo toro, pues?... Yo lo pienso. ¡El hombre es pensativo!*

SEBASTIANO. —*¡Claro! ¡Eso es! ¡Pero... tu mama!*

- JUANA. —¡Pero tu mamá qué?... ¡Si no fuera por mí!
- SEBASTIANO. —*Repitiendo, burlesco.* —¡Si no fuera por mí! —*Se ríe.*
- PANCHO. —*Con más burla. Riéndose.* —¡Si no fuera por mí! —*Gran risa.*
- JUANA. —*Haciéndose la brava.* —¡Ya se unieron los dos hombres! ¿Y qué son, pues?... ¿Qué harían?...
- TELEFONISTA. —*Callándola.* —¡Phsss! ¡No deja oír! —Aló. Sí hombre. Dame línea. Poneme el dos—cuatro.
- JUANA. —*Peleando al telefonista* —¡Qué dos—cuatro! ¡La Paz pedimos!
- SEBASTIANO. —*Apyándola.* —¡Nosotros queremos La Paz!
- TELEFONISTA. —¡Ya lo sé! ¡Me lo han dicho mil veces! —Aló!... ¡Sí! ¡Dame línea!...
- JUANA. —¡De eso nos quejamos! ¡Tenemos un siglo de estar pidiendo La Paz! ¡Nos llamó mi hijo, que es Teniente!
- SEBASTIANO. —¡Es mucha dilación! ¡El muchacho tiene sus obligaciones!... ¡Es Teniente!
- TELEFONISTA. —*Atendiendo al teléfono y al diálogo con dos tonos de voz.* —¡Teniente...! —¡Aló!... —¡Teniente de caite!...—¿Cómo?... Con La Paz, sí. Dame línea!...—¡Si Margarito es Teniente yo soy General!... —*Se ríe burlesco.*
- JUANA. —*Picada.* — ¡Pues lo es! ¡Y manda más que usted aunque tenga esos tacos en los oídos!
- El telefonista se ríe.*
- SEBASTIANO. —*Despreciativo y orgulloso.* —Dejalo que se burle! Él está sentado en su silla, pero el muchacho anda volando bala como hombre.
- TELEFONISTA. —*Riéndose y sin hacerles caso.* —¡Aló!... Poneme La Paz... Apurate!... Conseguí la línea de campaña que aquí me están comiendo...
- PANCHO. —*En voz baja, a Sebastiano.* —Tata, ¿le meto su pijazo a ese gordo? Ya me está cayendo mal!

SEBASTIANO. —*Calmandolo con un gesto.* —¡No, hombre! ¡arruinás la comunicación! ¡Ahí dejalo! ¡Todo gordo es rión!

Aparece por la derecha, el doctor Fausto Montes. Abogadito de pueblo, regordete, de saco ajustado, color azul oscuro y pantalón blanco pasado de moda. La corbata muy vieja y anudada al cuello como un suplicio. Es un hombre que da la impresión, inmediata, de insinceridad.

Se acerca rápidamente, reconoce a Soledad que está recostada a la pared de la entrada de la sala de teléfonos, y le habla con un modo inseguro que no se sabe si ya va a retirarse o si va a seguir conversando.

DR. FAUSTO. —¿Ideay, Cholita? ¿Por aquí vos?

SOLEDAD. —*Displícite* —Sí, doctor Fausto. Esperando una hablada.

DR. FAUSTO. —*Mira hacia el interior de la sala.* —¡Ah! ¡Andás con los viejos?

SOLEDAD. —Con ellos!

DR. FAUSTO. —*Siempre con gesto de pasar adelante.* — ...Y cada día más bonita...!

SOLEDAD. —¡Favor suyo, doctor!

DR. FAUSTO. —Ya me dijeron que estás jalando con... ¡Qué derecha que sos, Cholita! ¡Teniéndome a mí, te metes con un pobre diablo!

SOLEDAD. —*Se encoge de hombros.* —¡No se meta en lo que no le importa!

DR. FAUSTO. —Voy a pedir una comunicación... Pero me gustaría verte y platicar un rato. ¿No te parece, Cholita?

Soledad se encoge de hombros.

Entra el Dr. Fausto, directamente hacia el telefonista, fingiendo una actividad llena de urgencia y de importancia.

DR. FAUSTO. —*Al telefonista:* —Macario, conseguime con el Juzgado de Masaya. —*A Sebastiano y familia:* ¡Buenos días! —*E inmediatamente al telefonista:* —Ve, quiero hacerte una recomendación... —*Se inclina y le habla en voz baja.*

JUANA. —*A Sebastiano.* —¡Ahí está el abogado! ¡Háblale!

SEBASTIANO. —*Molesto.* —Ya sé que está. ¡Esperate!

JUANA. —*Empujándolo con el codo.* —¡No seás entumido! ¡Decile las claridades!

SEBASTIANO. —¡Pero esperate que acabe!

DR. FAUSTO. —*Deja de hablar inclinado en voz baja y dice al telefonista:*
—¡Yo vengo dentro de un cuarto de hora! ¡pero no te olvidés!

Hace ademán de retirarse.

SEBASTIANO. —¡Doctor! —*Se pone de pie.*

DR. FAUSTO. —*Haciéndose el sorprendido.* —¡Ah! ¿qué tal Sebastián?
¡Tenía días de no verlo!

JUANA. —*Poniéndose también de pie.* —Varias veces hemos llegado a buscarlo, pero yo creo que lo niegan.

DR. FAUSTO. —No, señora. No puede ser. Es que vivo muy ocupado. Lleguen por allá. *Trata de retirarse.*

SEBASTIANO. —*Cerrándole tímidamente el paso.* —Es que nosotros queremos acabar con el asuntito aquél. Ya lo tiene muy entretenido...

DR. FAUSTO. *Siempre tratando de salir de ellos.* —¡Así son todas las cosas legales! Van despacio.

JUANA. —Pues, tal vez, doctor. Pero, para hablar claro, no estamos conformes!

DR. FAUSTO. —*Molesto.* —¿Y qué quieren que haga yo?

SEBASTIANO. —*Con calma irritante. Reteniéndolo del brazo.* —Eso ya lo hemos pensado... Primero le dimos tiempo al tiempo. Tal vez, le decía yo a la Juana, al Doctor le gusta llevar las cosas con calma. Pero ya son... —*A Juana:* ¿cuántos meses dijiste que tenía la barriga de la Rosa?

JUANA. —Seis. —*Pancho se acerca y Soledad pone su atención en el diálogo.*

SEBASTIANO. —Más dos, ocho. Ocho meses! ¡Ni que fuera la eternidad!... Por eso ya resolvimos. Nos devuelve los papeles, doctor. Nada le obliga!

DR. FAUSTO. —*Sulfurándose.* —¡Pues, están muy equivocados! ¡Porque yo no he puesto mi trabajo para que otro se lleve la ganancia! ¡Esa es una injusticia!

JUANA. —*Calmosamente.* —Le pagamos, Doctor. ¡Nadie se está negando!

SEBASTIANO. —¡Bien dice la Juana! ¡Le pagamos! ¡Somos pobres, pero honrados!

DR. FAUSTO. —*Con furia y buscando de nuevo salir de ellos.* —¡No acepto! ¡De ningún modo acepto! ¡Ustedes me han buscado a mí!

JUANA. — *Brava.* —Pues no somos ríos y podemos volvernos! y, ¿quiere que le diga? ya nos han dicho que usted nos está enredando!

DR. FAUSTO. —¡Se siguen de las malas lenguas!...

Diálogo rápido in crescendo.

JUANA. — ¡No son malas lenguas!

DR. FAUSTO. —Y yo defendiendo sus intereses! Allí tienen: yo nunca he querido cobrarles los recibos que usted me firmó, pero sí ustedes...

SEBASTIANO. —¡Qué recibos! ¡yo no he firmado recibos!

DR. FAUSTO. —¡Sí, señor!

SEBASTIANO. —Le firmé los papeles para la "incrición"!

DR. FAUSTO. —Pues yo no sé! ¡Por allí salen unos papeles suyos con una deuda que le van a comprometer la tierra!

SEBASTIANO. —¿Deuda? ¡Pero qué deuda, si yo he pagado todo!

JUANA. —Lo mismo que salen papeles, pueden salir muertos!

DR. FAUSTO. —Esa es la honradez de ustedes! ¡No quieren reconocer lo que deben!

SEBASTIANO. —¡Pues somos honrados, pero usted es un mentiroso!

Suena el timbre del teléfono.

JUANA. —¡Usted es un ladrón!

DR. FAUSTO. —¡Vea, señora...!

Suena el timbre.

TELEFONISTA. —*Gritando.* —¡Oiga, usted! ¡Al teléfono!

SEBASTIANO. —No queremos que nos siga el asunto!

JUANA. —Ahora mismo vamos a ir a traer los papeles. Vos, Pancho, vos vas con nosotros!

TELEFONISTA. —¡Oiga! ¡La Paz! ¡Allí está La Paz!

PANCHO. —Y si no los entrega, se las ve conmigo!

DR. FAUSTO. —*Buscando irse, retrocediendo más, pero amenazante.*
—Eso lo veremos!

SEBASTIANO. —¿Cómo que lo veremos? ¿Piensa despojarnos? ¡Para eso tenemos un hijo Teniente peleando por le gobierno!

PANCHO. —*Amenazando.* —¡Vamos a ver si no entrega los papeles!

Suena el teléfono.

DR. FAUSTO. —*Retrocediendo y gritando.* —¡Si usted se atreve a hacerme algo, lo llevo a los tribunales!

JUANA. —¿Cree que le dimos un hijo al gobierno para que usted nos despoje?

TELEFONISTA. —*A gritos.* —¡Llama La Paz! ¿Van a oír o no? ¡Usted!

Sebastiano oye y se vuelve. El Doctor Fausto aprovecha para salir —por la izquierda— y al pasar por donde Soledad, ésta le vuelve la cara haciendo mal gesto.

SEBASTIANO. —¿Conmigo?

TELEFONISTA. —¿Y con quién?... Van a cortar la comunicación!... ¡Dése prisa!

SEBASTIANO. —*Corriendo al teléfono, pero sin abandonar el pleito.*
—¡Ahora mismo le vamos a quitar los papeles!

JUANA. —*Acercándose al teléfono, pero todavía furiosa.* —¡Es un bandido!
¡Ahora sale con que le debemos!

SEBASTIANO. —*Hablando en el teléfono y siempre con la atención en lo otro.* —¡Aló! ¡Aló!... ¿Ah?...

PANCHO. —¡Y conmigo no juega ese doctorcito!

SEBASTIANO. —*A Pancho; mientras da vuelta al manubrio del timbre del teléfono.* —¡Pero vos no te vayás a comprometer! —*Luego habla al teléfono.* —¡Aló! ¿Qué?

JUANA. —¿Ya está allí?

SEBASTIANO. —¡Shssss...!

TELEFONISTA. —*En su aparato.* —¡A ver! ¡La Paz! ¿Cómo?
—*A Sebastiano:* —¡Hable duro!... —*En su aparato:* ¡Aló! ¡Aló!

SEBASTIANO. —*Escuchando al teléfono con impaciencia...* —¿Cómo?

JUANA. —¿Se oye?

SEBASTIANO. —*Señalando al telefonista.* —¡Lo que se oye es a ese carajo con el aló!

TELEFONISTA. —*A Sebastiano:* —¡Ahí está! ¡Póngase bien el escuchador!

SEBASTIANO. —¿Y cómo quiere que lo agarre?... Aló?... ¡Aquí no se oye ni juco!

TELEFONISTA. —*Da vuelta al timbre.* — ¡Aló! ¡Aló!... ¡A lo mejor cortaron por estar ustedes en el bochínche!

SEBASTIANO. — ¡Pero no ve que nos quiere robar ese desgraciado?

JUANA. —¡Lo que pasa es que esos chunches no sirven! —*Señala el teléfono.*

TELEFONISTA. —¡Aló!... Sí. Sí. Aquí está la persona. Sí, con Catarina... —*A Sebastiano.* —¡Ya comunican!

SEBASTIANO. — ¡Hola!... ya, ya! ¡ya oigo! — *Contento.*

JUANA. — *Iluminándose el rostro.* — ¿Es él?

Todos se apretujan alrededor del teléfono. Soledad se acerca un poco, a la expectativa. Se ilumina o sube el telón lentamente, en la sala de la derecha. Aparece Margarito hablando en el teléfono. Lleva una gran faja con tiros y una respetable pistola. Pantalón azul y cotona y en el sombrero — que ahora es de paño — lleva la divisa verde. Con cueras y caites.

En la banca del fondo está un soldado: pantalón azul, cotona blanca, sombrero de palma con su divisa verde, una chamarra roja terciada al hombro, salbeque y caites. El rifle lo tiene acostado sobre sus piernas. Cuando Margarito comienza a hablar, el soldado Potoy enciende un puro. Potoy tiene cara y quietud de ídolo.

MARGARITO. — ¡Hola, hola! ¿Con quién hablo?

SEBASTIANO. — ¡Aloooó, Margaritooooó! — *A los demás, feliz.* ¡Es él! — *Por teléfono.* ¡Ya te oigo!... ¿Me oís vos a mí?... ¿Sos vos, muchachó?

MARGARITO. — Sí, yo, ¿y quién, pues?... ¡El Teniente Margarito López!

SEBASTIANO. — *Deseando que le repitan.* — ¿El qué?

MARGARITO. — *Con orgullo.* — ¡El Teniente Margarito López!

SEBASTIANO. — *A Juana, riéndose de gozo.* — ¡El Teniente! — *Por teléfono.* ¿Es verdad, pues, que te hicieron Teniente?

MARGARITO. — ¡Me ascendieron, tata!... ¡Soy ayudante del Coronel Delgado!

SEBASTIANO. — *En gritos al telefonista.* — ¡Ahí está, usted! ¡Teniente y ayudante del Coronel Delgado! ¡Y estaba de baboso!

Todos asienten orgullosos.

MARGARITO. — ¿Qué decís?

SEBASTIANO. — *Es que el Central no quería creer! — Se ríe complacido.* Bueno, decime... — *Vuelve a reírse en baba.* ¡Así es que sos vos, mijo!... Pues aquí está tu mama. Estoy yo! Está Pancho!

--Llama con la mano a Soledad --y la Soledad también!... Trajimos hasta la Coscolina! --Siempre riéndose busca con los ojos a la perra. Se pone serio y en voz distinta pregunta, rápido, a los suyos: --¿Qué se hizo la perra? --Sigue al teléfono. ¡Toditos! ¡Casi nos traemos el rancho! --Vuelve a reírse ingenuamente.

MARGARITO. --Que sonrío a la voz de su padre, dice nostálgico: --¿Y cómo está el rancho?

SEBASTIANO. --¿Y cómo querés?... Con los primeros agujajes se puso alegre... Y ya tuvo chanchitos la chancha overa. ¡Todos se pegaron!

MARGARITO. --¿Y mi mama?

SEBASTIANO. --A Juana --Pregunta por vos! --Al teléfono, riendo. ¡Si la vieras! ¡Se dejó venir con la cadena de oro! --A Juana: ¡Enseñácela! -- Juana, riendo, se empina y enseña la cadena a la bocina del teléfono. Mientras tanto Sebastiano dice, ingenuo y contento: -- ¡Está hermosa la vieja!

MARGARITO. --Decile que me hace falta. ¿Y Pancho?

SEBASTIANO. -- Señalando a Pancho. --Aquí está...! Todavía suelto!... No lo agarran las mujeres!

MARGARITO. --Que ha mirado hacia el fondo y ve al soldado de la banca echando nubes de humo con su puro Con voz arrogante: --Raso Potoy! ¡No se fuma delante del superior! ¡bote ese cabo!

El soldado Potoy tira por la puerta el puro con gesto de inconformidad

SEBASTIANO. --¿Ah?... ¿Qué decís, muchachó? ¡No te entiendo!

MARGARITO. -- Fachendoso. -- ¡Estoy dando una orden! ¡Tengo que poner respeto en las filas!

SEBASTIANO. --A Juana, en voz baja y llena de complacencia. -- ¡Está regañando a los soldados! ¡Lo oyeras!

JUANA. -- ¡Mijo es de ñeque!

SEBASTIANO. --Decime, pues, ¿estás bien?



MARGARITO. —Sí, tata, con el favor de Dios! Siempre llevo la Magnífica —*Se toca el cuello.*

JUANA. —Preguntale por la Rosa.

SEBASTIANO. —¡Ya se me olvidaba por el contento!... Oíme! ¡No me has dicho nada de la Rosa! ¿Qué tal está?

MARGARITO. —¿La Rosa...? La gran bandida yo creo que se me huyó con otro hombre!

SEBASTIANO. —¿La Rosa?... ¡No me digás!... ¡Pero sí parecía una mosca muerta!

MARGARITO. —¡Yo no sé si se huyó o si me la avanzaron! ¡Pero me las va a pagar!

SEBASTIANO. —¿Pero cómo fue?

MARGARITO. —Si eso es lo que está oscuro! Venía conmigo cuando nos hicieron correr en Nagarote. ¡Fue un revoltijo! Yo creí que la habían matado. Pero después me dijeron que la habían visto de mujer de un leonés, con los liberales!

JUANA. —*Impaciente.* —¿Qué es lo que dice de la Rosa?

SEBASTIANO. —*Rápido.* —Que se fue con otro carajo!

JUANA. —*Indignada.* —¡Pues que la deje!... ¡Qué ingrata!... Decime vos, ¡qué mujer!... yo siempre le vi mala cara. Dejame decirle...

SEBASTIANO. —Dice tu mama...

JUANA. —*Arrebatándole el escuchador que Sebastiano no quiere soltar.*
Indignada: —¡Digo que la dejés! ¡Esa mujer es una ingrata!... Pero, decime ¿no te venía muchacho?

MARGARITO. —¡Sí, mama! Pero aunque así se la levantaron!

JUANA. —Pues dejala. ¡Dejala! ¡No te merece esa mujer!

Sebastiano le quita el escuchador.

MARGARITO. —¿Dejarla? ¡No mama! En cuanto ataquemos la levanto de donde la encuentre! ¿Qué se cree, que me voy a dejar requisar la mujer por el enemigo? ¡Se vuelve! ¡Y la mecateo!

¡Ah, le pego porque le pego! ¡Va a saber quién es el Teniente Margarito López!

PANCHO. —*A Soledad*: —Oí lo de Margarito! ¡Y mi mama queriendo que me case! ¡No me friegue! —*Escupe*.

SEBASTIANO. —*A Juana*: —¿Qué me decís vos? Dice que la recoge pero que la malmata. Si le va a pegar que la recoja ¿no te parece?

JUANA. —*Aceptando, no muy conforme*. —¡Pero que le dé una buena!

MARGARITO. —¿Cómo?

SEBASTIANO. —Leñateala!... Pero ve, encajale bien los palos. Acordate que está aliñada... y no vaya a ser un mal suceso!

MARGARITO. —Déjemela a mí, tata! ¡yo le conozco el lomo!

PANCHO. —Pregúntele, tara, cómo es el cuento de que penquearon a los liberales. Acuérdense que yo tengo una apuesta con el compadre Moncho!

SEBASTIANO. —Oí. Oí: dice Pancho que cómo es la cosa de la penqueada que le diste a los liberales...?

MARGARITO. —¿Ah? ¿No le estoy diciendo que nosotros fuimos los penqueados?

SEBASTIANO. —*Incrédulo*. —¿Vos?

MARGARITO. —Nos picaron la retaguardia y nos corrimos! ¡Nos cocinaron con las máquinas, tata!

SEBASTIANO. —¡Vea qué pendejo!... Y aquí estuvieron repicando el triunfo! ¡Engañándolo a uno!

MARGARITO. —Yo no tuve la culpa! Le voy a contar cómo fue. Fue que... —*Mina al soldado que está en la banca y le ordena de pronto*: ¡Raso Potoy: váyase afuera que voy a hablar un secreto militar! —*Sale el Raso sumisamente. Al teléfono*: —Pues fue así: en lo que el enemigo nos estaba atacando, el General se fue a ver con su queridita a la hacienda Santa Clara. ¡Claro! ¡Nos metieron la gran mecateada!



SEBASTIANO. — ¡Decime vos! ¡Ese General no sirve ni para...!

Escena muy rápida hasta el final. Se oyen balazos y ruidos al lado derecho en La Paz. Diversas voces.

GRITOS. — Vienen por la calle!... ¡Corran aquí!... ¡Vuelen bala!...
¡No se dejen!... ¡Adentro!...

MARGARITO. — *Con el escuchador en la mano, gritando hacia la puerta:*
— ¿Qué pasa, Potoy?

SEBASTIANO. — ¿Cómo? ¿Qué decís?

Siguen balazos, más cercanos. Se oyen carreras. Cuerpos que caen. Nuevos gritos.

GRITOS. — ¡Tiren, jodido! ¡Tiren! *Un rostro que se asoma a la puerta.*
— *Pálido, agitado.* — ¡Teniente, nos atacan! — *Se retira precipitadamente.*

MARGARITO. — *Nervioso, indeciso.* — ¿Cómo?

SEBASTIANO. — ¡Aló! ¿Qué pasa? ¡Qué es el ruido? ¡No se oye!

MARGARITO. — ¡No sé, tatal! ¡Están tirando!

Siguen los balazos.

Entra el raso Potoy, tambaleante, cogiéndose con una mano el brazo que lleva herido en el hombro, manando sangre. Se deja caer en la banca, con el rostro lleno de dolor.

Balazos. Gritos.

GRITOS. — ¡Por la derecha!... ¡Échense al suelo!... ¡Vuelen bala!...

Otro rostro que se asoma a la puerta.

Aterrado: — ¡Corra, Teniente! ¡Están atacando!

Margarito vuela el teléfono. Queda el escuchador como un péndulo meciéndose.

Desenfunda su revólver. Siguen los tiros. Ayes de Potoy.

GRITOS. — ¡Adentro!... ¡Viva León, jodido!... — *Alaridos de guerra.*
¡Viva el Partido Liberal!...

Oscuridad o telón en la sala derecha, de La Paz Centro.

Simultáneamente Sebastiano ha estado lleno de inquietud, llamando, golpeando el contacto, dándole al timbre.

Todos agrupados a su alrededor se preguntan: ¿Qué será?... Alguna avería en la línea...

SEBASTIANO. —¡Aló! ¡Aló!... ¡Hijo!... ¿Qué pasa?... ¡Margarito!...
¡Margarito!... —*Volviéndose al telefonista.* —¡Central! ¿qué pasa?
¡Cortaron el habla!

TELEFONISTA. - *A gritos en su aparato.* —¡Aló! ¡Aló La Paz! ¡La Paz!...
¿Qué pasa con La Paz?... ¿Qué pasa con La Paz?...

TELÓN

CUADRO TERCERO

El mismo escenario del Cuadro Primero. Ha pasado un mes. Últimas horas de la tarde. Al final del cuadro la luz es ya roja y luego violeta, y cae el telón con el sol.

Juana está terminando de moler las tortillas. Sebastiano, sentado, rasguea perezosamente la guitarra.

JUANA. —No se hace con canciones el mundo!

SEBASTIANO. —*Que distraídamente, con su puro en la boca, ha estado tocando la guitarra, se encoge de hombros.* —No se hace!... ¡yo estoy mejorándolo! —*Se ríe burlesco. Pausa.* —¿Sabés vos que yo no sueño nada? ¡No soy como vos! Le paso la mano a la música como soba la Soledad a la perrita. Para suavizar un rato el tiempo. Pero no pretendo...

JUANA. —¿Me querés decir que soy pretenciosa?

SEBASTIANO. —¡Huy! —*Puja y luego escupe.* —¡Eso es! No querés que cante porque querés estar hablando de lo que podemos hacer, de lo que podemos hacer, de lo que podemos hacer... —*Burlesco, hace la mímica de "dale-que-dale" con las manos.* —con esa angina tuya por arreglar todo el año desde la víspera. ¡Nadie te alcanza!

JUANA. —¡Pues yo, sí! ¡Así me hizo Dios! ¡Y lo que pienso lo digo! ¡Para eso bebo agua bendita el Sábado de Gloria, para hablar sin tropiezo!

SEBASTIANO. —*Se arrecuesta un poco, con dejadez y hace un gesto amplio.* —¿Vos ves que la sombra de los árboles se va alargando con la tarde? ¿Lo ves? Pues los pensamientos de los viejos así se alargan. Porque los campesinos somos como los árboles. Cuando tenemos el sol temprano, soñamos más de nuestro tamaño. Después, cuando ya podemos, no soñamos; porque el sol nos mara la sombra. Pero cuando ya es tarde volvemos a soñar. Entonces sí. Cuando ya la sombra está para atrás... ¡Qué quisiera yo el sol de mis buenos años, con lo que la vida me ha enseñado!

JUANA. —¡Serías el mismo!

SEBASTIANO. —Pues, claro! ¡El mismo! Pero hubiera sido pobre sin engañarme. Lo malo son las ganas.

JUANA. —¿Cómo las ganas?

SEBASTIANO. —*Apasionándose con sus ideas.* —¡Las ganas que te sacan de tu pobreza para hacerte más pobre! Las ganas de ser Alcalde cuando sos vecino. Las ganas de tener un caballo de cien pesos cuando tenés un caballito de veinte. Las ganas de tener la mujer de la revista que pegás en la pared, cuando tenés la tuya en el tapesco! Las ganas de beber... ¿vos sabés por qué bebía yo? ¡Por las puras ganas!... Esas ganas... ¡Bueno...! Vos no entendés porque no sos hombre!... ganas no se sabe de qué. Ganas de ser muy hombre... ganas... ganas de ser Dios... ¡carajo!

JUANA. —¡Y me decís a mí que soy pretenciosa!

SEBASTIANO. —Porque seguís con tu sombra sin fijarte que ya es tarde. ¿Que no entendés?... Estás soñando con Margarito Coronel, con los vientos mejores que nos van a soplar, con la plata que va a traer el muchacho... ya te creés con la tienda del Güegüence!... y yo que sólo pienso en saber algo del Margarito... —*Triste.* —¡Que por lo menos vuelva!

JUANA. —*Llora hasta estallar en llanto al final.* —¿Y vos creés que no llevo esa espina dentro? Vos creés que en la noche no me despierta la angustia pensando si estará muerto mi hijo; si no me estará necesitando herido en algún monte?... Lo que pasa es que yo me hago mis sueños y hablo y hablo para... —*Llora.*

SEBASTIANO. —*Poniéndose de pie.* —¡Mejor no me lo hubieras dicho! Yo sólo me detenía en pensarlo pero porque estabas vos con tus cosas, con tu seguridad. “Si ella es la madre,” pensaba yo. Porque las madres tienen el oído puesto en la sangre. ¡Y ahora me decís...!

JUANA. —*Secándose las lágrimas. Cortante y supersticiosa.* —¡No he dicho nada! ¡No he dejado que se metan los agujeros ni las apariencias! ¡Ni un soplo he dejado que se me entre al corazón! ¡Aquí tengo a mi hijo... y toco madera! —*Golpea el taburete.*

SEBASTIANO. —Pero ¿no decís...?

JUANA. —No. Y no sigás hablando. Ninguna señal tengo! —*Reanuda su molienda.* —¿No viste ahora que maté la víbora dentro del rancho?... Cuando se mata bajo el techo ya no dentra la tuerce...

SEBASTIANO. —*Afirmativo e ingenuo.* —Era “Castellana”; mala víbora.

JUANA. —¡Pero la quebranté!

SEBASTIANO. —¿Y dónde estaba?

JUANA. —¿Y dónde, pues?... ¡En tu guitarra!

SEBASTIANO. —*Alarmado.* —¿Haciendo nido en la boca de la guitarra? ¿y cómo no me lo avisaste? ¿No ves que no debe tocarse el día que la calentó la víbora porque la música...

JUANA. —*Suspensa. Supersticiosa.* —¿Qué trae?

SEBASTIANO. —*Desconsolado.* —¡Invoca el mal, mujer! —*Pausa. Desconcierto. Se miran.*

JUANA. —¡Andá colgala en el clavo! Por dicha sólo la estuviste travesando!

SEBASTIANO. —*Va al rancho a guardar la guitarra. Mientras va, reza en voz baja, aunque no se le entiende bien, y rápido, la oración “contra la serpiente.” Todavía dentro del rancho se oye el ronroneo de su voz mientras Juana, afuera, muele.* —“Maldita sea la serpiente que se arrastra recogiendo la saliva de los que nombran a Dios sin respeto. El pie de la Virgen quebrante su mal y recoja su veneno en el cáliz del apóstol San Juan para el corazón de los perdidos y me libre a mí de daño. Amén. Jesús.”

Entra Pancho por la derecha, con sus alforjas. Las pone en un cajón, cerca del rancho y de Juana, medio de espaldas al público y a Sebastiano.

Diálogo lento y lleno de pausas.

JUANA. —¡Aquí está el muchacho!

SEBASTIANO. —*Sale del rancho. Lo mira y dice como saludo:* —¿Ideay?

PANCHO. —*Abre la alforja sin volver a verlo.* —¡Ya fui!

SEBASTIANO. —¿Hablaste?

PANCHO. —*Sacando un paquetito de la alforja.* —¡Ujú! —*Afirmación como un quejido.*

SEBASTIANO. —¿Malo el asunto?

PANCHO. —*Afirma con la cabeza.* —Malo! —*Sigue sacando cosas de la alforja.*

SEBASTIANO. —*Escupe.* —¡También el Juez está de espaldas!

PANCHO. —¡Ujú! —*Pausa.* —Ese juez ya está comprado.

JUANA. —*Impaciente.* —¿Y qué dijo?

PANCHO. —Que el abogado tiene los papeles y que eso nos pierde.

JUANA. —¿Va a dejar que nos roben? ¡Qué gente sin bautismo!

PANCHO. —Dice que él no puede hacer nada. Que mejor arreglemos porque el Doctor Fausto tiene poder.

SEBASTIANO. —¿Y don Federico? ¿No te aconsejó nada?

PANCHO. —*Siempre arreglando sus alforjas.* —Sí... que podemos pedir amparo.

SEBASTIANO. —¡Pero el amparo cuesta!

PANCHO. —*Con furia.* —¿Quién ampara al pobre?

JUANA. —¡De balde da uno a su hijo! ¡Eso no lo toman en cuenta...!

SEBASTIANO. —¡Como ellos mandan!

PANCHO. —Sí. Pero ya eso se va a acabar! —*Se vuelve con furia.* —¡Ya se anda levantando el pueblo por las sierras! Ahora me lo dijeron. Y lo que voy a hacer es agarrar mi rifle para cobrarme! —*Pausa.*

SEBASTIANO. —Si te diera eso el amparo yo te diría: ¡“andá cogelo”!

JUANA. —¡Cualquiera piensa como Pancho!

SEBASTIANO. —¡Lo que no rinde un hijo, no lo rinde el otro, Juana!

PANCHO. —Se llevaron a mi hermano y ahora quieren arrollar también con la tierra. ¡Hasta el animal tiene su medida cuando lo cargan!

Queda un silencio espeso.

Pausa.

SEBASTIANO. —¿Y la Soledad?... No me gusta que la coja la sombra en el camino...!

JUANA. —*Poniendo atención a algo.* —...ya debe de venir... ¿no oís pasos?

Silencio atento.

Aparecen, por la derecha e izquierda, tres o cuatro soldados, mientras quedan otros que aún no se ven y que van llegando por la derecha, cuyas voces se oyen a veces. Son soldados por el nombre y por los rifles y las divisas rojas que llevan en los sombreros, pero tiene un aspecto más montaraz y sus trajes están más raídos y sucios que los de los soldados del Cuadro Primero. Apuntan con sus rifles a los tres del rancho.

SOLDADO 1. —*Apuntando.* —¡No se muevan!

SOLDADO 2. —*Que ha entrado por la derecha. Hace señas con la mano, llamando a los otros soldados que vienen detrás y que aún no aparecen en escena.* —¡Aquí hay hombres! —*Un soldado tercero se encamina cautelosamente a registrar el rancho.*

SOLDADO 1. —*A Sebastiano.* —¿Usted qué es?

SEBASTIANO. —¿Y qué voy a ser?

SOLDADO 1. —¿Es rojo o verde?

SEBASTIANO. —A mis años los colores se despintan!

SOLDADO 1. —¡Queremos gente para la Revolución!

JUANA. —Sólo este hijo tenemos que es el que nos mantiene. Somos pobres. Pero les podemos dar las tortillas de la cena para que se ayuden.

SEBASTIANO. —Del chagüite les cortarían unos guineios, pero ya va siendo noche.

SOLDADO 2. —¡Ya la tropa los anda cortando; no se preocupe, viejo!

SOLDADO 1. —Queremos hombres para caerle al Gobierno. Vamos a botar a los Conservadores!

SOLDADO 3. —*Saliendo del rancho.* —Me gusta la guitarra que tiene el viejo ahí!

JUANA. —¿Cómo me gusta? ¿Qué se está creyendo?

SOLDADO 4. —*Entrando. Señala a Pancho y a Sebastiano* —¿Son liberales éstos?

SOLDADO 1. —¡No dicen!

PANCHO. —Si buscan gente contra el Gobierno yo me engancho!

SEBASTIANO. —*Sorprendido y molesto.* —¿Vas a pelear por lo que no es tuyo?

SOLDADO 2. —Déjelo, viejo! La guerra la llevamos ganada!

PANCHO. —¡Sí, tata! Me voy con ellos. ¡Ya es mucho aguantar!

SOLDADO 4. —Hay que avisarle al Jefe que aquí hay un voluntario!

SOLDADO 1. — ¡El Jefe anda medio rascado!

SOLDADO 2. —*Dirigiéndose a alguien que aún no ha aparecido en escena; por la derecha.* —¡Oí! ¡Petronio! ¡Que venga el Jefe! ¡Aquí hay un voluntario!

SOLDADO 1. —¡No grités, jodido! ¡Somos clandestinos!

Voz dentro: “¡Vamos!” —*Se oyen risas y voces de gente que viene acercándose.*

SOLDADO 4. —*A Pancho.* —¿Tiene rifle?

PANCHO. —*Niega con la cabeza.* —¡Sólo machete!

SOLDADO 3. —¡Otro de machete!

SOLDADO 1. —¡En cuanto le caigamos al resguardo del pueblo nos equipamos!

PANCHO. —Voy a traer mi chamarra y mi alforja!

SOLDADO 1. —¡Vaya!

Va Pancho al rancho.

SOLDADO 3. —¡Tráigase la guitarra, compañero!

JUANA. —¡Nada de eso!... ¡Bonita guerra van a hacer con guitarras y sin rifles!

SOLDADO 3. —¡No la pelee, señora! ¡Es para alegrar las noches!

JUANA. —¡Bastante me arrancan con el Pancho! ¡Si no fuera porque ese Gobierno nos está robando la tierra, no se los diera!

SOLDADO 2. —*Riéndose.* —¡Ya se lo traemos! ¿No ve que vamos ganando por todos lados? ¡Ya el Gobierno está en temblores!

Voces que se acercan.

Voz que ya está muy cerca: — “¿Qué se tienen allí?”

CUARTO SOLDADO. —*Hacia la voz.* —Aquí hay un voluntario liberal, Jefe!

Sale a escena el Doctor Fausto Montes, algo borracho, con pistola al cinto, sobre-botas y un sombrero tejano con cinta roja.

DR. FAUSTO. —¿Un liberal? ¿Quién es?

Asombro de Sebastiano y Juana.

Pancho, que en ese momento sale del rancho con su chamarra terciada al hombro y su machete en la mano, se queda de pronto detenido, como una estatua.

JUANA. —*Llena de furia.* —¿Usted?

Sale un sargento aguardentoso, de gran vocerrón y otro soldado que se colocan junto al Doctor.

DR. FAUSTO. —¿Qué hay conmigo?

SEBASTIANO. —*Decidido, bronco.* —¡Dejame hablar, Juana!

JUANA. —*Como una fiera.* —¿Con qué cara viene a pedirme el hijo después que nos está robando la tierra?

DR. FAUSTO. —*Haciendo un gesto displicente y burlesco con la mano.* —¡Yo no le estoy pidiendo nada, vieja!

SEBASTIANO. —*Seco y autoritario.* —¡Juana! ¡Yo soy el hombre, dejame a mí! —*Al Doctor.* A ella le guarda respeto o se mata con este viejo que

algo le queda de sangre! —*Pancho da un paso adelante amenazante.*
¡Y sépalo de una vez: aquí no hay voluntarios ni para verdes ni para rojos, porque donde está el muerto, ahí está la zopilotería!

SARGENTO. —*Con voz altanera y estentórea.* —¡A callarse el mundo entero! ¡Amarren a ese jodido! —*Volviéndose al Doctor Fausto.*
¡No debe dejarse vocear de ningún carajo, Jefe!

Dos soldados caen sobre Sebastiano y dos se acercan, un poco temerosos a Pancho, quien, cerca de la puerta del rancho está, machete en mano, amenazante.

SOLDADO 3. — ¡Bote ese machete! —*Apunta con el rifle.*

Pancho lo baja muy lentamente, pero no lo suelta. Mira con rabia impotente.

SARGENTO. —*Montando el rifle y apuntando.* —¡Bótelo al suelo o me lo acuesto!

Los soldados segundo y cuarto están amarrando a Sebastiano.

Pancho tira con furia impotente al suelo su machete. Lo recoge el soldado tercero y lo tira lejos.

JUANA. —*Que ya no puede contenerse, al Doctor.* —¡Se ceba en los pobres, cobarde!... ¡Con un pobre viejo! ¡Y estos ciegos que están engordando al que les chupa la sangre...!

SEBASTIANO. —*Queriendo callarla.* —¡Juana!

JUANA. —*Indetenible.* —¡Pues, sí! ¡Que lo oiga de boca de mujer!
¡Que se rebaje a tocarme! ¡Después de robar con los Conservadores va a robar con los Liberales!

SARGENTO. —¡Cállese!

JUANA. —¡No me callo! ¡Usted sabe que este hombre es un vividor: come de los pobres y bebe del gobierno!

DR. FAUSTO. —*Con risa falsa.* —¡Está dolida porque lleva perdido un pleito! ¡Estos indios caitados quieren siempre medrar! Pero los Liberales vamos a traer la justicia!

SOLDADO 4. —*Chillándole a Juana.* —¡Claro, jodido!



SOLDADO 2. —¡Ahora vamos a mandar!

SEBASTIANO. —*Rogándole se calle.* —¡Juana!

SOLDADO 3. —¿Y qué se hace con éste? —*Señala a Pancho con el rifle.*

SARGENTO. —¡Hay que juzgarlo!

DR. FAUSTO. —¡No! ¡Va de rehén!

SARGENTO. —¡Eso es! ¡Para que no hable la vieja!

DR. FAUSTO. —*A Sebastiano.* —Aquí no ha estado nadie. ¿Sabe?
¡Guárdese la boca en el pueblo o no respondo del muchacho!

SARGENTO. —¡Vamos! ¡Adelante con el recluta!

Empiezan a salir.

SOLDADO 1. —*Gritando* —¡Buscando el monte, muchachos! ¡Desperdíguense!

SARGENTO. —¡Callando todos! —*Autoritario.*

DR. FAUSTO. —*A Juana ya retirándose.* —¡Nunca ha hecho mejor negocio! Si anda conmigo el muchacho le va a volver con plata!
—*Se ríe burlescamente.*

SOLDADO 2. —*Burlón.* —¡Cayetano la bocina, vieja...!

SOLDADO 3. —*Que ha salido por la derecha, se vuelve a escena, y dice apenas visible, al Doctor Fausto:* —Jefe: ¿nos llevamos ese chanchó?
¡Vamos sin porrosca!

DR. FAUSTO. —¡Arreen con todo!

SOLDADO 1. —*Alegre, saliendo.* —¡Júuuú! —*Grita.* —¡Viva el Partido Liberal!

DR. FAUSTO. —A callar se ha dicho! ¡Imbécil! —*Salen.* —Se oyen los gruñidos desesperados del cerdo, a la derecha.

Risas... Exclamaciones. ¡Agarralo bien!... ¡Tapale el hocico!... ¡Amarralo!

Todos han salido.

Juana, en jarras, furiosa y callada, los ve irse. Después de una pausa, cuando ya no se oyen voces y queda el silencio, ella se acerca a Sebastiano, buscando como desamarrarlo.

JUANA. —¡Todos son iguales! ¡Todos son bandidos!

SEBASTIANO. —¡Te ponés a jochar los perros sueltos! ¿No ves que cuando esos se sienten con un rifle en la mano creen que tienen el poder de Dios? ¡Como nunca han mandado ni a un perro!... ¡Soledad! ¿De dónde salís?

Entra Soledad: pálida, rápida, nerviosa, por la derecha.

SOLEDAD. —*Dirigiéndose a Sebastiano, cariñosa, inquieta. A medida que habla desplaza a Juana para desamarrar a su padre* —¡Tata!... Estaba reprimiéndome allá, bajo el ceibo, muriéndome de miedo! ¿Qué le hicieron? —*Se arrodilla.* ¡Me lo amarraron sin respetarle sus canas! ¡Ya venía sintiendo algo malo en la tarde! ¡No sé qué! Le dije a la Vicenta: me voy porque estoy inquieta. Y cuando llegué... ¡Dios mío!... ¡Qué nudo el que le hicieron! ¡Tráigame el machete, mama, para cortar!

SEBASTIANO. —¡Ya ves cómo nos van dejando! Amarrado como San Sebastiano... y desnudo sin un hijo.

JUANA. —*Pasando el machete que está en el suelo. Habla a torrentes, llena de furia, mientras Soledad desata a Sebastiano. Mímica dramática y voz alta.* —¡Me quieren callar con el hijo! Me ponen su muerte sobre la boca, pero hablo y aunque esté bajo tierra sigo hablando porque esto clama al cielo. ¡Virgen Bendita! ¿Que no hay maldición para los perversos?... ¡Infelices viejos que nos caen los quebrantos como las pulgas al perro flaco! ¿Cuándo se acabará esta tuerce? ¡Allí está mi Margarito, el inocente, la tuerce le dobló la vida cuando mejor camino llevaba! ¿Dónde está ahora mi hijo? ¿Dónde está su Rosa en la que él se veía?... y allí está mi pobre Pancho, queriendo salir de su tuerce y la va a buscar! ¡Maldito el hombre que trajo la tuerce al rancho! Pero yo te lo digo: ese hombre me cargará con mi lengua! Ya me arrancaron un hijo y me quedé callada, creyendo en promesas. Este no me lo roban. ¡No me cierran la boca! Voy a ir a vender a ese bandido

al Cuartel. Voy a hacer que lo busquen con el resguardo. ¡Voy a gritárselo a todos los hombres del pueblo para que vayan a sacar de su cueva al coyote! ¡Me hierbe el pecho por verlo con cuatro rifles enfrente, amarrado el vividor! ¡el ladrón de pobres! ¡el cobarde!...

SEBASTIANO. —*Que ha estado oyéndola atento y torvo, mientras lo desamarraba Soledad, la detiene con un gesto y en voz honda y despectiva.*
—¡Cálmate que con los gritos sólo se levantan los ecos! ¿A qué pueblo vas a recurrir? ¿Dónde está el pueblo? ¿Que no viste a Petronio, a Juan Zeledón, a Ruperto poniéndome el fusil contra el pecho?... ¡Somos enemigos los que debíamos ser amigos... por eso hay siempre quien nos ponga el yugo y nos haga bueyes!...

TELÓN

CUADRO CUARTO

El mismo escenario. Han pasado muchos meses. Media tarde.

Al final del cuadro se enciende un crepúsculo cárdeno.

Nota: Del rancho hacia un arbolito del fondo —o en algún poste de cerca— colóquese en este cuadro un alambre para tender ropa.

Sebastiano está solo, sentado a la puerta del rancho, bebiendo tiste en una jícara. Se oye lejano el canto del pájaro Guás. “Guás, guás, guás...!”

SEBASTIANO. —*Poniendo atención al canto.* —¡Canta el guás! ¡Parece que va a cambiar el tiempo!... —*Bebe un trago. Agita la jícara. Bebe otro trago. Mira hacia el camino, hacia la derecha y se alegra la cara.* ¡Ahí viene la Juana! —*Se bebe de un envión lo que queda, golpea la jícara para tragarse hasta el chingaste. Se limpia la boca con la manga de la cotona. Pone la jícara. Y se adelanta a recibir a Juana. Comienza a hablarle desde antes que ella aparezca en escena.* —¿Ideay?... ¿Venís cansada?... Siempre que vas al pueblo le echás más carga a la alforja que la que podés aguantar... ¿Te fue bien?

Entra Juana.

JUANA. —*Resopla.* —Ya estoy sintiendo los años! —*Descarga.* Pues hice todo!...

SEBASTIANO. —*Siguiéndola.* —Yo también! Le pasé un fierro con el arado a la milpa. Me ayudó Josecito, el de Juan Malespín. Ahora tenemos que ir a sembrar... ¡Buen muchachito ese! ¡ya pudiéramos tener nietos así nosotros!... ¡Bueno, pero contame!

JUANA. —*Que ya puso las alforjas y su contenido dentro del rancho, se sopla y se sienta, fuera, en una “pata de gallina.”* —Primero fui al mercado. ¡Vieras qué cara está la manta! ¡todo está por las nubes!... Después fui donde don Federico. ¡Bien me recibió!... Ahora sí, dice, que la cosa se ha compuesto! Ya llegó el yanqui a la Comandancia y está metiendo todo en cintura!

SEBASTIANO. —*Sentándose, sediento de noticias.* —Contámelo todo desde el principio. Todo lo que él te dijo.

JUANA. —Pues, llegué. ¿Ideay, comadré? —me dijo— ¡Qué cara tan perdida!... y yo, claro, le dije cómo estábamos, trabajando como bueyes, sin los hijos... haciéndonos ilusiones de que volvieran porque ya terminó la guerra. Y ahí nomás le hablé del asunto del rancho y de la tierrita porque estábamos muy alentados con las noticias que él nos había dado. ¿Y qué creés que me dijo?

SEBASTIANO. —¿Ajá?

JUANA. —Que ya está en el pueblo el Doctor Montes.

SEBASTIANO. —¿Ya volvió ese carajo?

JUANA. —Pero, poné cuidado: me dijo que él le presentó el asunto al yanqui y que se puso de paro con nosotros. ¿Sabés lo que le dijo el yanqui? ¡Que es un robo! y que él lo va a arreglar.

SEBASTIANO. —*Cabeceándose y dándose con las palmas de las manos en las piernas.* —¡Lo que nosotros decíamos!

JUANA. —¡Si es que eso clamaba al cielo!... Pero por fin va a haber justicia!

SEBASTIANO. —Pero no me gusta que haya vuelto ese hombre. Es intrigante, enredista. ¡Es malo!

JUANA. —Pero don Federico dice que con la venida de los yanquis todo esto se va a componer. Dice que la “intervención” va a acabar con las zanganadas... Te cuento que lo vi al yanqui cuando pasé por el cuartel. Es un hombre colorado, pelo de chilote... blanco... ¿cómo decirte?... parece crudo de tan blanco.

SEBASTIANO. —Ah! ¿Lo viste?

JUANA. —Sí lo vi. Son tres los yanquis que están en el pueblo. Yo creo que son hermanos. El mismo pelo, la misma ropa. Y están haciendo marchar a los del resguardo que da risa: tiosos, tiosos, como muñecos de palo!

SEBASTIANO. —¡Ah, pero son soldados!

JUANA. —¿No te digo que están en el cuartel?

SEBASTIANO. —Pero el pleito de nosotros es en el juzgado!

JUANA. —Pero los yanquis van a meterse también con lo del Juez. Son marinos. Ahora que me acuerdo así me dijeron: que son marinos!

SEBASTIANO. —¿Marinos también?... ¡Jodido, pues son de todo tiro!...

JUANA. —Pues dice mi compadre don Federico que ellos van a arreglar todo. Fijate que me contó que les quitaron los rifles a los liberales y a los conservadores y que de aquí pa' delante ya nadie más pelea!

SEBASTIANO. —Sí! Eso ya me lo contó la otra tarde Benito, el barbero. Y hasta me leyó el periódico donde decían que iban a devolver a todos los soldados a sus pueblos. ¿No te conté?

JUANA. —¡Ay! ¡Ojalá! ¡Si por lo menos uno de los muchachos volviera!... ¡Al menos Pancho!

SEBASTIANO. —*Entristecido.* —Sí; porque aquello que nos dijo Juan Aguirre de Margarito... En ese encuentro los mataron a casi todos... ¡Yo ya no me hago ilusiones con él!... Pero ¡Pancho!... ¿adónde habrá cogido Pancho?

JUANA. —Ese doctor Montes debe saber!

SEBASTIANO. —¡Pero yo no le hablo!

JUANA. —*Pensando.* —¡Tal vez por medio de otro!... ¡Tal vez si le pregunta la Vicenta, la amiga de Soledad!

SEBASTIANO. —¡Es buena idea!... Se lo vamos a decir ahora que bajemos por el agua. —*Se levanta.*

JUANA. —*Deteniéndolo.* —Oíme. Se me quedaba contarte lo último. El yanqui le dijo a don Federico que iba a venir a ver la tierra con el Juez.

SEBASTIANO. —¿A ver la tierra?

JUANA. —Sí. Eso le dijo!

SEBASTIANO. —*Levantándose.* —¡Si la tierra allí está! ¡Nadie se la ha llevado! ¡Lo que debe verle es la uñas al mañoso del Doctor Montes! —*Se sienta.* ¿Sabés una cosa, Juaná? ¿Vos creés que esos



yanquis pueden arreglarlo todo?

JUANA. —Don Federico dice que a eso vienen! ¿Por qué no van a poder?

SEBASTIANO. —*Encogiéndose de hombros.* —Porque son hombres!

JUANA. —¡Claro que son! ¡Qué sonso que estás!

SEBASTIANO. —No es sonsera. Yo soy viejo y pienso. ¿Le podrías arreglar vos su rancho y su pleito al vecino Pedro Potosme, que es borracho y garrotea a su mujer?

JUANA. —Yo no. ¡Yo no me meto en enredos ajenos!

SEBASTIANO. —¿Ves? ¿Ves? Y ellos se están metiendo en enredos ajenos! ¿Qué saben los yanquis de las mañas del doctor Montes y de las pobreza del Sebastiano? ¡Fijate que ni saben hablar como nosotros! ¿Y por dónde sale el entendimiento? ¡Por la lengua! —*Levantándose.* —¡Pero ojalá sea cierto lo que vos decís! ¡Qué más quisiera yo! —*Interrumpiendo y mirando al cielo.* —¡Bueno! ¡Andá tomate tu pinol para que nos vayamos a sembrar antes que nos coja la tarde!

JUANA. —*Levantándose.* —¡No! ¡Mejor me lo tomo allá! Ahorita estoy muy agitada. Vamonós!

Saca unas jicaras. Arregla alguna otra cosa. Sebastiano mete los taburetes en el rancho y coge su sombrero y su machete. Entre tanto sostiene el siguiente diálogo hasta que salen:

SEBASTIANO. —Si nos da bien la milpa podemos comprar el otro buey. Ya con otro buey, puedo montar la carreta y ganarme mi buena plata.

JUANA. —¡Ah! ¡Si estuvieran los muchachos hubiéramos podido sembrar hasta el campiro de Pedro Potosme! ¡Lo alquila barato!

SEBASTIANO. —¡Con sólo Pancho pudiéramos sembrar el doble! ¡Pancho era arrechó... pero gracias a Dios yo entoavía tengo juego!

JUANA. —¡Ah! ¡Si estuviera Pancho!... ¡Pero somos torcidos!

*Cuando ya van a salir hacia la izquierda se oye de nuevo cantar el guás:
“Guás, guaaaás, guaaaaaás!!”*

SEBASTIANO. —*Poniendo oído al canto.* —¡Oí el guás! ¡Sigue cantando!
¡Cambia el tiempo!

Sale.

JUANA. —¡Ojalá cambiara la vida!

Sale por la izquierda.

*Vacío el escenario, vuelve a escucharse el canto del guás: “Guás, guaaaás,
guaaaaaás!!...”*

*Después pasa la sombra de un pájaro, lento, llenando de rumor el cielo
vacío. Pausa.*

Se oyen voces por la derecha.

Dos personas que vienen conversando con cierta violencia.

YANQUI (TENIENTE COMFORT). —*Habla bastante bien el castellano pero
con acento yanqui, muy cargado y conjugando mal los verbos.
Comienza a hablar antes de aparecer en escena:* —¡No, doctor
Montes! ¡Usted tiene que cumplir la ley!

Entra a escena.

DR. FAUSTO. —*Habla despacio para hacerse entender del Teniente*
—¿Pero qué ley, Teniente Comfort? Yo tengo la ley a mi favor.
Ya le he enseñado a usted mis escrituras y el fallo del Juez, pero
usted quiere hacer justicia a su modo. ¡Eso es arbitrario!... ¡Ese
viejo, Don Federico, se le pone a llorar a usted, lágrimas de
cocodrilo por “los pobres indios,” y usted se ablanda! Pero con
lástima no se hace justicia. Yo no conozco ningún artículo del
Código que hable de lástima.

YANQUI. —*Pretencioso.* —¡Oh, no! ¡Nada de lástima! ¡Yo sé mi deber!

Dicho esto avanza hacia el rancho a buscar a sus moradores.

*El Dr. Fausto se queda donde está, alejado, inquieto y no muy seguro de
ser bien recibido.*

YANQUI. —*Mirando si hay alguien pero sin atreverse a entrar en el rancho. Golpea discretamente. En voz alta:* —¡Eh! ¡Señor!... —*Interrogando al Dr. Fausto.* ¿Cómo se llama?

DR. FAUSTO. —¡Sebastián!

YANQUI. —¡Oh, yes! —*Vuelve a llamar en voz alta.* ¡Señor Sebastián!... ¡Buenos días! —*Nadie contesta.* —¡Parece no haber nadie!

DR. FAUSTO. —*Se acerca un poco más confiado. Se asoma en la puerta y como no hay nadie dice:* —¡Es lo mismo que esté o no esté! ¿qué puede decir a usted un indio de éstos?

YANQUI. —¡Usted no quiere dar oportunidad al Señor Sebastián!

DR. FAUSTO. —Yo sé lo que le va a decir: que esta tierra es suya. Pero ¿dónde están sus títulos? Sus escrituras son nulas y usted tiene que tomar en cuenta todos esos puntos legales.

YANQUI. —Yo quiero proteger a los nativos.

DR. FAUSTO. —Pero nosotros tenemos una ley.

YANQUI. —¡Ustedes no conocer la justicia!

DR. FAUSTO. —Pero si usted no respeta la ley, comete también una injusticia.

YANQUI. —¿Yo? —*Hace un gesto despreciativo con la mano y luego, golpeándose el pecho, exclama soberbio:* —¡Yo soy la ley aquí, doctor!

DR. FAUSTO. —*Le mira perplejo, pero inmediatamente cambia, se ríe con mueca falsa y se le acerca al Teniente con meloso servilismo:* —Naturalmente que usted es la ley, querido Comandante. Pero para hacer justicia usted debe conocer a esta gente. ¿No ve cómo viven?... No les importa la miseria. Si ganan cuatro reales se los beben. Pero viven quejándose. ¡Si usted supiera lo que uno lucha por hacerlos gentes, por ayudarlos, pero no agradecen! ¡No les importa!

YANQUI. —*Irónico.* —Y por eso usted les coge la tierra, ¿eh? —*Se ríe.*

DR. FAUSTO. —*Exagerando su respetabilidad.* —¡No, mi Teniente! Ellos la pierden porque todo lo gastan en borracheras. Hipote-

can sus tierras. No pagan. Y después se quejan cuando pierden lo que tienen. ¡Figúrese usted el daño que le haría a este país si en vez de proteger a la gente que trabaja, a la gente decente, le da la razón a los haraganes y a los borrachos! ¿Quién va a querer entonces progresar?... Vea, Comandante... nosotros sabemos que los Estados Unidos son un gran país y quieren ayudar a la paz y al progreso de Nicaragua...

YANQUI. —Exacto, doctor. Nosotros queremos civilizarlos.

DR. FAUSTO. —¿Ya ve usted?... Lo mismo quiero yo con esta pobre gente. Nosotros podemos entendernos, Comandante. Lo que pasa es que usted ha prestado oídos a ese Don Federico que es un caudillo reaccionario. —*Se le acerca insinuante.* Vea, Comandante, si usted se entiende con las personas decentes del pueblo... en fin... yo no sé sus planes... pero también nosotros tenemos deseos de ayudarlo... Aquí hay muy buenos negocios que se pueden explotar... Lo que hacen falta son hombres con iniciativa, hombres enérgicos como usted...

YANQUI. —*Lo mira de arriba abajo irónicamente, suena la lengua con un ruido burlesco, despectivo y haciendo ademán con la mano dice:* —¡Oh! ¡No se molesten por mí!... Gracias!!! —*Se ríe secamente.* ¡Me pagan muy bien, doctor!

DR. FAUSTO. —*Cínicamente.* —¿Usted cree que yo quiero...? —*Hace un gesto disimulado insinuando soborno, dinero.* —¡No mi amigo! Yo sé que usted es justo. ¡No me interprete mal! ¡Yo soy un amigo de los Estados Unidos y...

Entra Soledad por la derecha, canturreando con una batea pequeña en la cabeza y su rebozo. Al verlos, se detiene un momento extrañada, mira a ambos, y se dirige al rancho un poco inquieta, creyendo encontrar a alguno de los suyos dentro.

YANQUI. —*Sonriendo. Inclinandose con una cortesía postiza.* —¡Buenos días, señorita!

SOLEDAD. —*Seca, huraña.* —¡Buenos días!

YANQUI. —¿Usted vive aquí, señorita?



SOLEDAD. —Sí, señor! —*Está ya en la puerta del rancho.*

YANQUI. —¡Sebastián!

SOLEDAD. —¿A mi tata? —*Mira hacia dentro del rancho. No sé dónde está. Tal vez anda en la milpa... Si quiere se lo voy a llamar.*

YANQUI. —*Que no le aparta los ojos, sonrío afectuoso.* —¡Oh, no se moleste!

SOLEDAD. —*Entrando al rancho.* —¡Espéreme un tantito!

YANQUI. —*Se aparta un poco del rancho acercándose al Dr. Fausto y saca afuera un entusiasmo picaresco que no había mostrado. Con un gesto de marino:* —Bella muchacha nativa, ¿eh?

DR. FAUSTO. —*Le mira sonriendo y se encoge de hombros.*

YANQUI. —¡Ja! ¿Está acostumbrado a ellas, no?... —*Entusiasta. Yo mirarla en el pueblo. Muy simpática! --Cierra el ojo.* —¿Se dice así: sim-pá-ti-ca?

DR. FAUSTO. —*Lo mira un momento, estudiándolo. De pronto cambia y tomándolo del brazo le pregunta en el mismo tono de malicia:* —¿Le gusta?... Puedo dejarlo solo.

YANQUI. —*Agradado pero algo asustado.* —¡No... no! —*Ríe.* —¡Muy niña!

DR. FAUSTO. —*Sabiendo lo que dice.* —¿Muy niña?... Aquí con el trópico las frutas maduran temprano! —*Le da con el codo riendo.* —¡Sabe más que usted de amor!

YANQUI. —*Aumentando su entusiasmo.* —¿Oh, sí?

Fausto va a hablar cuando sale de nuevo Soledad del rancho. Con disimulo se aparta un poco, pero Soledad después de hablarle al yanqui, se dirige a él.

SOLEDAD. —*Saliendo. Trae en la pequeña batea varias prendas de ropa lavada, hechas un bollo, que después colgará del alambre a asolear. Al yanqui:* —¡Pues si quiere voy a llamar a mi tata!

YANQUI. —*Que no disimula su atracción por Soledad.* —¡No, no señorita! ¡Puedo esperar aquí, contento! ¿Le molesta?

SOLEDAD. —*Arrecostada a la pared del rancho, con la batea apretada a su vientre, sonrío y responde con mucha naturalidad.* —¡Me molesta que esté aquí ese! —*Señala a Fausto con la boca.*

DR. FAUSTO. —*Que estaba apartándose disimuladamente, le vuelve el rostro* —¿Yo?

SOLEDAD. —¡Usted amarró a mi tata! ¡No sé a qué vuelve aquí!

Todo este diálogo entre Soledad y el Dr. Fausto es muy rápido y en voz grande, sin alteraciones. El yanqui parece, por su expresión no entender bien, o querer seguir, sin poderlo, lo que ellos dicen.

DR. FAUSTO. —*Aproximándose lentamente.* —Eso fue cosa de la guerra, Cholita! Yo siempre te he mostrado cariño. ¡Decí que no! Pero tu mama me ha echado a todos encima por el pleito de la tierra. ¡Yo ni interés tengo en eso, te advierto! Pero tu mama no sabe de leyes y cree que les estoy robando.

SOLEDAD. —*Sin inmutarse.* —Yo tampoco sé de leyes pero sé que nos está robando.

DR. FAUSTO. —¡No digás eso, Cholira! El señor decía que sos simpática y yo te estaba alabando pero me vas a hacer quedar mal.

YANQUI. —¿Cómo?... ¿cómo?

DR. FAUSTO. —*Hablando lentamente.* —Que usted decía que ella es muy simpática ¿no es así?

DR. FAUSTO. —*Con gran gesto.* —¡Oh, yes! ¡Muy linda!

SOLEDAD. —*Sonriendo, baja los ojos. De pronto dice contra el doctor.* —¡Pero usted amarró a mi tata!

DR. FAUSTO. —¡Yo no, Cholita! El Sargento Malespín que es un bruto!

YANQUI. —*Creyendo dar en el clavo, pero usando tono de broma.*

—¡Oh, ella no querer al dóctor!... Dóctor muy malo, ¿eh?

—*Le da al doctor una palmada en el hombro, riéndose estrepitosamente.*

SOLEDAD. —*Lo mira con curiosidad y sonríe.* —¿De dónde es usted?

YANQUI. —¿Mí?... De América. A-me-ri-ca-no!

SOLEDAD. —*Ingenuamente, mientras mira el suelo.* —¡Ah! Yo creí que era yanqui!

YANQUI. —*Riéndose mucho.* —¡Oh sí, sí! ¡Mi, yanqui!

SOLEDAD. —*Guarda silencio y raya el suelo con el dedo del pie. Mira al yanqui inocentemente y pregunta:* —¿Cantan de otra manera los pájaros en su tierra?

YANQUI. —*Desconcertado.* —¿Los pájaros?

SOLEDAD. —¡Ujú!

YANQUI. —¿Por qué?

SOLEDAD. —¡Me imagino! —*Sonríe.*

YANQUI. —*Tartamudea.* —No, no sé. Yo consultarlo, ¿sabe? —*Se ríe.*
...Y usted, ¿usted vive aquí, eh?... Yo mirarla en el pueblo.

SOLEDAD. —*Mirando el suelo, afirma con la cabeza.* —Voy al pueblo con una venta para ayudarle a mi mama.

YANQUI. —¿Tiene mucho amigo en el pueblo, eh? ¡Una muchacha bonita, muchos amigos! —*Se ríe.*

SOLEDAD. —*Sonriendo, alza el hombro coquetamente.* —¡Los del gasto!... —*Luego embarazada por el diálogo, pregunta de pronto:* —¿Y por qué no se sienta?... Voy a traerle un taburete! —*Entra al rancho a sacar un taburete. En el momento que ella se oculta, el Dr. Fausto se acerca al yanqui, y cerrando un ojo con malicia le hace un gesto indicativo de que la muchacha "vale la pena" o algo así, excitante, a lo que el yanqui corresponde pronunciando más su infantil entusiasmo, con risas y movimientos de exagerada alegría, donde va perdiendo todo el revestido autoritario y el aire superior con que aparecía en escena. Sale Soledad, casi inmediatamente con un taburete.*

SOLEDAD. —Siéntese, pues, mientras viene mi tata. —*Vuelve a coger la batea con la ropa.* ¡Voy a tender esta ropa! ¡Con permiso!

YANQUI. —¡No, no!... Prefiero conversar con usted! Que se siente el doctor Montes... ¡Sit down, dóctor!

El doctor Fausto se sienta un poco apartado y durante todo el tiempo mantiene un aire o una sonrisa burlesca, siguiendo disimulada o abiertamente el diálogo del Teniente Comfort con Soledad.

YANQUI. —Mientras Soledad tiende la ropa en el alambre y le da la espalda, trata de abrir conversación con frases anodinas —Muy hermosa tarde, ¿eh?... muy bello lugar, ¿sabe?

SOLEDAD. —Escena muda. Pone su batea en una pata de gallina. Va sacando prendas de ropa, cotonas, pantalones, camisolas, que extiende, sacude y cuelga del alambre. Su actitud es de ingenua coquetería, pero de cierta inquietud, al observar de reojo que el Teniente está pendiente de sus movimientos. Soledad toma de la batea una pieza de ropa femenina. La sacude y al extenderla ve que es ropa íntima y mirando de reojo al yanqui, apenada y rápida, la apretuja nerviosamente, la esconde entre el resto de la ropa en la batea y toma un pantalón que cuelga en el alambre.

YANQUI. —Que ha visto la acción y el embarazo de Soledad, ríe con escándalo, muy divertido con el suceso.

SOLEDAD. —Apenada y casi sin darle el rostro le dice: —¡Perdone el irrespeto!

YANQUI. —Con gesto y mímica de cumplido galante pero con absoluta vulgaridad: —¡Tiéndala! ¡Es una bella bandera!

SOLEDAD. —Ruborizándose. —¡A mí me han enseñado que la mujer es secreta!

YANQUI. —Entendiendo muy lentamente. —Ah!... oh!... ¡Habla usted con mucho encanto!

SOLEDAD. —Por decir algo. —¡Lo dice por reírse!

YANQUI. —¡No, no!... Muy bello habla. Tiene lengua muy dulce... pero difícil.

SOLEDAD. —Sonriendo. —¿La mía? —Saca la lengua ingenuamente y se ríe infantilmente del Teniente.

YANQUI. —Exaltándose. —¡Oh, esa más! —La coge del brazo. —¡Yo sería feliz con esa lengua!

SOLEDAD. —Mirándolo algo desconcertada. —¡Qué ocurrencia!

YANQUI. —Más atrevido, le coge ambos brazos y le dice apasionadamente: —¡Me gusta usted, muchacha!



SOLEDAD. —*Mira al Teniente en los ojos y comprende como mujer, entrando desde ese momento a la defensiva, con inquietud creciente.* —¡Suélteme!

YANQUI. —*Sin soltarla.* —¡Oh! ¡No me tenga miedo! Yo...

SOLEDAD. —¡Déjeme! ¡Usted también tiene moscas en los dedos!
¡Cree que era distinto!

YANQUI. —*Tratando de recuperarla.* —¿Por qué dice eso, señorita?...
Yo puedo quererla...

SOLEDAD. —*Volviendo a desprenderse.* —¡Tiene los ojos malos! ¡Suélteme!

YANQUI. —*Cogiéndole de nuevo el brazo y aproximándole el rostro, mientras ella rehuye.* —¡Sólo quiero hablarle un poco... ¡un poquito!...
¡Oh!... ¡No ser mala conmigo!

SOLEDAD. —*Remuente se aleja.* —No. No quiero.

YANQUI. —*Sin acercársele trata de convencerla, pero ella al final de la frase le da la espalda.* —Si yo le digo que quiero llevarla conmigo... ¿es correcto? Llevarla... ¿sabe?... Usted puede vestirse mejor. Yo muy complacido si puedo darle todo. Usted me gusta mucho... ¡Oh! ¡Oígame!

SOLEDAD. —*Que le ha dado la espalda y está de nuevo tendiendo nerviosamente la ropa.* —Estoy oyendo!

YANQUI. —*Volviendo a acercarse por la espalda.* —¡Usted se burla de mí! —*Penduleando el dedo índice como un profesor que alecciona.*
¡Usted mala muchacha conmigo!...

SOLEDAD. —*Se encoge de hombros.*

YANQUI. —*La agarra del brazo y trata de besarla.*

SOLEDAD. —*Lo aparta con el brazo, en un movimiento rápido. Furiosa:*
—¡No! ¡Que se aparte le digo...! ¡Qué se ha creído usted! —*Coge su batea y con humildad pero enojada dice:* —¡Me voy a ir si sigue molestando!

El Dr. Fausto, dándose una palmada en la pierna se ríe. Lo observa Soledad y se molesta más, decidiéndose a buscar refugio en el rancho con un gesto y movimiento de impaciencia.

YANQUI. —*Riéndose apenado, protesta en falso.* —¡No, por favor, muchacha!

SOLEDAD. —*Dirigiéndose al rancho. Vuelve a él el rostro, deteniéndose un momento y con gran simplicidad le dice:* —¡No me gusta su modo! Si yo no le conozco a usted ¿por qué me va a estar tocando?

YANQUI. —*Queriendo aproximarse de nuevo pero inseguro y apenado en su sonrisa y voz.* —¡Usted muy linda...! ¿Por qué ser así... usted...?

SOLEDAD. —*Despectiva le vuelve la espalda.* —¡Oh! —*Se mete al rancho.*

YANQUI. —*Titubea corrido, riéndose. Saca el pañuelo. Se seca el sudor por hacer algo. Se vuelve al Doctor Fausto que lo observa con expresión irónica y al contacto con el Doctor hace un gesto pueril de malicia.* —¡Oh, muy guapa, pero... —*Hace un gesto de que es difícil y se ríe secándose el sudor.*

DR. FAUSTO. —*Lo llama con una seña para que se aproxime. Habla en voz baja.* —¡Mi querido Comandante... muchos rodeos para tomar esa plaza!... ¡Usted no conoce a esta gente!... ¡Es primitiva! ¡Necesita fuerza!... ¡Usted mucho habla! ¡Impóngase como macho! —*Hace gesto y ríe.*

YANQUI. —*Retardado en comprender, pero al cabo se le ilumina la cara y exclama:* —¡Oh, oh, oh! ¡Oh, yes!... Tarzan, ¿eh? —*Poniendo en tensión el brazo hace gesto de fuerza y de "machismo," riéndose gozoso y cerrando el ojo como que ha cogido el consejo.*

DR. FAUSTO. —*Sonando los dedos.* —Llévesela! —*Se ríe despectivo.*

YANQUI. —*Se acerca al rancho usando gestos de película, como cualquier marino estándar que va de conquista galante. Observa el rancho con sonrisa maliciosa y traviesa. Ya no queda nada de su aparatosa arrogancia de autoridad interventora:* —¡Hey! ¡Muchacha!

SOLEDAD. —*Asoma un poco la cara con inocente recelo.*

YANQUI. —*¿Mucho miedo, muchacha? —Le sonríe queriendo darle confianza. Hace un pequeño ruido con la boca reconviéndola:* —¡Th! ¡Ths!... ¡yo ser bueno!... ¡no hacer nada!

SOLEDAD. —*Da un paso, no sin temor y con inocencia, seriamente, le advierte y al mismo tiempo ruega.* —¡Ya no me moleste!... ¡Tengo que hacer!



YANQUI. —¡Oh, no, no!... Yo sólo mirarla.

Escena muda.

Sale Soledad y comienza a tender de nuevo la ropa. El yanqui va detrás, primero a ritmo lento, después acelerado, cercano, tratando de "entrarle." Soledad, nerviosa, no cesa en mirar hacia él tras de cada movimiento. De pronto a Soledad se le cae una pieza de ropa y al agacharse a recogerla, el yanqui también lo hace; la recogen juntos y cuando ella trata de colgarla en el alambre él le toma la mano. Soledad instintivamente la aparta pero el yanqui se la coge con fuerza.

SOLEDAD. —Retrocediendo un paso hacia la derecha sin poder soltarse.
—¡Le dije que no me molestará!

YANQUI. —Queréndola atraer y ella, esquiva, tratando de retroceder.
—Yo querer hablarle ahora.

SOLEDAD. —Con movimientos bruscos por soltarse. —¡Que me deje, le digo!

YANQUI. —Apretándola más. —¡Se va a hacer daño!

SOLEDAD. —Luchando y retrocediendo un poco más. —¡No me importa!
¡No quiero! —Furiosa. —¡No ponga su fuerza en los débiles!

YANQUI. —Dando paso a la brutalidad pone toda su fuerza, ya sin control, lleno de cólera y deseo y tira de ella queriendo abrazarla.

SOLEDAD. —Esquiva en lo que puede el rostro cuando trata de besarla.
Hace un esfuerzo y logra retroceder, sin soltarse, un paso más, y con el cabello revuelto le grita, forcejeando: —¡Si no me suelta le grito a mi tata!

YANQUI. —Al oír esto acomete con más fuerza. Están ya por salirse de la escena. Se ve que la agarra y trata de cargarla en brazos.

En la lucha salen de escena. A la derecha. Se oye lucha.

VOCES DE SOLEDAD: —¡Déjeme!... ¡Déjeme, le digo! —Grita: —¡Tata!
¡Tataaa!... ¡Tataaaa!... ¡Ta.....!

Una mano tapa su boca. Gritos abogados. Pasos que se alejan.

Silencio.

DR. FAUSTO. —*En el momento que la lucha está es su clímax se ha levantado, observando. Cuando salen de escena se acerca al rancho para ver desde allí lo que está pasando. Enciende un cigarro y se ríe. La risa crece cuando grita Soledad. Cuando los pasos se alejan y viene el silencio, remeda al yanqui entre risas. —“Yo ser la ley aquí, dóctor!”... —Risa burlona. “¡Nosotros queremos civilizarlos!”... Gran risa. Se sienta en el taburete extendiendo los pies, satisfecho... ¡Yanqui baboso!... ¡Ya sé dónde te aprieta el zapato! —Carcajada de ironía y de triunfo, echando la cabeza hacia atrás.*

Está riéndose el Doctor Fausto, de cara al público, cuando a su espalda, por la izquierda, entra Sebastiano, rápido, receloso, inquieto y con el machete en la mano. Al ver al Dr. Fausto riéndose se detiene un instante pero inmediatamente avanza, ensombreciéndose su fisonomía. Cuando el Dr. Fausto siente los pasos y vuelve el rostro cortando en seco su risa, ya Sebastiano está cerca de él, visiblemente furioso, interrogando:

SEBASTIANO. —¿Dónde está la Soledad?

DR. FAUSTO. —*Da un paso atrás, hacia la puerta del rancho, desconcertado y sin hallar qué decir.*

SEBASTIANO. —*Avanzando, más amenazante. —¿Dónde está la Soledad, pregunto?*

DR. FAUSTO. —*No encuentra otra defensa que tomar un aire cínico: se encoge de hombros y coloca su mano sobre la pistola que lleva al cinto: —¿Qué Soledad?*

SEBASTIANO. —*Avanza tan furioso que el Dr. Fausto retrocede en el propio umbral de la puerta del rancho. — ¿Qué hace usted aquí? ¡Dónde está la muchacha? ¡Yo la oí gritar! ¡Dígame dónde está!*

DR. FAUSTO. —*Se ríe despectivamente sin apartar la mano del revólver. —¿Me la dejó a cuidar a mí?*

SEBASTIANO. —*Ciego de rabia, creyendo que la muchacha está en el rancho embiste sobre el Dr. Fausto. —¡Pues qué hace usted aquí, jodido!*

DR. FAUSTO. —*Quiere sacar su pistola y grita: —¡Si usted da un paso lo tiro!*

Pero Sebastiano se ha echado sobre él, ciego de furia y sin dejarle terminar la frase le agarra la mano de la pistola, lo empuja y entran al rancho en lucha.

SEBASTIANO. —¡Me va a decir dónde está!...

Exclamaciones... Ruidos de lucha... Un disparo...

Un ruido de machetazo seguido de un tremendo: "¡Ay!"... y alguien que cae... Una pausa...

Y luego Sebastiano que sale, con ojos desorbitados, el cabello revuelto, la cotona rota y ensangretada. En la mano lleva todavía el machete manchado de sangre. Busca a Soledad.

SEBASTIANO. —¡Soledad!... —Grita, mirando hacia todos lados. ¡Soledad!

—Grita más fuerte, avanzando hacia el camino. —¡Soledaaaad!

Sale tambaleándose por la derecha, mientras cae el

TELÓN

EPÍLOGO

Cuatro o cinco meses después. Sebastiano, huyendo de la justicia, vive en la cruda montaña. El escenario es la NOCHE, donde los árboles, como altos perros friolentos, tiemblan bajo la luna.

Sólo se ve una luna enorme. Y a la izquierda, al pie de un árbol seco, un rancho cenizo, semi-derruido, dentro del cual arde una candela o un candelil.

Nota: Al final del acto despiertan las primeras luces del alba.

Sebastiano, solitario, sentado en una piedra frente al rancho, tiene su guitarra en la mano, pero no la toca. Ya no hay música. La canción la dice, la reza, la llora. (Es una canción que se ha secado.)

SEBASTIANO. De dos en dos,
de diez en diez,
de cien en cien,
de mil en mil,
descalzos van los campesinos
con la chamarra y el fusil...

De dos en dos los hijos han partido,
de cien en cien las madres han llorado,
de mil en mil los hombres han caído
y hecho polvo ha quedado
su sueño en la chamarra, su vida en el fusil...

El rancho abandonado...
la milpa sola... el frijolar quemado...
El pájaro volando
sobre la espiga muda,
y el corazón llorando
su lágrima desnuda...

De dos en dos,
de diez en diez,
de cien en cien,
de mil en mil,
descalzos van los campesinos
con la chamarra y el fusil...



Alzando gradualmente la voz:

De dos en dos,
de diez en diez,
de cien en cien,
de mil en mil,
por los caminos van los campesinos
a la guerra civil!

Pone la guitarra lentamente en el suelo. Mira el rancho con la cabeza entre las manos y con un tono de voz más real, pero abatido, dice:

...Y ahora sólo quedó el Sebastiano, sin tierra, sin hijos, sin mujer... ingrino como su rancho; el pobre buey cansado de mi rancho que ya se echó en la noche para siempre!... —*Con gesto fatalista.* —¡Una guerra se llevó todo!... —*Se yergue un poco y su voz cambia como si hablara con alguien.* —¡Y la Juana que me decía que la tuerce la endereza el hombre!...

¡La tuerce!... Yo también creí acabar con ella matando al dañino!... —*Mueve la cabeza.* —Pero erré el tiro! Pisé la muda y dejé viva la serpiente... —*De nuevo fatalista.* —¡Nadie puede acabar con el Mal! —*Pausa. De pronto con furia, poniéndose de pie.* —¡Pero lo maté a él! ¡Él me trajo la tuerce! ¡Él desgració mi pobreza! ¡Bandido!... ¡Se reía de la flaqueza, tentando a Dios!... ¡Bien muerto estuvo!... —*Da unos pasos. Se sienta. Y moviendo la cabeza dice con voz desilusionada.* —¡Eso digo yo, pero erré el tiro! ¿Qué compuse con la sangre?... ¡Tener que huir de la justicia, arrastrar a la pobre Juana a esta inclemencia, para que se consumiera la pobrecita, para que muriera de necesidad, de pura tristeza en estos breñales!... Ah! Mi Juana!... ¡Ella sí creyó en todo!... Creyó en los conservadores... Creyó en los liberales... Creyó en los yanquis. Porque era fantaseosa y alegre!... Ella sostenía el rancho con su estrella... —*Con la cabeza entre las manos mira el vacío. Recuerda. Pausa. Luego, como sacando una conclusión.* —¡Fue la guerra la tuerce! —*Poniéndose de pie, con los puños cerrados y en alto, clama su furia impotente contra la NOCHE.* —¡Hijueputa guerra que acaba con lo que uno quiere y trae lo que uno maldice!... ¡Fue la guerra la que trajo al abogado, la que trajo al yanqui, la que trajo la

robadera y la matanza! ¡La guerra fue la que se llevó a mi Pancho, mi mayor! La que se llevó a Margarito! La que se llevó a la Juana!
—*Se deja caer sentado en la piedra y casi sollozando, termina.* —¡La que se llevó a mi muchacha, Soledad... lo que yo más quería!...

Oculta el rostro entre sus manos y llora en silencio. Pausa larga. Entra Soledad, de negro, envuelta en un rebozo negro. Cansada. Envejecida. Registra en silencio las sombras y al ver a su padre vuelve a ser, por momentos, la muchacha de otros días: ingenua, impulsiva, cariñosa. Corre él.

SOLEDAD. —*Arrojándose a los pies de su padre.* —¡Tata!... ¡Mi Tatita!
¡Yo lo creía perdido!

SEBASTIANO. —*Vuelve en sí, la mira con grandes ojos asombrados, y se levanta para abrazarla, mientras le dice lleno de ternura:* —¡Soledad!...
Mi lindita!

Se abrazan de pie, apretados, adoloridos y felices.

SEBASTIANO. —*Separando un poco a su hija para mirarla mientras con sus dos manos estrecha los dos brazos de ella* —¡Casi no lo creo a mis ojos!... ¿Volviste, pues, a tu viejo?...

SOLEDAD. —¿Dónde no los busqué, tata?... ¿Por dónde no anduve?... —*Mira a su alrededor.* —¿Y mi mama?...

SEBASTIANO. —*Congelando su feliz sonrisa la mira en silencio, baja la cabeza; se sienta.* —¡La pobre!... ¡Se me apagó como una candelita de cebo!... —*Pausa. Desconsolado.* ¡Ya conoció la tierra tu madre!

SOLEDAD. —*Que desde el primer silencio comprende, vuelve la cabeza, como que no quiere ver en su padre el recuerdo de su madre, y llora calladamente. Luego dice entre lágrimas:* —¡Si me hubieras mandado a decir algo!

SEBASTIANO. —*Con gesto de impotencia.* —¿Y cómo?... ¿Qué amigo le queda al que le cae la desgracia?... —*Cabizbajo.* —¡Si por vos maté!... ¡Iba como ciego, como loco gritándote, hasta que la Juana me cogió de la corona y me arrastró a esconderme!... A huir!... ¡Cuántas noches, cuántas!... ¡Y a quién le iba a decir nada! ¿No me anduvieron buscando mis propios vecinos?

- SOLEDAD. —*Sentándose cerca de él en otra piedra. Con voz consoladora:*
—¡Después ya no, tata! ¡Después supieron lo del yanqui!
- SEBASTIANO. —*Ardido.* —¡Él te llevó!... ¡Te tuvo en el cuartel!...
Se lo gritaron a la Juana los Potosme. Ella me lo dijo. —*Rabioso.*
¿Pero qué hacía yo con la fatalidad?!... —*Bronco.* ¡Desgraciado yanqui!
- SOLEDAD. —*Con odio:* —¡Hizo lo que quiso conmigo! —*Silencio amargo. De pronto, en voz dura.* ¡Pero Pedro Rojas lo matoneó!
- SEBASTIANO. —*Con gesto de sorpresa.* —¿Pedro Rojas?... —*Afirmando algo que hasta ahora acepta.* ¡Te quería a vos Pedro Rojas!
- SOLEDAD. —*Afirma con la cabeza y exclama con desilución:* —Lo matoneó porque lo había jurado!... Ahora anda huyendo. Le echaron todo el resguardo. ¡Pero no lo agarran!... Pedro conoce la montaña!
- SEBASTIANO. —¡Pedro Rojas!... —*Pausa. Reflexivo y otra vez fatalista.*
¡Cuánta sangre ha corrido!...
- SOLEDAD. —Y el pobre Pedro no sabe... —*Llora de pronto cubriéndose el rostro con las manos...* —¡Es horrible que un hijo venga sin que lo llame el cariño!...
- SEBASTIANO. —*Poniéndose de pie, abre los ojos como que ha oído algo inesperado e increíble y en una voz extraña y llena de perplejidad, exclama:* —¿Un hijo?... ¡¿Un hijo vos?!
- SOLEDAD. —*Que tenía el rostro cubierto con las manos, al oír la voz de su padre y verle de pie, con un rostro extraño, cree que está enfurecido o que va a hacerle algo. Con voz temerosa, casi desesperada, se encoge, levanta las manos en defensa y grita:* —¡No me toque, tata! ¡No se eche contra mí, que yo no tuve la culpa! ¡Yo no llamé al hijo, pero él vino porque me lo trajo la tuerce!... —*Viendo la cara de desconcierto de su padre, se yergue y puesta de pie dice con gesto terminante.* —¡Pero eso ya acabó! ¡Ya acabó la tuerce!! ¡Pedro Rojas le limpió su destino!
- SEBASTIANO. —*Mirándola fijamente. Las lágrimas surcan sus mejillas... Luego, en voz resentida pero llena de ternura, le dice:* —¿Me decís eso a mí, Soledad?... ¿Y qué te voy a hacer, cuando sos mi única ale-

gría, mi guitarra, el espejito de mis canas, mi lumbre...? —*La ha tomado de la mano y ella tiernamente arrecuesta la cabeza contra su pecho. ¿No le decía la niña sol cuando estaba chiquita y me despertaba junto con los gallos? —Sonríe recordando... Volviéndola frente a sí, mientras sus manos la aprietan de los brazos... —Lo que pasa es que me has hecho mirar el mundo como si comenzara otra vez!... ¿Vos sabés lo que es un hijo?... Cuando ya el viejo Sebastiano creía que su estrella se había apagado, la ve salir otra vez... — ¡¡Tocame!! —Le coge la mano y se toca con ella el corazón. —¡Parece que me estuvieran ladrando dentro todos los perros del alba!... —Inspirándose. Señalando a lo lejos su sueño. —¡Es que ya veo venir al hombrecito... al último hijo del Sebastiano!... ¡Ese sí va a abrir los ojos! ¡Dejalo crecer, Soledad!... ¡Dejalo que se haga fuerte bajo el sol y venga con su machete a poner las cosas en su lugar!... ¡Ah!... Entonces sí, Petronio Hernández, vas a saber lo que es mi raza arando tras los bueyes!... Y vos, Pedro Potosme, borracho que te burlabas de mis achaques, vas a ver a tu hijo dándole los buenos días a mi hijo!... Porque los va a juntar a todos, les va a sonar las campanas del cabildo: “¡a juntarse los pobres!” va a decirles... ¡Dejalo, Soledad... vas a ver a Ruperto Meza, a Juan Zeledón, a Goyo, a Pedro Pablo, siguiéndole los pasos, unidos todos con mi hijo, haciendo la tierra grande!... Ya lo estoy viendo... Entonces sí que se acabaron los babosos que pelean por los de arriba!... “¡Aquí no hay más que cristianos trabajando la tierra de los pobres,” ¡jay!... ¡eso va a decirles tu hijo!... ¡Entonces, sí!... —En el colmo del gozo. —¡Qué hubiera dado la Juana por verlo bajar el valle con su cutacha, gritando cosas nuevas!*

SOLEDAD. —*Después de una pausa bronca y exaltada: —¡Él va a ser su venganza, tata!*

SEBASTIANO. —*La mira como a una extraña. Surge algo nuevo y duro en su inteligencia que lo hace variar desde este momento e irse encerrando en sí mismo cada vez más como si acabara de morir y debiera enterrarse en su propio cuerpo. Rotundo: —¡No! —Cabizbajo. —No le hagas caso al viejo...! Estamos locos pensando en venganzas! —Sienta a Soledad en la piedra y se aleja, lúgubre, unos pasos.*



In promptu, medio de espaldas. —¡Soledad!... ¿Sabés qué?... ¡Andate!
—*Voz dura.* —¡Debés irte! ¡Ya, sí! ¡Ya!... No quiero prenderme más!

SOLEDAD. —*Incrédula y casi burlesca.* —¡Está loco, tata! ¡Qué dice!

SEBASTIANO. —*Volviéndose a ella con idea de convencerla.* —¡No tengo derecho a cargar al muchacho con mi tuerce! Vos misma lo dijiste: “ya Pedro Rojas le limpió su destino”!... ¡Volvete, hija!... Si se queda aquí va a ser el hijo del coyote, el hijo del tigre herido acosado por los tiradores! ¿Querés que siga la cosa? ¿Querés que nazca torcido? —*Con gran ternura.* —¿Querés que se pierda todo lo que soñamos tu mama y yo en cada hijo perdido!... —*Pausa breve.* —¡Llévate aunque se me parta el alma!... Que no conozca su historia, que no sepa nada, Soledad! Ya demasiado hemos peleado por odio. Hemos matado por hombres, por tierras, por hambre. Hasta por sueños hemos matado!... —*Sentándose en la piedra.* —Tal vez un niño nos salve... ¡Un niño!... ¡Un niño!... —*Termina en un susurro como si la voz se le hiciera caricia.*

SOLEDAD. —*Le mira incomprensiva pero triste y le dice con ternura:*
—Tata: ¿qué es lo que está diciendo?... ¿cómo se va a quedar solo?

SEBASTIANO. —No me quedo solo, hija! ¡No me quedo solo! Él soy yo... ¿no me oíste?... El hombre no acaba! Pero él es un niño, un niño limpio, y yo soy un viejo. ¡Un viejo lleno de sangre!
—*Con otra voz, poemática, profética.* —¡Los viejos se quedan sentados a la orilla del mundo! ¡Los indios esperan, Soledad!

SOLEDAD. —*Se ha levantado, tras una pausa, y se acerca al Sebastiano semi-arrodillándose a su lado para decirle:* —¡No hable así tata! ¡No diga locuras! —*El Sebastiano reacciona poniendo distancia entre él y ella, levantándose. Soledad, ocupa la piedra y sigue hablando con más fuerza.* —¡Nadie espera nada!... ¡Vámonos para otra tierra! En otra tierra hay otros hombres y allí no lo conocen!

SEBASTIANO. —*Deteniendo la voz de Soledad con la mano y poniendo el oído en algo lejano. Nervioso. Impone silencio:* —¡Shssst! —*Escucha. Pausa. Luego en voz baja y honda.* —¿No oís nada?... ¡Tengo tanto tiempo de no hablar que me parece que nos están oyendo desde

allá abajo!... —*Se vuelve a ella de pronto y con gesto impaciente ordena.*
¡Andate, Soledad!... ¡Volvete a tu rancho! ¡Esta no es vida para un inocente!

SOLEDAD. —*Renuente e incomprensiva. Con plantazón de niña:*
—¡Pues, no!... Mi hijo se queda aquí! Porque es suyo y tiene que correr su suerte!

SEBASTIANO. —¿Mi suerte? ¿Que no me ves arruinado y... temeroso?
¡Loca! —*Con furia.* —¿Estás loca? —*Extiende el brazo, terminante; grita:* —¡Andate ya!

SOLEDAD. —*Le mira como asustada, como queriendo medir la decisión que respalda su orden. Con voz débil y de muchachita, que hiere a Sebastiano:* —¿Quiere desprenderse de mí?

SEBASTIANO. —*Contradictorio. Da la espalda ocultando su lucha.*
¡Sí... Eso quiero!

SOLEDAD. —*Con la voz llena de llanto.* —¿Me corre, pues?

SEBASTIANO. —*Luchando siempre consigo mismo* —¡No, pero andate!
¡Andate ya! ¡Ya viene el alba!

SOLEDAD. —*Llorando, pasando del resentimiento a la indignación.*
—¡Me corre!... ¡Si yo se lo vi en la cara: me corre porque le traigo un hijo del yanqui!... ¡No lo quiere! —*Llora con la cabeza oculta entre las manos.*

SEBASTIANO. —*Volviéndose hacia ella porque no soporta su dolor, pero se refrena cuando ella levanta la cabeza. Vuelve a darle la espalda.*

SOLEDAD. —*Prosiguiendo, in crescendo, su llanto y su indignación:*
—¡Quiere que me vaya!... ¡Prefiere quedarse con la muerte a tener el muchacho ajeno!... ¡Pero es su sangre! ¡Es su hijo aunque no lo quiera!

SEBASTIANO. —*Imponiéndose desesperadamente, grita de espaldas:*
—¡Andate!

SOLEDAD. —*Llora, grita con llanto y malacrianza.* —¡No querés a tu hija!
—*Llora.* —¡No la querés aunque le digás ternuras! —*Se levanta gimiendo.*

SEBASTIANO. —*Conteniéndose apenas. Saca una voz que casi lo traiciona.*
—¡Andate! ¡Andate pronto! ¡Ya viene el alba!

SOLEDAD. —*Suelta el llanto sin límite y comienza a retirarse. Da un paso. Se contrae en sollozos.*

SEBASTIANO. —*La mira. Una fuerza tremenda y dolorosa lo empuja hacia ella, pero se refrena y vuelve sus ojos a la sombra, en tensión, como una estatua.*

SOLEDAD. —*Se detiene un momento, mira hacia su padre esperando que rectifique, pero al verlo inmóvil, llora de nuevo y va saliendo, hacia el fondo, lentamente entre sollozos. A medida que ella avanza, la aurora comienza a nacer iluminando débil y lentamente la montaña. Ritmo lentísimo.*

Sale al fondo, por la derecha.

SEBASTIANO. —¡Dios mío!... ¡Por fin pude! —*Se agarra el corazón lleno de dolor y se deja caer sentado en la piedra.* —Ahora sí va a nacer un hombre nuevo... Ahora sí!...

Parece que va a caer sobre sí mismo cuando baja el

TELÓN

Death

INSTANTÁNEA ESCÉNICA

A Rolando Steiner

El escenario debe ser irreal. Esquemático. Y bajo una luz verdosa, de luna y sueño.

Fondo negro con una luna rojiza.

A la derecha sugerir la pared de un cuartel con una puerta. Lo importante es solamente la puerta, que debe ser practicable.

Quizás un farol quebrado.

El coro irá subiendo desde el público, por las gradierías que dan acceso al proscenio, y colocándose a derecha e izquierda, guardando simetría, que subrayará con una mímica rítmica para conservar la atmósfera irreal.

Sin embargo, al ir apareciendo las diversas personas que componen el coro, sus primeras frases son completamente naturales y corrientes y sólo al incorporarse al conjunto y al hablar en coro se despojarán de la realidad y usarán una entonación litúrgica.

El coro está formado por gente del pueblo, de los barrios.

Al levantarse el telón surge el Apuntador, con traje moderno, en mangas de camisa y sus papeles en la mano. Mejor si lleva anteojos.

APUNTADOR.—Señores: Permítaseme decir, como apuntador, unas palabras de explicación sobre esta obra.

Siempre hay momentos de cruz y de agonía para los pueblos con destino. Momentos cruciales de la muerte y la vida que rodean extrañas sombras y hermosas claridades; sombras de



crimen y de pasiones fatídicas; claridades de heroísmo y de nobleza. ¡Esta es la tragedia!

Así fue, por ejemplo, la tragedia griega, donde jamás subió tan alto el grito del hombre triturado por la pasión o por el destino.

El lamento de Nicaragua cuando el horror de su Guerra Nacional no fue menos desgarrador. Sólo que nosotros al contrario de los admirables griegos, hemos olvidado que el teatro es un templo de sagradas memorias para cantar la gesta, el dolor y la pasión de nuestro pueblo. Por eso nuestra tragedia está ahí, en cenizas y en silencio, y nos hemos acostumbrado a ser sordos con nuestro destino y a ser ciegos con la Patria.

Evocando, pues, la gloria y la poesía de ayer, oficiamos en las tablas la memoria de un trágico momento que conmovió nuestro siglo XIX; tragedia de independencia donde estalló como un fagonazo el heroísmo, el llanto y la libertad.

Este es un pedazo de vida y de muerte arrancado de aquella mártir ciudad de Granada, cuando la guerra contra Walker en 1856.

Termina de levantarse el telón. De la puerta sale, silenciosamente, una mujer enlutada, cubierta casi totalmente con un rebozo negro, elegantemente vestida, con misterio del escenario, y atraviesa hasta salir despaciosamente por la izquierda. Por izquierda y derecha comienzan a subir, simultáneamente, dos de las personas del coro. Después de mirar el paso de la mujer, el apuntador hace una pausa y pregunta a los que vienen del público.

APUNTADOR. —¿Quién es esa mujer, esa enlutada?

PRIMERO DEL CORO. —¡A la enlutada nadie la conoce!

SEGUNDO DEL CORO. —Cubre su rostro porque cubre su vergüenza. Se rumora que ama a quien todos odian.

APUNTADOR. —Pero va envuelta en silencio como la noche.

TERCERO DEL CORO.—*Subiendo y hablando.* —¡Ella sabe por qué! ¡Mientras la patria se resiste, ella se entrega!

CUARTA (UNA VIEJA) DEL CORO. —*Sube renqueando y dice al apuntador con modales de comadre habladora.* ¡La enlutada es la querida de Walker! ¡Para qué andar con tapujos!

APUNTADOR. —Pero parece una mujer decente.

QUINTA (OTRA VIEJA) DEL CORO. —Es cegua, es mala.

SEXTO (HOMBRE) DEL CORO. —*Desde abajo.* —¡Dicen que es rica!

QUINTA (VIEJA) DEL CORO. —*Desde arriba.* —¡La hizo rica el Filibustero con lo que robó en las iglesias! ¡los cálices! ¡las custodias!

SÉPTIMO (VARÓN) DEL CORO. —¡Es mala! ¡La vemos cruzar la noche buscando al hombre!

OCTAVA (MUJER) DEL CORO. —¡Hay que arañarle la cara, no tiene vergüenza!

MEDIO CORO. —*Al unísono.* —¡Hay que apedrearla!

QUINTA (VIEJA) DEL CORO. —Mientras mueren los soldados ella anda buscando besos, la sucia!

LA OTRA MITAD DEL CORO. —¡Hay que apedrearla!

CUARTA (VIEJA) DEL CORO. —¡Quisiera verle la cara, que le cogiera el día en su pecado!... ¡Con qué agua se lavará su vergüenza!

MEDIO CORO. —¡Hay que apedrearla!

APUNTADOR. —¡Oigan! ¡Oigan! ¡Viene la ronda!

MEDIO CORO. —¡La Falange! ¡Viene la ronda!

LA OTRA MITAD DEL CORO. —¡Los filibusteros! ¡La ronda de la noche!

Se apartan con recelo a ambos lados del proscenio. El Apuntador baja a la concha mientras avanza el tambor y aparecen los filibusteros con sus uniformes negros, revólveres y fusiles. Seis o diez soldados con un capitán. El coro, a ambos lados se aprieta, con terror, a la boca del escenario. Los soldados llevan a un hombre del pueblo, vestido de pantalón azul y camisa blanca, vendado con un pañuelo blanco. Lo colocan en un lugar del fondo, dispuesto con una pequeña tarima y se destaca sobre el fondo negro como "el condenado" a muerte.

FILIBUSTEROS EN CORO. —What shall his punishment be?

EL CAPITÁN. —¡Death!

TODO EL CORO. —*Con voz apagada.* —¡Death!

MEDIO CORO. —*Como una letanía.* —¡Death! ¡Conocemos el sonido de esa palabra!

UNA VOZ DEL CORO. —¡Death! ¡Yo escuché ese sonido cuando fusilaron a mi hombre!

EL CORO. —¡Death! ¡Death! ¡Death!
 ¡Revolotean esas palabras sobre el pueblo!
 ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!
 ¡Palabras negras sobre los hombres!
 La libertad está rodeada de águilas negras.
 ¡Death! ¡Death! ¡Death!

EL CONDENADO. —*Alzando los brazos encadenados. En voz alta, desesperada.* —¡Madre! ¡voy a morir en la noche!

MUJER (CUARTA) DEL CORO. —*Está en el lugar más alejado del Coro. Da un gran grito.* —¡Hijo! —*Se abalanza hacia el condenado, abrazándose a sus piernas.* —¡Es mi hijo! ¡Mi hijo, asesinos! ¡Es mío, me cuesta mi sangre! —*Llora agarrada a él.*

Aparece la enlutada en el momento que los filibusteros han hecho el movimiento de precipitarse sobre la mujer. Se detienen.

EL CORO. —*Cuchicheando.* —¡La traidora! ¡La enlutada! —*La señalan con furia retenida.*

MUJER (CUARTA) DEL CORO. —*Mirando a la enlutada, con furia pero implorando.* —¡Vos! ¡Vos la mujer de ése! —*Señala hacia la puerta.* ¡Ladrale como una perra, si tenés entrañas, para que me salve a mi hijo! ¡Es mi hijo! —*La enlutada se aleja un poco, apartando el rostro y luego se lo cubre con las manos crispadas.*

MUJER (CUARTA) DEL CORO. —¿Que no sabés lo que es un hijo? ¿Tenés el pecho vacío? ¡Gritale! ¡Gritale a Walker lo que duele un hijo! —*La enlutada retrocede lentamente hacia la puerta, hace una seña a los soldados de que esperen y luego entra súbitamente, cerrándola con violencia.*

MEDIO CORO. —¡Se le conmovió el corazón! ¡Es una mujer!

LA OTRA MITAD DEL CORO. —¿Quién ha dicho que tiene corazón?

UN HOMBRE DEL CORO. —Yo me voy. No quiero deberle favores a una traidora. —*Hace el movimiento de bajar.*

VEJEA (QUINTA) DEL CORO. —¡Pero sí es una vida!

EL MISMO HOMBRE. —¡No queremos compasión! ¡Queremos libertad!

MUJER (OCTAVA). —¿Que no tenés lástima de esa pobre mujer?

SÉPTIMO (VARÓN) DEL CORO. —Eso es lo terrible. Cuándo hay que tener lástima y cuándo no hay que tenerla. Cuándo hay que morir y cuándo hay que vivir. Cuándo todo se vuelve contra el pueblo. ¡Y ya nadie sabe dónde queda el corazón y dónde la patria! —*Se oye un grito-llanto, un ¡No! como gemido y como protesta, detrás de la puerta. Ésta se abre y aparece Walker, pálido, altanero, con los brazos cruzados. Mira en silencio a los soldados, al condenado, al coro.*

EL CORO. —*Todos señalan con los brazos extendidos.* —¡Es William Walker! ¡Walker! ¡El filibustero! ¡Walker! ¡El esclavista! —*Se abren de nuevo, con terror, con odio, en expectación.*

Se hace sepulcral silencio.

WALKER. —*En español, con mucho acento inglés y pronunciando muy lenta y fríamente cada palabra.* —¡Fusilad a la madre para que no sufra!

Cae rápidamente el TELÓN sobre el movimiento de los soldados preparando sus rifles, y el tambor sonando.

La Cegua

CINEDRAMA

Pablo Antonio Cuadra y Ernesto Cardenal

Se inicia la película con el siguiente letrero como epígrafe:

Zehua, dice el pueblo. Zehua es *zihuatl*: 'mujer'. Esta es una vieja leyenda náhuatl de las tierras de Centro América y del sur de México.

Como en la fábula de la Sirena, la Cegua es una misteriosa mujer que aparece por las noches para enamorar a los hombres y perderlos; pero esta sirena de la tierra no canta, sino que anuncia su presencia con un lúgubre grito...

Este letrero aparece sobre un fondo de penumbra, y, simultáneamente con sus últimas frases, se ve pasar, en el trasfondo, una figura oscura de mujer y se escucha el largo y lúgubre grito de la Cegua.

Aparece el exterior y luego el interior de uno de esos antiguos y patriarcales ranchos del norte de México en el siglo XIX. Es de noche.

El dueño de la hacienda —un señor ya muy anciano y venerable— rodeado de su familia ha recibido la visita de otros amigos y rancheros, y están en una conversación o tertulia de sobremesa, mientras alguien con su guitarra tararea una canción.

La cámara recorre la sala donde están reunidos, enfocando diversos objetos raros que cuelgan de la pared o están colocados en algunos muebles. Un cinturón militar (de pistola) roto. Una punta de lanza. Una jícara nicaragüense. Un tacón de zapatilla de mujer colgado de un hilo negro. Y una extraña máscara con una trágica fisonomía de mujer, cuyo cabello es una larga mata de crin de caballo.

Al enfocarse la máscara se oye a lo lejos el aullido prolongado de un coyote. La cámara enfoca rápidamente a un lejano coyote del llano, alumbrado por un relámpago. Comienza a llover.

Don Jerónimo, el dueño del rancho, al oír el aullido dice: “Oigan qué extraño aullido el de ese coyote; ¡me recuerda al grito de la Cegua!”

Uno de los visitantes pregunta: “¿Qué cosa es eso de la Cegua, don Jerónimo?”

“Es una leyenda de Nicaragua,” contesta don Jerónimo, “como la Llorona, como la Calandria... Pero para mí no fue una leyenda... Yo conocí allá una verdadera Cegua... Voy a contarles...”

Todos se preparan para oírle.

“Cuando los estados esclavistas del Sur de Estados Unidos vieron con alarma que los del Norte querían abolir la esclavitud, decidieron hacerse dueños, a toda costa, de uno o varios territorios de México o Centro América para tener más representantes en el Congreso de la Unión y poder imponer sus ideas a los del Norte. Pero...”



La cámara enfoca a don Jerónimo joven, en la plaza de Hermosillo (capital de Sonora) recibiendo a un batallón de filibusteros norteamericanos, mientras se continúa oyendo la voz de don Jerónimo fuera de foco.

“Entonces yo era...” (la cámara enfoca el rostro de don Jerónimo joven) “Gobernador del Estado de Sonora...”

Cesa de oírse la voz y se ve al jefe de los filibusteros, William Walker, adelantarse hacia el Gobernador y sostener el siguiente diálogo:

Don Jerónimo pregunta a qué se debe su llegada.

Walker contesta, con fanfarronería y en mal español, que llega a anexionar el Estado de Sonora a los Estados del Sur, que deberían sentirse muy honrados de esta anexión, porque ellos les traen la civilización, harán progresar el Estado, etc.

Don Jerónimo, con gran presencia de ánimo, les responde que “cómo no,” que serán recibidos con todos los honores, que se sienten muy felices por este beneficio que van a recibir, etc.

Walker toma posesión del edificio de Gobierno. Ordena que bajen la bandera mexicana para sustituirla por la de los Estados del Sur. Don Jerónimo objeta que es mejor que se haga con toda solemnidad delante de todo el pueblo, que mientras tanto, como deben haber llegado cansados, él quisiera invitarlos a una modesta comida para festejar su llegada.

Se ve a don Jerónimo girar órdenes a diversos individuos mexicanos que salen a toda prisa y misteriosamente. Luego una gran sala del edificio y la preparación de un suculento banquete. Movimiento de servicio.

Se ve a los individuos a quienes don Jerónimo giró sus órdenes, hablando en lugares apartados de la ciudad con grupos de gentes del pueblo que luego se van también a prisa y misteriosamente.

Se ve luego el banquete. Todos los filibusteros en una larga mesa que encabeza Walker y don Jerónimo a su derecha. Varios enfoques haciendo ver que la comida continúa y que los filibusteros van emborrachándose. Abundancia de licores. Miradas de reojo de don Jerónimo a sus sirvientes que con gestos disimulados parecen asentir. Insistir, como contraste de los filibusteros borrachos, en el rostro impassible y sereno de Walker que no bebe ni una copa.

Se levanta don Jerónimo para brindar. Silencio. Don Jerónimo alza su copa y dice: “Señores esclavistas: ¡Viva México!”

Apenas dice estas palabras se abren todas las puertas del salón

y lo inundan soldados del pueblo mexicano con armas de toda especie y se echan encima de los filibusteros. Confusión y matanza general. Largo rato de confusión y muerte.

Cesa todo y la cámara recoge la visión de todos los filibusteros muertos en todas las posturas. Don Jerónimo recorre y revisa a los muertos. Nota que falta uno. Y exclama: "¡Falta uno, se nos ha escapado el jefe!"



Pasa la escena al desierto interminable de Sonora, donde se ve, desde lejos, la figura de Walker, derrotada, cansada y fugitiva. Luego a los soldados de don Jerónimo buscándolo con luces. De nuevo se ve a Walker más lejos, más cansado, bajo la luna.

Amanece. Don Jerónimo encuentra en el desierto el cinturón roto de la pistola de Walker. Lo toma en la mano. *Disolvencia.*

Aparece de nuevo don Jerónimo anciano en su rancho mostrando este mismo cinturón de Walker a los presentes mientras dice: "Y a William Walker no lo pudimos capturar..." Mientras vuelve el cinturón a su sitio agrega: "Walker no se atrevió a volver nunca a Sonora. Pero siempre siguió con su idea de anexionar algún nuevo territorio a los Estados esclavistas del Sur. Una vez..."



Una casita típica de San Francisco de California (casa modesta). William Walker en su despacho. Llega donde él un viejo amigo suyo, también aventurero, llamado Byron Cole, quien con el rostro muy contento le dice:

"Por fin se cumplieron tus deseos. Lee esta carta que he recibido de Nicaragua. Es un país muy rico que está en guerra. Se ha dividido en dos bandos, cada uno ha formado gobierno en dos ciudades rivales: León y Granada. El gobierno de León solicita voluntarios extranjeros para vencer a sus contrarios. ¡Esta es tu



oportunidad, héroe de Sonora!”

Walker lee y levanta los ojos iluminados hacia su interlocutor. En su pupila azul clara hay un brillo acerado, un fulgor gris. No contesta pero se dibuja en sus labios una sonrisa fría, característica de su rostro siempre impassible.

Se ve a Walker y a Byron Cole llegando a la puerta de una taberna portuaria donde suelen reunirse todos los aventureros. Al llegar adentro, Walker hace una seña a otro filibustero, Henningsen, que está con un grupo en una mesa. Éste se desprende de su grupo y se sientan los tres en un lugar aparte. Abren un mapa sobre la mesa. Cole y Henningsen piden licor —Walker no bebe— y hablan algo sobre el mapa mientras lo señalan con el dedo. Música de cantina al fondo.

La cámara se acerca luego a la mesa de Walker. Se ve el mapa de Nicaragua. Luego el rostro de Walker y sus ojos fijos en el vacío, mientras se oye la voz susurrante de Byron Cole fuera de foco (son como frases sueltas): “Es una bella tierra, con grandes lagos... llena de riquezas inexploradas... con oros, ganados, maderas preciosas... Es el tránsito de nuestra navegación... El paso entre los dos mares...” Se ve el dedo sobre el mapa por donde se lee: “Ruta del futuro Canal Interoceánico.”

Otra vez la sonrisa de Walker. *Disolvencia.*



Barco en el puerto de San Francisco. Es un viejo buque que lleva el nombre *Vesta*. Por el muelle y las escalas van llegando filibusteros. Se ve en un grupo a Byron Cole hablando con varios. En otro a Henningsen haciendo lo mismo. Y en la proa, con los brazos cruzados, a Walker viendo llegar a sus futuros subordinados.

Al pasar por la escalera del buque la cámara enfoca, uno tras otro, los diversos rostros de los aventureros que van a partir. Estos enfoques de rostros son entrecortados por tomas de las manos de los mismos en actitud de firmar en el libro de abordaje

sus compromisos. Esta firma la hacen ante Walker, que es el último rostro que se enfoca mirando fijamente a los que ya son sus soldados.

Toma del barco partiendo.



Toma del barco llegando al puerto de El Realejo en Nicaragua. (Debe ponerse un letrero que esclarezca que ese puerto es El Realejo de Nicaragua). Una Junta de Gobierno, altos militares nicaragüenses los reciben. Gritos de la multitud. Baja Walker al frente de los suyos. Las autoridades se adelantan a darles la bienvenida y le dicen que agradecen la llegada de los voluntarios, que serán muy bien tratados y que esperan muy pronto vencer a los enemigos y pacificar al país.

En esta ceremonia rápida se hace notar el rostro de uno de los principales de la Junta de Gobierno —el Coronel Altolaguirre— que mira fijamente a Walker y luego como consecuencia, dice al oído de su vecino: “Desconfío de ese hombre. Dudo que nos traiga la paz.”

Visión del populacho gritando enardecido:

“¡Viva el partido democrático!”

“¡Ahora sí acabamos con los rebeldes!”

“¡A tomar Granada!”



Corte y una voz fuera de foco dice: “Mientras tanto en Granada...” viéndose una torre de iglesia que suena lentamente sus campanas. Mediodía. Una calle larga y luminosa. En ella una carreta tirada por bueyes con una pipa de agua. El boyero va pregonando: “¡Agua! ¡Agua!” Por las aceras pasa una frutera con su batea de frutas sobre la cabeza. Otras personas que pasan. La ciudad rebosa tranquilidad y una serena alegría.

La cámara sigue por la calle y se detiene ante una casona señorial, de un piso, de ventanas coloniales con barrotes o rejas de hierro forjado. En una de las ventanas sentada en el poyo interior y con las hojas entreabiertas, se mira a una joven de diez y seis años, trigueña, muy bella, que está bordando.

En la acera de enfrente se ve a un joven de 24 años, de buena presencia, que le hace algunas señas y le silba suavemente. Ella mira disimuladamente y sonríe. El joven con cierta indecisión. La madre de esta jovencita, una hermosa señora vestida de negro, aparece y le cierra bruscamente la ventana. El enamorado se retira apresuradamente a la esquina de la calle y observa.

La cámara entra en la casa de la jovencita y enfoca la misma habitación o sala cuya ventana acaba de cerrarse, y se ve a la joven, cuyo nombre es Carmen, que llora. Y a su madre que la regaña. Entra en ese momento al lugar, el padre de Carmen —el General Montoya— que interviene a favor de su hija y dice a su esposa: “¿Por qué la reprendes? ¿Qué de malo tiene que esté en la ventana?”

Su esposa responde: “En la ventana tiene a su enamorado y eso es lo malo.”

Dice él: “El Coronel Corrales es una persona muy honorable, un militar de gran porvenir. ¿Por qué tratas esto como si fuera un amor de chiquillos? Corrales es ya un hombre maduro y debes recordar que yo ya le he prometido darle a Carmencita por esposa. ¿Cómo le has hecho ese desaire de cerrarle la ventana?”

Contesta ella: “Yo no le he cerrado la ventana a él, sino a ella. Ni lo vi ni me importa Corrales. Pero no quiero que la niña se enamore. ¿Para qué sirven a Carmen esos prometidos honorables? ¿Quieres que sea como yo, una esposa de ficción, la honorable esposa del gran General Montoya que le ha entregado su vida a la Patria, a la guerra, a la política, a todo, menos a su esposa?”

Mientras sucede este diálogo, la cámara también enfoca las diversas actitudes y reacciones del rostro de Carmen. En todo el diálogo la esposa del General Montoya se muestra fría, con cierto despego hacia su marido y hasta algo de no desarrollado odio.

Inmediatamente después de este diálogo, la cámara vuelve a la calle y se mira a Gallardo siempre expectante, pendiente de la ventana, desde la esquina.

En ese mismo momento se ven venir, por direcciones opuestas, a un fraile franciscano (alto, delgado como un óleo del Greco) y a un militar de edad ya cercana a los cuarenta años, de uniforme y de porte muy marcial. Se encuentran en la misma esquina donde está el joven Gallardo, el cual queda en un segundo plano. El militar y el fraile se saludan. El fraile le pregunta sonriente si anda paseando la acera a su novia, mientras mira hacia la ventana. El Coronel Corrales (así se llama el militar) sólo sonríe. El padre (Fray Francisco Villavicencio) continúa: “¿Cuándo es la boda?” El Coronel le dice que Carmencita está aún muy joven. Que cuando termine la guerra él cree que podrá casarse conforme lo tiene ya arreglado con el padre de Carmencita, el General Montoya... El fraile le felicita y le dice en un tono de voz bastante significativo, que espera que la señora de Montoya no se oponga.

Gallardo ha escuchado todo este diálogo y a cada palabra se retrata en su rostro la contrariedad y los celos.

El fraile y el militar se despiden y, en ese momento, con cierto aire de provocación, Gallardo cruza la calle y vuelve a silbar junto a la ventana. *Disolvencia.*



La cámara enfoca de nuevo la calle recta, hacia el fondo completamente vacía. En el fondo lejano aparece un hombre, un soldado nicaragüense que viene corriendo por el centro de la calle (en una mano trae un fusil, la otra la trae vendada con un trapo sangui-nolento) y que grita entre demostraciones de gran cansancio. A medida que viene corriendo, las ventanas y puertas de las casas se van abriendo. Rostros que asoman. Gentes que salen a las puertas. Formación de grupos. Perros que corren. Cuando el soldado se acerca a la cámara, se escucha distintamente lo que

anuncia a gritos: “¡Llegaron los filibusteros al Realejo! ¡Ya vienen sobre nosotros!”

La última ventana que se abre después de este pregón es la del General Montoya. Se abre y aparece en primer plano el rostro interrogante del General Montoya. Un momento después aparece, detrás del General, su señora. Su rostro es de esfinge. Un momento después se ve tras ella el rostro angustiado, curioso, de Carmen. La cámara se detiene un momento sobre los tres rostros con sus tres diferentes expresiones, mientras cruzan la escena, en primer plano, los barrotes de la ventana. (Fuera de foco los gritos de la gente alarmada y el pregón que se aleja.)



Nocturno de la misma calle. Se oyen campanas del toque del Ángelus. Zaguán de la casa del General Montoya. Se ven llegar y entrar gentes de la sociedad de Granada. Señores. Militares. Fray Francisco. Etc.

La cámara entra en la casa y se ve la sala y una gran reunión de “los principales” de la ciudad —en rueda— todos hablando, otros que entran y saludan, etc.

Entra el joven Gallardo con su padre, un hombre de sesenta años vestido de civil. La cámara enfoca la reunión ya constituida y habla el General Montoya, quien les dice que los ha convocado por las noticias muy graves que acaban de llegar sobre el desembarco de un ejército de mercenarios, al mando de un tal Walker, traído como refuerzo por el partido enemigo. Les explica que todos los indicios son de que Walker va a atacar Granada. Mientras el General Montoya habla, la cámara enfoca a su señora (misteriosa y desconcertante), a Carmen y a una sirvienta indígena, de rostro impenetrable, llamada Ña Leandra, todas las tres sirviendo a los concurrentes chocolate y roscas.

Discuten los reunidos, en términos generales, las medidas de defensa que deben tomar. Uno de los concurrentes civiles

observa que cree conveniente que las familias se retiren a la ciudad de Rivas, por estar más a salvo. El Coronel Corrales interviene para decir que Rivas ocupa una situación muy estratégica y que no sólo deben trasladarse las familias, sino reforzar su defensa por si acaso Walker ataca por ahí y no por Granada. Todos aceptan esta idea y se discute qué militar quedará al frente de la defensa de Granada y cuál irá a Rivas a organizar la defensa de esa otra ciudad. Opiniones diversas. Se ponen de acuerdo en que Corrales debe quedarse en Granada para dirigir su defensa, y que Montoya debe marchar a Rivas a proteger esa ciudad. En este diálogo último la cámara observa las miradas de Carmen a Corrales y a Gallardo, que dejan una interrogación en el espectador.

El padre del joven Gallardo toma la palabra y dice que si se ha resuelto que las familias se trasladen a Rivas, él cree conveniente enviar inmediatamente a alguien para preparar los alojamientos y llevar las nuevas de la guerra al ejército acantonado allá, y que él ofrece a su hijo que es joven, para esta empresa. Todos aceptan la sugerencia. Miradas de Carmen. Se levanta la reunión. Despedidas.

Entre los saludos, la cámara enfoca a Fray Francisco hablando con la señora del General Montoya, ambos de pie.

El Padre le dice: “¿Está conforme con este traslado de las familias a Rivas?... La guerra nos vuelve a imponer sus incomodidades y sacrificios...”

Ella responde: “Toda aventura es incitante.” Sonríe.



Mediodía. Una rápida visión de la pequeña ciudad de Rivas, colonial, de calles empedradas. Movimiento militar en ella. Preparativos de defensa. Soldados en las torres de las iglesias. En los techos.

La cámara pasa a enfocar un cuartel: amplio caserón con muros y dos torrecillas de defensa. Luego el interior. En una gran sala

o cuarto amplísimo del cuartel, mujeres de las familias de Granada en actividades de instalación.

Hora del crepúsculo. Toque de arrebato de las campanas. Soldados de los retenes lejanos que llegan corriendo: “¡El ataque es a Rivas! ¡Atacan los filibusteros!” Movimiento apresurado y alarmado de gentes y soldados en toda la ciudad.

Primeros tiros. Se ve a los filibusteros avanzando. Repliegue lento de las primeras líneas nicaragüenses. Comienza el tiroteo en las calles. Los filibusteros avanzan hacia la plaza. Resistencia. Muertos en las calles de ambos bandos. En todas estas escenas de lucha aparecen con frecuencia el General Montoya (dictando órdenes y dirigiendo el combate) y Gallardo (luchando como valiente oficial). Los filibusteros asediados en la plaza hacen un ataque desesperado para capturar el Palacio Municipal y refugiarse en él. Se ve al General Montoya, en el extremo opuesto de la plaza, que con gestos de ánimo dice a los suyos: “¡Hay que impedir que tomen el Palacio Municipal, porque allí está la pólvora!”

Arremeten los nicaragüenses, pero los filibusteros han derribado la puerta y con un gran saldo de muertos entran al municipio haciendo una gran matanza y desalojando a los defensores. Cesa el tiroteo. La cámara enfoca el interior del Palacio Municipal y se ve a Walker, con Henningsen y Cole, dirigiendo la entrada de sus soldados, apartando a los heridos y dando órdenes para la colocación de sus soldados en defensa del edificio recién ocupado. Un momento después Walker toma conciencia del gran silencio que reina y dice: “ya no disparan... algo están tramando..”

La cámara enfoca la calle posterior por detrás del Palacio Municipal, y se ve a un grupo de soldados empujando una carreta llena de paja seca. Cuando ya están muy cerca de las puertas posteriores del Palacio Municipal le encienden fuego. Los dos soldados filibusteros que resguardaban esa parte del edificio han mirado con sorpresa e indecisión el movimiento de la carreta. Cuando ven alzarse la enorme llama, gritan: “¡Nos incendian!” Sale Henningsen y un grupo, se apostan rápidamente y tiran

incesantemente sobre los que empujan la carreta matándolos a todos. La carreta no llega a su punto y arde sola sin quemar las puertas del edificio.

La cámara inmediatamente enfoca el lugar donde está el General Montoya. Gallardo se le acerca presuroso y le dice: “Con una carreta es imposible. Sólo personalmente se puede hacer estallar la pólvora.”

Montoya mira a todos los soldados y oficiales que lo rodean y dice: “Se necesita un valiente que prenda fuego al polvorín!”

Un jovencito de tez bronceada y de baja estatura que se encuentra entre los soldados, da un paso adelante y exclama: “¡Yo me ofrezco!”

Expectación entre los soldados.

El General Montoya le pregunta: “¿Cuál es su nombre?”

El muchacho responde: “Juan Santamaría.”

El General: “¿De dónde es usted?”

Juan: “De Costa Rica.”

General: “¿Y va a dar su vida por Nicaragua?”

Juan: “Se trata de la libertad de Centro América.”

Un momento de silencio.

General: “¿Cuál es tu último deseo?”

Juan: “Les recomiendo a mi madre.”

Se cuadra.

Entonces un soldado le pasa al General Montoya una tea y éste a su vez se la entrega, marcialmente, a Juan Santamaría. El General, conmovido, se la enciende personalmente. Emoción intensa en todos los soldados.



Pasa la cámara a la plaza silenciosa. Pegado a las paredes de las casas laterales avanza Juan Santamaría. Se ve a los rifleros filibusteros observando desde los balcones y techos del Palacio Municipal. Comienzan a disparar. Santamaría avanza medio agazapado



y las balas pegan en la pared muy cerca de él.

Al llegar a la calle que separa al Palacio de la última casa, Santamaría se detiene un momento y luego se lanza a la carrera. Un balazo le pega en la mano que lleva la tea. Llega a la pared del propio municipio y retrocediéndose cambia de mano la tea. En ese momento otro balazo de lo alto le hiere el brazo izquierdo. Casi imposibilitado para sostener la tea, se abraza a ella y se arroja contra una ventana baja cerrada. Dos o tres veces tira su cuerpo contra la ventana para abrirla. Con su vestido en llamas, logra que la ventana ceda y se tira por ella, echo una sola llama, perdiéndose en el hueco.

Un momento de expectación. Se ve el pavoroso estallido que tira por los aires medio edificio. Incendio.

En ese momento la cámara enfoca por los cuatro puntos de la plaza el grito de júbilo de los soldados nicas y su avance sobre el Palacio. Los filibusteros salen huyendo en desorden, saltando tapias y tejados.



Cambio rápido hacia el caserón cuartel donde están las mujeres. La explosión las ha alarmado y en un grupo de ellas se ve a Carmen desmayada por el susto.

Inmediatamente la cámara recoge la huida de Walker saltando una tapia, mientras dispara a sus perseguidores hasta vaciar su pistola. Medio herido, palpa sus cartucheras y se ve sin balas. Entonces, con un gesto de contrariedad, mete su pistola en el tahalí y salta sobre la otra tapia.

Vuelve la cámara a la escena anterior, donde las mujeres asisten a Carmencira y dicen que hay que darle café caliente para volverla en sí. La señora de Montoya, su madre, hace el ademán de dirigirse a la cocina con una vela. Una de las señoras le da una pistola. También se ofrece a acompañarla, pero ella contesta terminante: “¡No hay necesidad, voy sola!”

La señora de Montoya —con una vela— atraviesa un patio y luego un largo corredor oscuro en dirección a la cocina. Por el patio trasero se ve luego que Walker cae de la tapia y se adelanta hacia la misma cocina agazapado y receloso.

La señora ha entrado a la cocina y se dirige al viejo fogón apagado. Cuando está queriendo encenderlo escucha un leve ruido y se vuelve sorprendida con la vela en alto. Aparece Walker entre sombras y poco a poco se va iluminando por la luz de la vela. Ambos se miran. Al descubrir que el hombre es un soldado filibustero la señora de Montoya lo apunta con su pistola. El fogón, que se enciende lentamente, va iluminando la escena. Walker mira con su dominadora pupila de acero los ojos de la señora de Montoya, y sin despegarle los ojos, cada vez más doblegantes y subyugadores, avanza lentamente hacia ella. Ella, tensa y temblorosa, sostenida por la emoción, sigue apuntando pero aún no dispara. Walker se da cuenta de ese titubeo y avanza un paso más hasta colocar su cuerpo casi pegado a la pistola. Siempre la mira a los ojos. En los ojos de ella se nota en este momento un ligero y extraño fulgor. Walker, con un movimiento rápido, la abraza y besa en la boca. A la luz del fogón, que ha ido poco a poco en aumento, se ve la mano de Walker apretando cada vez más férreamente el hombro y el brazo de ella. Baja la cámara hacia la mano de ella que sostiene la pistola y se va viendo su crispación cada vez más intensa. La mano ha caído ya y el revólver apunta hacia el suelo. La mano se cierra, se cierra hasta que estalla un disparo que da en las baldosas.

Mientras tanto el disparo ha sido escuchado por el grupo de mujeres, quienes, alarmadas, se dirigen a la cocina acompañadas de soldados.

Walker, después del disparo, siempre con su misma mirada impassible sobre ella, se ha ido retirando lentamente.

Se oyen los pasos cada vez más cercanos de las mujeres y los soldados. Walker franquea la puerta y se pierde en la obscuridad. La cámara sigue los pies de Walker pisando suavemente entre



penumbras mientras se aleja.

Ella inmóvil y como herida por un rayo, recostada un poco sobre la pared, lo sigue con los ojos con una mirada abstraída.

Aparecen por la puerta los soldados y las mujeres con candiles y velas. Ella sigue en la misma actitud. Los brazos caídos y en una mano la vela apagada y en la otra el revólver aún humeante. Varios a la vez le preguntan qué ha pasado. Ella no contesta nada. Permanece inmóvil. El cañón del revólver sigue humeando.



Después de esta *disolvenca* hay una rápida visión de Rivas en escombros, bajo la luna. Casas encendidas en llamas. Heridos. Soldados que pasan...

Antes de que se borre completamente esta visión, se oye y se ve a don Jerónimo, el hacendado mexicano, que prosigue su narración:

“Pero Walker no se dio por vencido. Se retiró de Rivas. Reforzó su ejército con nuevos filibusteros venidos de California. Sorprendió de nuevo a Rivas y tomó la ciudad. Los legitimistas nicaragüenses retrocedieron a Granada para defenderla, pero antes de que ellos pudieran hacerlo...”



Aparece la ciudad de Granada, silenciosa, a media noche. Se escuchan lentas campanadas del reloj parroquial dando las doce. A la orilla del Lago, cuyo rumor acompaña toda esta escena, se ve la silueta de un buque con las luces apagadas. Y el silencioso desembarco en canoas de los filibusteros. Grupo tras grupo de filibusteros toman tierra en la costa, y con gran cautela van avanzando hacia la ciudad.

De nuevo se ven las calles nocturnas y vacías de la ciudad. Un sereno pasa y canta: “¡Las doce en punto y serenooooo!” Se ven uno o dos centinelas en diversos lugares asaltados por la espalda,

en silencio, y muertos a puñaladas por los filibusteros.

Aparecen la casa del General Montoya y Gallardo (vendado de un brazo) en la acera junto a las rejas de la ventana entreabierta, tras de la cual está Carmen. Ella dice: “Tengo mucho miedo, Gallardo. ¿Qué pasará con los filibusteros? ¡Nadie sabe nada de ellos!” Él la consuela: “No te preocupes,” coge la mano de ella en su mano y la besa, “todo está tranquilo.”

Otra vez se ve el Lago y nuevos filibusteros desembarcando. Escenas de avance. Y las siluetas —vistas desde un poco más lejos— de los enamorados en la ventana.



Amanecer en el Lago de Granada. La silueta del buque se aclara. Está a corta distancia de la costa.

La cámara recoge una sucesión de cuadros de la ciudad en las primeras horas del amanecer. En cada esquina, en cada plaza, y en los sitios importantes de la ciudad, aparecen como esculturas de bronce, impenables y erguidos, soldados filibusteros con sus fusiles con las bayonetas caladas, firmes y altaneros en posición de guardia. En las torres de las iglesias también se ven filibusteros apostados. En los pórticos de las iglesias, etc.

Conforme se van abriendo las ventanas, se observa el estupor y el sobresalto de los diversos rostros que se asoman ante la imprevista toma de la ciudad. Otras escenas —en el interior de las casas— de gentes que transmiten la noticia de unos a otros, llenos de pavor. Nadie se atreve a salir a las calles.

En una de las calles desoladas se ve, con paso firme y decidido, la figura de Fray Francisco que se dirige a la Iglesia. Ventanas que se entornan y miradas que observan su paso. El Padre Francisco llega a la puerta mayor de la Iglesia. De nuevo los rostros —ansiosos— que miran desde las ventanas.

Visión de la Iglesia completamente desierta, visión de perspectiva, en que se ve al fondo a Fray Francisco revestido con sus ornamentos

sacerdotales, sin compañía alguna, en el momento en que se vuelve hacia el inexistente pueblo y abre en cruz sus brazos en el saludo ritual: *Dominus Vobiscum*.



Ya adelantada la mañana, aparece por las calles de Granada un solemne bando: un batallón de filibusteros, tambores, clarines y una bandera. Se ve pasar el bando por varias calles. Las ventanas se cierran cuando pasa, se detiene frente a la casa de Montoya. El heraldo lee en voz alta el bando en el cual Walker expresa a la ciudad de Granada y sus moradores que sus intenciones son de paz. Que su deseo es unificar y pacificar el país logrando la armonía de los partidos. Que no haya ninguna desconfianza en él, pues sólo desea el bien de Nicaragua. Que pide al pueblo vuelva a sus labores sin temor alguno. Que ofrece perdón y libertad a todos.

Mientras se lee el bando se entorna apenas la ventana del General Montoya y se ve en penumbra una pequeña zona del rostro de la señora de Montoya, observando con un solo ojo rostro por rostro de los filibusteros del batallón del bando, en busca de aquél que la besó. La cámara se coloca en situación del ojo de ella enfocando a través de la ventana entornada esos rostros que ella va revisando. (Fuera de foco se sigue oyendo el bando que se aleja).

Es de noche. Como en una escena anterior, los personajes más importantes de la ciudad van entrando, silenciosos y serios, por el zaguán de la casa del General Montoya. De nuevo se ve la reunión en la sala. El Coronel Corrales está sentado junto a Carmencita y conversa con ella mientras van llegando los reunidos. En el fondo de la pieza, está sentada en el poyo de la ventana del fondo, que se encuentra cerrada, la señora de Montoya, un poco ajena a lo que sucede. Gallardo está de pie en el extremo opuesto a Corrales, platicando con otra persona, pero mirando insistentemente a Carmen con una fisonomía hosca. Fuma altivamente.

Corrales con una sonrisa que quiere ser muy galante (sin ente-

rarse de la situación de Gallardo y Carmen) le dice que él esperaba que terminara la guerra para que se cumplieran sus esperanzas. “He hablado con tu padre, Carmencita, y está del todo conforme con esto. Yo espero que no tendrás ningún reparo.”

Ella está muy nerviosa. Mira a Gallardo con ansiedad antes de responder. (Gallardo serio desde lejos. Aunque con los ojos trata de saber qué se habla entre Carmen y Corrales). “Primero hay que ver que termine la guerra, no sabemos lo que va a pasar,” dice ella.

Aparece como último personaje el Padre Francisco. Todos se ponen de pie y le ofrecen el lugar prominente o central. Se sientan. Entonces Corrales, de pie, toma la palabra y les dice: “He provocado esta reunión, porque he recibido una visita del General Walker, quien llegó a ofrecerme, para lograr la unificación de los partidos, el Ministerio de Guerra. Volvió a asegurarme sus deseos de paz. Yo quiero que ustedes decidan sobre esta propuesta. Personalmente creo que esta alianza puede ser ventajosa para nosotros.”

Se externan diversas opiniones. Unos decididamente en contra —especialmente el Capitán Gallardo—; otros tratando de que se obtengan mejores condiciones; otros opinan que está bien la propuesta y que debe aceptarse y esperar los futuros acontecimientos, porque puede fortalecerse el partido que está muy diezmado. Vence esta última opinión entre los viejos y obtienen la mayoría.

Entonces el Padre Francisco agrega: “Ya que han resuelto que el Coronel Corrales acepte, me parece muy conveniente enviar mensajes a todos los grupos y restos de nuestro ejército, para que no tomen este acto como una entrega total, sino que se mantengan a la expectativa sin dejar las armas. Debemos guardar una carta por lo menos, porque las intenciones de Walker todavía no las conocemos.”

Aceptan todos la sugerencia del sacerdote. Mientras él está terminando de hablar, se oye por las calles el paso marcial de las tropas de Walker con sus tambores y voces de mando en inglés. La señora de Montoya, que ha permanecido abstraída durante

toda la discusión, abre con disimulo una hoja de la ventana y observa el paso de los soldados. Mientras la concurrencia conversa, el General Montoya mira dos o tres veces lo que hace su esposa y luego se levanta sin decir palabra y cierra la ventana. En sus ojos hay un reproche.



Callejuela oscura de Granada. Soldados de cuatro en fondo que se van alejando hasta perderse en la noche. Siguen sonando sus pasos en marcha.

La señora de Montoya en su cama sin poder dormir, revolviéndose de un lado a otro entre las sábanas. Sobre ella suenan los pasos de marcha de los soldados, cada vez más fuertes. La cámara cambia y muestra: una vez el rostro insomne de ella, y otra vez los pies en marcha, entre penumbras, de los filibusteros. Los pasos van rebajando su intensidad sonora hasta que se oyen muy tenuemente y más lentos, y en la toma se convierten en los pies de Walker como cuando se alejó de ella después de besarla.

Atardecer. El cuartel de Walker es una de las casas principales de la ciudad, escogida por él para este uso. Dos filibusteros hacen guardia en el portón de entrada. En ese portón aparecen dos soldados filibusteros conduciendo preso a un pobre indio nicaragüense. La cámara sigue tras él hasta estar en la presencia de Walker. A éste lo acompañan Henningsen y Cole.

Un soldado dice a Walker que ha capturado a ese indio con unas cartas en el momento que salía de la ciudad. Walker toma las cartas. Las abre. Mira la firma. Dice a Henningsen: "Son del Coronel Corrales."

Las lee detenidamente y mientras va leyéndolas se le iluminan los ojos. Al terminar se vuelve hacia sus dos ayudantes y con una mirada felina les dice: "Estos son los documentos que necesitábamos." Y se sonríe con su característica sonrisa helada y cruel.



A la mañana siguiente se ve a Corrales dirigirse con una carpeta bajo el brazo, despreocupado y a buen paso, hacia el cuartel de Walker para despachar con él. En una esquina encuentra a Carmen que vuelve de misa con una mantilla y su rosario, y la saluda con mucho cariño mientras le dice con aire optimista: “Ahora sí yo creo que ya llegó la paz, Carmencita. Pronto podrán cumplirse nuestros sueños.” Ella baja los ojos y sonríe con embarazo. Corrales sigue su camino y se le ve entrar al cuartel general de Walker.

Despacho de Walker. Walker en la puerta se adelanta a saludarlo con cierta cortesía extremada y maliciosa. “Lo estábamos esperando, señor Ministro.”

Corrales entra y se sienta frente al escritorio de Walker. Abre su carpeta y mira a su interlocutor. Pero éste no se ha sentado sino que está de pie, con los brazos cruzados, mirándolo fría y fijamente. Interrogación en los ojos de Corrales.

Walker saca de su levita, bruscamente, las cartas de Corrales y se las tira sobre la mesa. Corrales reconoce sus propias cartas y levanta sus ojos llenos de zozobra hacia Walker. Éste, sin moverse y con una sonrisa fría (con los brazos siempre cruzados) le dice en voz baja y lenta:

“Coronel Corrales, queda usted preso.”



Fotografías rápidas: gente del pueblo y gente importante de la ciudad que repiten unos a otros la misma noticia: “Corrales está preso.”

Filibusteros con rifles golpeando en las puertas de las casas importantes de la ciudad y llevándose presos a personajes que hemos visto en las reuniones del General Montoya. Más otros presos.

Alguien dice en el interior de su casa al General Montoya que Corrales ha sido hecho prisionero. Sale alarmado a la acera de su

casa y en ese momento llegan dos filibusteros que lo toman preso, y él, sin pronunciar palabra, avanza solemnemente en medio de sus custodios, por mitad de la calle. Carmencita sale aturdida y llorosa al zaguán y ve a su padre alejarse. Se echa a llorar y sale Ña Leandra, que la abraza y la mete dentro. Por la ventana la señora de Montoya mira impávida pasar a su esposo preso.

Por otra calle se ve pasar a Gallardo preso.

Visión final de la iglesia parroquial y a Fray Francisco bajando las grandes escaleras conducido por dos soldados.



Crepúsculo. En medio de una alarma general de toda la ciudad, se mira en una de las calles lejanas un nuevo bando de los filibusteros hecho con gran aparato. Desde la puerta de la casa Carmen y su madre, lo mismo que otras mujeres del vecindario, preguntan angustiadas a la gente que pasa o viene, qué dice el bando. Se oyen diversas contestaciones: “Van a fusilar...” “Asaltaron a los filibusteros en Rivas...” “Walker quiere vengarse...” “Van a fusilar...”

Va cayendo la noche. Se ven grupos comentando por todas partes. Frases sueltas sobre lo mismo.

Se ven llegar señoras a la casa del General Montoya. Adentro, mientras estas señoras van entrando, se ve a Carmen llorar inconsolable. La asiste la Leandra. Las que entran tratan de calmarla.

Reunión de señoras. Mientras entran y se van sentando en los lugares en que otra vez estuvieron reunidos sus maridos, cada una va dando noticias de la situación con estas o parecidas frases:

“El bando decía que van a sortear entre todos los presos a uno, para fusilarlo.”

“Que van a cobrarse con la vida de uno la insubordinación de Rivas.”

“Walker los complica en el asalto de Rivas.”

“Walker cumple. Ha dicho que este desorden lo exaspera.”

“Que será inflexible.”

“En el bando decía que otro desorden será castigado con la pena de muerte.”

Luego hablan, muy nerviosas, de ir donde Walker a pedirle piedad. Algunas objetan. La señora de Montoya dice finalmente: “Ninguna de nosotras conoce a Walker todavía, pero debe ser un caballero...” Otras agregan que “no podrá menos que ceder a las súplicas femeninas.”

Todas se ponen de acuerdo en ir al día siguiente a pedir a Walker que cambie su resolución.



A la mañana siguiente se ve el grupo de las mismas señoras en una de las calles de Granada, todas vestidas de negro, dirigiéndose hacia el cuartel de Walker. Va al frente de ellas la señora de Montoya.

Mientras tanto, en su Cuartel General Walker ha reunido a los presos para proceder a la macabra rifa.

Los señores y militares presos son colocados en fila delante de Walker. Entre ellos está el Padre Francisco. Walker se acerca un poco, y les dirige la palabra: “Se va a sortear quién de ustedes será fusilado como castigo por los desórdenes de Rivas. Por cada desorden caerá uno más. Así estableceremos la disciplina y la paz.” Luego, dirigiéndose al Padre Francisco, le dice: “Sepárese de las filas, Padre. La paz de Nicaragua necesita la colaboración de la Iglesia, porque el temor de Dios es el fundamento de toda organización.”

El Padre sin inmutarse contesta: “Soy tan inocente y tan patriota como ellos. No tengo porqué ser excluido.” Walker se encoge de hombros y replica: “Como usted quiera.”

Luego da orden de numerarlos. Gallardo encabeza la fila. Le sigue el General Montoya, luego le siguen otros presos. El número siete le corresponde al Coronel Corrales, siguen varios más, hasta diez y ocho o veinte. A medida que van apareciendo

los rostros en *close-ups* sucesivos, se oye la voz de un filibustero que va contando: uno, dos, tres... haciendo hincapié la cámara en los números que corresponden a Gallardo (el uno) y a Corrales (el siete).

Luego Walker recoge de su escritorio un saquito que se supone lleno de fichas y adelantándose al primero de la fila le dice: “¿Quiere usted escoger?” Gallardo avanza un paso y saca del saquito que tiene Walker, una ficha. La mira sólo para sí y empalidece.

Walker pregunta: “¿Qué número?”

Contesta Gallardo: “¡Uno!”

Walker lo mira fijamente y sin decir palabra le arrebató la ficha. La cámara ve al mismo tiempo que Walker el número de la ficha: el siete.

Walker exclama: “¡Número siete! ¿Por qué miente? ¿Cuándo aprenderán ustedes a jugar limpio?”

Luego retirándose un poco, dice fríamente a Corrales: “Coronel Corrales, usted será fusilado mañana a las doce del día.”

Rostro sereno de Corrales. Luego se adelanta y estrecha agradecidamente y en silencio la mano de Gallardo. Montoya también en silencio da la mano a Corrales. *Disolvencia.*



Un grupo de mujeres llega a la puerta del cuartel de Walker. Hablan con el centinela. Las hace pasar. La cámara las sigue. Todas entran al despacho de Walker, donde solamente están los custodios o guardias personales de Walker. Las más viejas se sientan. Otras quedan en pie. (La señora de Montoya, a medida que ha ido avanzando por el cuartel, mira a uno y otro lado investigando cada rostro de filibustero que aparece a su paso).

Un silencio breve de espera.

El centinela de la puerta del despacho anuncia: “¡El general William Walker!”

Todas miran hacia la puerta por donde entra Walker. En el rostro de la señora de Montoya —que está un poco atrás, al final del grupo— se retrata la más viva impresión de sorpresa al reconocer la fisonomía de Walker.

Walker saluda en general al grupo. Al levantar su vista para preguntar al grupo de señoras “qué desean,” nota de pronto la presencia de ella y sus ojos se encienden significativamente. La queda mirando sin apartar de ella su vista, mientras una de las señoras en tono quejumbroso le dice que no fusile a ninguno de los presos, que tenga clemencia de las madres y esposas que se lo piden. Otras también intervienen en la súplica.

Walker las deja hablar y luego les da una respuesta cortante e implacable: “Esta es una resolución que ya fue tomada. El sorteo ha sido hecho y la suerte señaló al Coronel Corrales para ser fusilado a las doce del día de mañana.”

Varios sollozos y el grito desgarrador de una de las señoras más ancianas: la madre de Corrales. “¡Mi hijo! ¡No mate a mi hijo!” pone punto a la frase de Walker.

Otra de las señoras, con voz ronca, señalando a la anciana mujer, dice: “¡Esta es la madre de Corrales! ¡Por ella no lo mate!”

Otras: ¡Tenga piedad!... ¡No lo haga!... ¡No lo mare!

Lágrimas y sollozos de todas ellas. Walker no mira más que a la señora de Montoya, insistentemente, y algunas que lo han notado dirigen su vista hacia ella con extrañeza. Los lugartenientes y soldados de guardia están visiblemente conmovidos y apiadados por las súplicas de las señoras. Por un momento Walker parece ablandarse también y en medio del silencio y de la expectación general dice: “Como una concesión a la súplica de ustedes, el Coronel Corrales no será fusilado a las doce del día de mañana, sino a las dos de la tarde.” La madre de Corrales se dobla llorando y es asistida por las más cercanas, que la estrechan también sollozando.

Mientras sucede esta escena, en el mismo despacho de Walker un soldado filibustero que ha estado limpiando su fusil y fumando



despreocupadamente, dice en voz baja a su compañero con sarcasmo: "How generous!" Su compañero le reprende por miedo a la reacción de Walker.

Mientras las señoras se retiran sollozantes y abatidas, Walker sigue con los ojos, fijamente, a la señora de Montoya, que sale de última lentamente.



A la mañana siguiente. Campanas doblando en toda la ciudad. Gente silenciosa y enlutada que camina por las calles hacia un punto determinado.

Cuartel de Walker. Interior. Henningsen abre las puertas de la prisión y hace salir al patio a todos los presos, pero al salir el General Montoya, le dice: "¡Usted no, General Montoya, usted queda siempre detenido!" Luego aparta al Coronel Corrales y lo entrega a un pelotón de filibusteros; y dirigiéndose a los presos, les dice: "Ustedes quedarán libres, pero antes van a presenciar algo que les interesa."

Sale el Coronel Corrales adelante entre cuatro custodios armados. Tras de él están los presos entre dos hileras de soldados filibusteros. Van presidiendo el cortejo los tambores que redoblan a muerte.

Fray Francisco se adelanta y se acerca a Corrales para confesarle y darle los auxilios espirituales.

Marcha por la mitad de la calle el triste cortejo. Sonido de las campanas doblando y el pueblo, silencioso y adusto, mirando en multitud el desfile. Walker, rodeado de sus lugartenientes, cierra la procesión.

Llegan a la plaza y el cortejo se adelanta hacia la Iglesia, en cuyos muros se hará la ejecución.

Actitudes violentas y puños cerrados del pueblo. Rostros amenazantes. Despliegue de fuerzas armadas filibusteras para imponer el miedo. Walker y sus oficiales se detienen en una esquina de la plaza y desde una acera alta miran.

El cortejo llega a los muros de la Iglesia. Suena el toque de agonía en la torre. Henningsen da órdenes al pelotón de ejecución.

El Padre Francisco se adelanta con Corrales al lugar donde han colocado un banquillo de espaldas al muro. Le da la absolución a Corrales. Éste guarda una completa serenidad. Tira con el pie el banquillo y se recuesta en el muro cruzando los brazos, y mirando al pueblo en voz alta y tranquila dice: “¡Me equivoqué, por eso merezco este castigo. Quede mi muerte como un grito de guerra!”

Reacción del pueblo: odio y movimiento que obliga a cruzar los fusiles con bayonetas a los soldados que hacen cordón.

Henningsen alza su espada dando la voz de fuego. Suena la descarga. Corrales cae en cámara lenta. Campanas. Walker impasible mira desde lejos.



En el atardecer, en medio del espanto y la furia contenida del pueblo, el cadáver de Corrales es enviado a sepultar arrastrado por un caballo que lleva por jinete a un lugarteniente –Henningsen– y custodiado por un pelotón de soldados.

Calle del General Montoya. Pasa la macabra cabalgata. Rostro horrorizado de Carmen en su ventana. Se cubre el rostro con las manos. Detrás de ella está su madre. Se arroja en su regazo. Mientras Carmen solloza sobre el pecho de su madre, se ve el rostro pálido de ella, inescrutable.



El prolongado sollozo de Carmen es corrado por la voz de don Jerónimo, que, en su rancho en México, continúa su narración:

“Ya por esa época me había enterado de la invasión de Walker a Nicaragua. Yo había jurado matarlo y, pensando en el sufrimiento de aquel pueblo, resolví irme a luchar a Nicaragua. Por entonces el fusilamiento de Corrales y las crueldades



de Walker habían unido a todo el pueblo en una guerra nacional contra el invasor.”

Las últimas frases de don Jerónimo tienen por fondo distintas y rápidas escenas de guerra. Soldados en las montañas que se reúnen. Escaramuzas. Choques armados.

Se vuelve a oír la voz de don Jerónimo:

“Walker se había declarado Presidente de la República y por un tremendo decreto...”

Corta la frase la imagen de Walker leyendo en voz alta un pergamino que tiene cogido en sus dos manos. Dice:

“Por tanto, haciendo uso de mis facultades de Presidente, decreto el establecimiento de la esclavitud en todo el territorio de la nación como el mejor método para desarrollar la riqueza agrícola del país y poner una base sólida de trabajo a la civilización de nuestra Patria.”

Mientras Walker lee estas frases, se ve la ceremonia que acompaña su lectura. Acaba de ser proclamado Presidente. Está en una tribuna, a mitad de la plaza de Granada, rodeado de filibusteros. El pueblo alejado aunque curioso. Como escena final se ve a un viejo del pueblo que oye, y como comentario arroja un salivazo con cara despreciativa.



Diversas escenas nocturnas, en los interiores de varias casas de Granada, en que se ve a los hombres despedirse de sus familias (abrazos, llantos, etc.), pues se marchan escondidos hacia la guerra. Diálogos de esposos con su esposas, madres con hijos, novias, etc. Algunos salen por las tapias con armas disimuladas. Otros en la oscuridad de las calles retiradas. En la Iglesia el Padre Francisco bendice a otros que parten y les impone escapularios y medallas.

Se ve a Gallardo entre las sombras de la noche acercarse a la tapia del patio de atrás de la casa de Carmen y escalarla. Al asomar

su cabeza la llama con un silbido de costumbre. Ella cruza el patio nerviosa y presurosa. En una pequeña escalera del palomar, ella sube y llega hasta la altura de Gallardo. Se besan tiernamente. Después del beso ella dice: "Estoy feliz esta noche... ¡he sufrido tanto sin verte!"

Él le contesta: "Vengo a despedirme, Carmen." (Lo dice con una tristeza hondísima).

Ella le mira con los ojos asombrados que se le llenan de lágrimas. Con frases entrecortadas le dice: "¿Tiene que ser esta noche? ¡No! ¡Esta noche no, amor mío!"

Él, con dulzura y tristeza: "Es necesario, ha llegado el momento."

Ella: "¿Cómo hago para que nadie te hiera?" Lo mira muy tiernamente a los ojos y en voz muy suave agrega: "Acercate más." Él la besa. Ella dice de nuevo: "¡Después vas a estar tan lejos!" Se abraza a él mientras sus ojos se pierden en la noche (la cámara enfoca la noche del patio, sus árboles y la lejana luna). Se oye la voz de ella: "Que noche tan bella, ¿verdad?"

Él: "Yo quisiera prolongar este instante, Carmen, pero el invasor nos separa. Debemos arrojarlo de aquí, pero para eso nos hace falta tu padre; mientras él esté preso no podemos hacer la guerra."

La cámara recoge (interrumpiendo el diálogo) la alcoba de la señora de Montoya y a ella en su lecho acabándose de acostar, todavía despierta, reclinada en su almohada. En su mesa de noche una lamparita de gas da luz a su rostro. Por la ventana entreabierta penetra un rayo de luna. Como en una escena anterior se escuchan las tropas de Walker acercándose y alejándose por las calles. Al pasar frente a la ventana se ve la interrupción intermitente del rayo de luna por su paso.

De nuevo se continúa el diálogo de los novios en el jardín. Se ve a Gallardo iniciando su retirada, mientras ella, con voz ahogada, le dice: "Le rezaré a la Virgen para que vuelvan pronto."

Él acaba de bajar de la barda y parte entre las sombras mientras se dicen adiós con las manos. Ella, con los ojos llorosos, se queda mirando por donde él parte. Un momento después, en el instante



en que ya de regreso de su cita va a entrar a su habitación, oye la voz de su madre que la llama desde el lecho.

Carmen, disimulando sus lágrimas, entreabre la puerta de la alcoba de su madre y se detiene silenciosa. Su madre le dice: “¿Qué haces levantada a estas horas?” Carmen se adelanta hacia el lecho de su madre y mirando la noche por la ventana contesta: “Qué noche tan bella, ¿verdad?”

Su madre la observa un poco extrañada y ella al sentirse observada le dice: “Para vencer a Walker hace falta mi padre. Mientras él esté preso no podemos hacer la guerra.”

Sigue un largo silencio. Rostro pensativo de la madre y se ve luego un ligero relámpago en su pupila. Dice de pronto: “Yo iré donde Walker a pedirselo.”

“No lo da, no te hagas ilusiones,” contesta Carmen.

“Sí lo da... yo sé porqué lo digo,” dice de nuevo su madre mirando al vacío.



Despacho del General Walker.

Walker está escribiendo en su escritorio. Se abre la puerta (frente al escritorio) y entra la señora de Montoya, vestida de negro, dueña completamente de sí misma, y se detiene a la mitad de la habitación. Walker levanta los ojos y por un momento se ve en ellos una expresión de perplejidad. Se incorpora lentamente, tratando de recobrar su serenidad. Con gesto cortés y a media voz, le dice: “¿Usted por aquí, señora?”

Ella guarda silencio fijamente. Walker todavía inseguro le dice: “Tome asiento, señora.”

Ella no se mueve. Sigue mirándolo en silencio y después de una breve pausa dice: “Yo le salvé la vida una noche...”

Walker mirándola sólo pregunta: “¿Y...?”

“¿Le parece poco?” dice ella con altivez.

Walker más confundido trata de recuperar su superioridad

y recurre al cinismo: “Me parece natural. Yo la había besado.”

Ella baja los ojos en silencio. Walker, ya en posesión de su dominio, lo ejerce con su fría sonrisa de siempre, y adelantándose le dice: “¿Y qué rescate ha pensado dar por su marido, señora?”

Ella levanta los ojos turbada y en voz baja, casi ahogada, exclama: “Devolverle el beso que usted me dio.”

Pausa. Walker se acerca más a ella y con una sonrisa insinuante le dice con la voz muy baja y hablándole al borde de sus mejillas: “¿Uno... o más?”

Ella levanta sus ojos hacia él, completamente rendida, y Walker lentamente va acercando sus labios a los de ella, hasta besarla como la primera vez. *Disolvensia.*



A las primeras luces de la mañana se ve al carcelero que abre la puerta de la prisión del General Montoya. En silencio da orden al General de salir. El General, con un gesto de sorpresa, titubea en salir. El carcelero le dice: “Está usted libre.”

El General, con más extrañeza todavía y no sin recelos, sale lentamente por donde le señala el brazo del carcelero. Mira hacia un lado y otro con desconfianza.

En la noche, sentados en el comedor de la casa, el General Montoya, su esposa y su hija (mientras le retira los platos Ña Leandra), tienen una conversación de sobremesa, en la que el General Montoya —resuelto ya a partir hacia la guerra— busca las frases diplomáticas para anunciárselo a su esposa. Han hablado sobre todos los que han partido hacia la guerra. Sobre la Patria. Etc. Y él agrega: “Yo comprendo tu punto de vista, ya que no vas a querer que te deje sola. Pero es imposible rehuir el deber. Ahora la Patria está sobre todas las cosas.” Lo afirma con gran deseo de convencerla.

Ella le responde en forma inesperada: “Yo no me opongo. La Patria está por encima de nosotras. Tu deber es irte a la guerra.”

Él la mira gratamente sorprendido y luego, con profunda satisfacción, le besa la mano.



En San Jacinto, una lejana hacienda del interior de Nicaragua, punto de cita de todos los rebeldes nicaragüenses, se ve el cuartel del General Estrada, jefe del ejército nacional en reposición del General Montoya. El cuartel ha sido instalado en la casona de la hacienda. Soldados nicaragüenses que entran y salen. Otros, de diversas edades, que preparan sus armas, de todas las especies.

Luego el interior del cuartel donde Estrada está con Gallardo despachando. Un soldado que guarda la puerta anuncia: “Un mejicano, Jerónimo Páez, quiere hablar con usted.” El General se levanta y muy atento ordena que lo dejen pasar. Entra don Jerónimo, muy marcial, y se cuadra.

“General Estrada,” dice don Jerónimo, “vengo desde México a luchar con ustedes. Yo he jurado matar a Walker.”

Gallardo, que lo mira con simpatía, le dice estrechándole la mano: “No es usted el único que ha jurado matarlo.”

El General Estrada agrega: “Sea usted bienvenido don Jerónimo.”



Tomas de los soldados en que hablan de la próxima llegada del General Montoya. Se ve a don Jerónimo fraternizar con ellos. Algunos soldados se quejan de falta de armas. Don Jerónimo se reúne con la caballería, formada por llaneros (o sabaneros como les dicen en Nicaragua) y dialoga con ellos planeando usar como armas el lazo y la lanza.

Luego se ve llegar al General Altolaquirre, a caballo con varios soldados y oficiales. El General Estrada está en la entrada de la casa-cuartel y le pregunta un poco extrañado a qué llega. El General Altolaquirre le contesta que han terminado las divi-

siones partidaristas. Que Walker es enemigo tanto de un bando como de otro, porque es el enemigo de la Patria. Se abrazan y los soldados echan vivas por la reconciliación. Altolaguirre se dirige a sus soldados diciéndoles que “si nosotros, los de nuestro partido, somos culpables de haber traído a Walker, nosotros, con nuestra sangre, lo expulsaremos de nuestra Patria.”



Noche en San Jacinto. Los retenes anuncian que los filibusteros avanzan. Escenas rápidas de preparación para la resistencia y el ataque en que toma parte muy activa don Jerónimo. Los filibusteros atacan. Primeros tiros. En el corral de la hacienda hacen su resistencia los nicaragüenses. Don Jerónimo y los llaneros salen en la oscuridad. Se van a los pastos, reúnen las yeguas, amarran antorchas en sus colas y las arrian sobre la retaguardia filibustera. La irrupción desesperada de los animales llena de pánico a los filibusteros. Retirada enloquecida. Los sabaneros con sus lazos persiguiéndolos. Al que atrapan le hacen caer el lazo y lo cuelgan de un árbol.

Fotografías finales de árboles en largas hileras con filibusteros colgando.



Cuartel de Walker en Granada. Extraordinaria actividad militar.

Walker en su despacho habla con sus oficiales de las incesantes derrotas que sufre. Que hay que tomar la ofensiva. Órdenes.

Cae la noche. Siguen viéndose oficiales que entran y salen.

Ya muy noche, por la calle solitaria, se ve pasar una mujer enlutada, cubierto el rostro con un velo, que se dirige al cuartel de Walker. Llega a la puerta. Un centinela la detiene cruzando su fusil. Ella (de espaldas al público) se levanta con una mano y por un instante el velo, y el centinela al punto la deja pasar.



Desfile de Walker a caballo al frente de sus tropas que parten fuera de la ciudad a presentar combate. A medida que avanza se ve que las ventanas de las casas se van cerrando violentamente. Únicamente la ventana de la casa del General Montoya se ve abierta, y una silueta observa tras de ella.

El rostro de Walker se vuelve hacia esa ventana y la queda mirando.



Carmen y Ña Leandra van subiendo las graderías del templo de San Francisco. Ña Leandra le va contando que anoche llegaron noticias de que los nicaragüenses derrotaron de nuevo a los filibusteros y que entrarán en Granada muy pronto. Que Gallardo viene al frente de un ala del ejército. Se ve a Carmen adelantarse un poco a Ña Leandra y entrar al templo. Entra hasta el pie del altar de la Virgen del Carmen.

En la penumbra de una de las naves, sin que Carmen se entere, se ve pasar a Fray Francisco. Se detiene y desde largo, con su brazos cruzados, reconoce a Carmen y la observa y sonríe para sí.



Atardecer. Entrada apoteósica y triunfal de los ejércitos nicaragüenses. Gran júbilo por todas las calles, aclamaciones, gritos. En primer término Montoya, Gallardo y Altoaguirre. Al pasar por la casa de Carmen, ésta sale por el zaguán corriendo, loca de alegría; Gallardo desciende de su caballo y se abrazan febrilmente.

Al General Montoya le tiran flores y lo vitorean. En medio del pueblo que lo aclama, busca a su esposa, que, enlurada y enigmática, en compañía de Ña Leandra, está de pie en el dintel del zaguán y le sonrío. El resto del ejército llena las calles confundido

con el pueblo y las mujeres.

Mientras va oscureciendo se encienden fogatas en las calles y se ve a la soldadesca que se va emborrachando y grita con estruendosa alegría. Guitarras. Cantos.

En la plaza, donde está el núcleo más grande de gente, don Jerónimo se ha hecho muy popular y es el centro de la alegría. Alrededor de una fogata canta corridos mejicanos aplicados a la guerra de Nicaragua. La cámara continúa tomando grupos de gente cada vez más borracha.



Amanecer. Las fogatas apagándose. La alegría popular ya bastante decaída. Alguna que otra guitarra por las calles. Grupos de borrachos tambaleantes y otros dormidos en las aceras.

De pronto, en todos los templos de Granada las campanas tocan alarma. Gente que corre comunicando, de unos a otros: “¡Viene Walker!” “¡Walker contra-ataca!” El General Montoya, Altolaquirre, Gallardo y muchos otros oficiales en sus caballos recorren la ciudad dando órdenes a los soldados y reorganizando con grandes dificultades a sus tropas, pues la mayor parte de ellas están borrachas.

En las afueras de la ciudad los filibusteros al mando de Walker atacan avanzando. Por el Lago desembarcan filibusteros que también atacan por la retaguardia. Los nicaragüenses se defienden, pero van perdiendo terreno. Los filibusteros, a medida que avanzan por la ciudad, van incendiando las casas y dando muerte a mujeres, niños y a cuantos encuentran a su paso. Visiblemente el ejército nicaragüense lucha en retirada hacia el centro de la ciudad. Los militares de Granada entran a sus casas y salen con sus mujeres e hijos a refugiarse y parapetarse en los templos del centro. Gallardo y Montoya entran precipitadamente a la casa y ordenan a las mujeres salir con ellos hacia el templo de San Francisco. Se ve a la señora de Montoya, a Carmen, a Ña Leandra y a otras, dirigirse en la con-

fusión hacia el templo. El grueso de las tropas, bajo el mando de Montoya y Gallardo, es conducido también hacia este lugar. Fray Francisco en el atrio de esta iglesia trata de poner orden en el des-concierto general, distribuyendo a los soldados y al pueblo en los lugares estratégicos del templo y del convento adjunto.

Cae la noche y cesan los fuegos. Pero se ve a lo lejos a gran parte de la ciudad ardiendo.



Varios días después. Visión general de la iglesia y del convento de San Francisco, ocupados por las tropas nicaragüenses y sitiados por los filibusteros. Soldados en sus puestos, en las torres y muros, vigilantes. Tiros desperdigados, respuestas de la artillería de Walker. Algunos diálogos alusivos al sitio, que ya lleva varios días. En uno de los patios del convento un soldado está tomando agua del gran aljibe de aprovisionamiento. Pasa por allí el General Montoya que le dice: “Tengan mucho cuidado con el agua.” Y volviéndose a su ayudante agrega: “Debemos racionar el agua lo más posible. Mande un soldado para que la cuide.”

El General Montoya en un ala del convento interroga al General Altolaquirre: “General, ¿con qué cantidad de víveres contamos para la residencia?”

“Con ninguna mi General. Lo poco que tenía el convento ya se está agotando.”

El General Montoya mueve la cabeza y se levanta pensativo.

En la sacristía de la iglesia donde habita la familia del General Montoya, está su señora, solitaria en la pieza, visiblemente desesperada y paseándose con el aspecto de una encarcelada.

Se borra esta escena y aparece la misma habitación ya de noche y en ella, siempre desesperada, la señora de Montoya, paseándose por la pieza mientras, recostada a la pared, su sirvienta habla con ella, aunque ésta no parece escucharla.

Ña Leandra: “He estado oyendo hablar al General de que ya no

hay víveres y que no saben qué van a hacer si sigue el sitio. Yo no me atrevía a decírselo, pero mi padre era sacristán de este templo y yo recuerdo que él me enseñó, cuando estaba pequeña, un subterráneo muy largo que sale al barrio de Guadalupe. Debe existir todavía. ¿No le parece que se lo diga al General?”

Al oír lo del subterráneo, la señora de Montoya se detiene y mira a su criada con un rostro ansioso como de quien acaba de descubrir su libertad, pero disimula y fríamente ordena, mientras se inclina hacia su criada oprimiéndole el brazo: “¡No...! Esto sólo debemos saberlo tú y yo. Únicamente tú y yo.”



Visión nocturna de San Francisco y de Granada. Silencio interrumpido por escasos y espaciados disparos. De pronto, sobre ese fondo, se escucha el grito de la Cegua, lejano y espeluznante.

El subterráneo. Una lucecita que se va alejando por él, y que apenas ilumina una silueta oscura.

Otra vez se repite la escena nocturna de la mujer enlutada que cruza las calles de Granada, llega a las puertas del cuartel de Walker, es detenida por el centinela, levanta con una mano el velo que cubre su rostro, y es dejada pasar inmediatamente.

Sigue la noche. Se ve a don Jerónimo acercarse demudado a los soldados de un grupo y preguntarles “¿qué es ese grito?” Los soldados, que también están llenos de miedo, le contestan que es la Cegua. Él pregunta entonces qué cosa es la Cegua. “Es una mujer que sale por las noches a hacer maleficio. Ese es su grito.” Expresiones de susto de don Jerónimo (si el largo de la película lo permite puede agregarse alguna anécdota sobre la Cegua).



Atardecer. Gallardo se dirige hacia la sacristía y con cierta prudencia de enamorado da su conocido silbido llamando a Car-

men. Gallardo lleva su traje militar algo roto y sucio y el cabello un poco revuelto por la lucha incesante del sitio. Se abre la puerta de la sacristía y aparece la madre de Carmen, que ásperamente lo increpa: “Manuel Gallardo, ¿a quién busca?”

“A Carmen, señora. Usted sabe,” contesta él.

“Sí ya sé. ¿Por qué no es usted capaz de entenderme?”

“Porque quiero a Carmen, ¿qué otra respuesta puedo darle?” contesta Gallardo.

“Es usted egoísta,” dice ella violentamente.

“No me defiendo, señora. Yo sólo le digo que quiero a Carmen,” respondió él con humildad.

Se abre de nuevo la puerta y sale Carmen, que ha escuchado las últimas dos frases del diálogo: “Mamá, ¿por qué lo regañas?” dice Carmen con ternura.

“Tú ya no puedes comprenderlo, pero él sí puede evitarlo,” responde.

“¿Por qué hablas así, mamá?” vuelve a decir Carmen con cierta tristeza.

“Porque eres mi hija y el amor es la muerte!”



Hilera de soldados heridos, tendidos en el suelo en una pieza muy amplia del convento. Luz crepuscular. Todos los heridos se ven recién vendados. Cada soldado está con algo: una fruta, unos cigarrillos, algún regalo que le ha ido haciendo el Padre.

Fray Francisco ha terminado de vendar al último, a quien sonriendo le saca de su sotana —con el gesto de un prestidigitador— una cajetilla de cigarrillos. Se va. Los soldados quedan comentando sobre la milagrosa e inagotable despensa de Fray Francisco y preguntándose de dónde sacaría tanta cosa todos los días.

Como final de esta escena se ve de nuevo la visión del subterráneo entre sombras, y de nuevo la lucecita se aleja iluminando apenas una indecisa silueta.



Anochecer. Un centinela —que es don Jerónimo— vigila por uno de los muros. Se oye fuego intenso de artillería. Fogonazos que iluminan la escena y dejan ver soldados sobre el muro apostados con sus fusiles contestando. Cerca del centinela se ve venir una luz. Inquietud del centinela. Luego la luz de la linterna, muy opaca, deja ver a los que avanzan. Son dos soldados portando una camilla en la que va un hombre herido de una pierna. Al interrogarlos el centinela, ellos se detienen y ponen la camilla en tierra.

El centinela: “¿Otro?”

Uno de los camilleros que es el sargento: “Esto será de toda la noche, sobre todo si siguen fumando.”

El herido: “No sargento. ¡Por Dios y mi madre que no encendí fuego! Yo sólo masco. ¡Es brujería! ¡Ahora sí estoy cierto! ¡Yo oí a la Cegua y a todo el que oye el grito de la Cegua le cae desgracia!”

El otro camillero: “Tiene razón sargento, anoche fue lo mismo con Calixto Reyes. ‘Oigan la Cegua, ya grita,’ nos dijo a los primeros gallos. No habían cantado los del alba cuando ya lo habíamos traído en desangre. ¡Perdió el brazo!”

El herido: “Y además acuérdense de los diez tiros que fallaron en el cañón de nosotros porque la pólvora traía arena. Arrestaron al Capitán Zapata y a Pedro Samayoa para investigar. Pero nada puede decirse en contra de ellos. ¡Es la maldición de ese grito!”

Estas frases últimas las ha oído la señora de Montoya que se ha ido acercando, enlutada, hacia donde ellos dialogan. Al notar su presencia, no sin un gesto de susto de parte de los soldados, guardan silencio.

Ella pregunta: “¿A quién llevan?”

Un camillero: “Un herido, señora.”

La señora: “¿Por qué lo entretienen?” Dirigiéndose al herido añade: “¿Quieres que te lave la herida?”

El herido: “No, señora, gracias. Me dolería más. Además, con

las medicinas que quedan da lo mismo curarse que no curarse.”

Ella: “Poco a poco se va terminando todo, menos el valor de ustedes.”

El herido: “Y el de usted también, señora.”

Ella: “¡Yo tengo miedo!”

Herido: “¿Miedo a la muerte?”

Ella: “Y a algo más...”

Un camillero: “¿A la Cegua?”

Ella lo mira bruscamente y en voz baja y ahogada dice: “Sí, a la Cegua.”

El herido: “¿La ha oído gritar? ¡Qué grito!”

Ella: “Será tal vez su modo de llorar.”

Herido: “¿Llorar?... La maldad no llora. ¡Vea cuántos hemos caído por oírla!”

Don Jerónimo: “Siempre que hay sangre se sueltan los malos espíritus.”

Ella (con emoción rara): “No... no digan eso... no puede ser así.”

Mientras ella se retira lentamente, los soldados se increpan lentamente que no han tenido tacto con la señora. Y levantando la camilla desaparecen culpándose unos a otros.



Como puede verse por el diálogo anterior, la leyenda y el grito de la Cegua han creado una atmósfera de temor y de recelo entre los sitiados. La cámara recoge ahora rápidamente diversas escenas en las que los soldados se sobresaltan de cualquier ruido o sombra, mientras hacen guardia en la noche, o recelan de sus mismos compañeros. Muchos ojos dilatan su pupila en las sombras ante cualquier paso que se oye. Hasta el mismo Capitán Gallardo, al oír acercarse un bulto misterioso en una de las galerías del convento, se adelanta rápidamente, arma en mano, y al ver que el bulto es el General Montoya, azorado guarda el arma y lo saluda militarmente.

Entonces se oye el conocido grito de la Cegua.

Otra vez el paso del subterráneo. La lucecita que se aleja y la silueta. Luego, enfocando la cámara desde muy lejos, se ve a una mujer enlutada que sale fuera del templo por la boca del subterráneo. Al salir se la ve espiar, a uno y otro lado. Unos perros ladran desde lejos. Se sigue el paso, por las calles de Granada, de la mujer enlutada. La cámara deja por un momento de seguir a la mujer y enfoca la ventanita de un pequeño burdel de barrio, donde varias mujerzuelas se asoman y comentan en voz baja: “Ahí va la enlutada,” dice una. “Va donde Walker,” dice otra.

Imprecaciones contra ella. Luego la cámara sigue tras la mujer de negro y la sigue hasta que llega a la puerta del cuartel de Walker. También desde lejos se le ve levantarse un poco el velo y que el centinela la deja pasar.

Ahora la cámara, siempre desde alguna distancia, recorre el interior del despacho de Walker y se ve que la mujer de negro es Ña Leandra. Esta escena es toda muda. Ña Leandra le entrega un papel a Walker. Walker lo lee y se ve que llama a un oficial. Mientras se ve a Walker y a su oficial hablar la escena se disuelve.



Alcoba o lugar donde duerme la señora de Montoya en la sacristía del convento. Penumbra. Un candil. La señora de Montoya está claramente excitada. Se sienta. Mira el reloj. La cámara ve el reloj: marca las ocho de la noche. Se levanta y se pasea mientras el reloj de la torre de la iglesia da la hora. Al terminar la última campanada se abre la puerta lentamente y penetra en silencio Ña Leandra. Ella se adelanta hacia Ña Leandra (se ven las dos grandes sombras de las dos mujeres moverse en la pared por la luz oscilante del candil).

Señora: “¡Habla!”

Leandra: “Híce todo.”

Señora: “¿No te vio nadie?”

Leandra: "Nadie."

Señora: "¿Estaba él...?"

Leandra: "Sí. Le di el papel..."

Señora: "¿Y...?"

Leandra: "Escribió este recado (se lo da) y me dio este dinero para mí."

Señora: "Dame el dinero."

Leandra: "Me lo dio para mí."

Señora: "Obedece. Te lo pueden ver y no quiero huellas."

Leandra se lo entrega sumisamente. La señora de Montoya se acerca al candil y lee. La criada respetuosamente se aleja un poco y se sienta en un rincón. Al terminar de leer el papel se vuelve a su criada y dice:

Señora: "¡Leandra!"

La criada: "¿Señora?"

Señora: "¿Escribió esto de prisa?..."

La criada: "Pues... no sé..."

Lee de nuevo el papel y vuelve a exclamar: "¡Leandra!"

La criada: "¿Diga señora?"

Señora: "No, nada..." (pausa). Ella lee de nuevo el papel.

La criada: "Señora..." (lo dice con una voz que desea solícitamente no interrumpir).

Señora: (contestándole como desde otro mundo) "¿Qué...?"

La criada: "¿Ya leyó atrás?... Cuando iba a darme el papelito habló con un oficial y después agregó un recado atrás..."

Ella vuelve nerviosamente, afanosamente al papel. Lo lee rápidamente, y ya con otro tono de voz, casi con un grito se vuelve hacia su criada.

Señora: "¡Leandra!"

La criada (asustada): "¿Qué... qué sucede, mi señora?"

Señora: "¡Te vieron! ¡Te vieron, Leandra!"

La criada: "¡No señora! ¡No puede ser!"

Señora: "¡Te vieron, mujer! ¡Algo presentía! ¡Algo me decía que no confiara!"

La criada: "Pero, ¿por qué lo dice?"

Señora: "¡Mira!"

La cámara lee junto con la Ña Leandra el papel: "No quiero que uses más el subterráneo porque mañana al amanecer mandaré a destruirlo. Tengo noticias de que alguien más conoce el secreto y lo usa para llevar alimentos y auxilios a los sitiados. Quédate allí y apresura la rendición por todos los medios para que seamos otras vez juntos. W."

La criada: "No es a mí que me vieron, señora. Pero cuando iba por el subterráneo noté que había pisadas de hombre."

Señora: "¿Las viste?"

La criada: "Sí."

Señora: "Alguien lo sabe..." Se pasea con lentitud repitiendo "alguien lo sabe." Luego se detiene y con decisión fría y terminante exclama: "¡Me iré esta noche!"

La criada (con alma indígena): "¡La señora no puede irse!"

Señora: "¿Y quedarme aquí descubierta?"

La criada: "Que alguno haya estado en el subterráneo no quiere decir que nos hayan visto."

Señora: "Pero mañana estará cerrado, y quedaré aquí, ¡aquí!"

La criada: "Señora, su amor ha estado en la sombra y ahí debe mantenerlo. Si se va es como decirlo."

Señora: "¿Qué secreto voy a guardar si ya está roto? Un solo hombre que me haya visto basta, ¡uno solo!"

La criada: "¿Pensará sobre mi señor, su esposo? ¿Sabe que puede matarlo con ese golpe?"

Señora (imposible): "Muerte por muerte. ¡O muero yo aquí o él!"

La criada: "¿Y lo que va a quedar de usted sobre su hija?"

La señora, que se había adelantado hacia la puerta, se detiene como herida y exclama para sí misma: "¡Carmen!"

(La cámara sale fuera de la sacristía y se ve a Carmen que atiende a un herido en una pieza, y luego enfoca a Gallardo que pasa por el corredor y le hace una seña. Ella acude sonriente y él le dice: "¿A las once?" Ella asiente con la cabeza y él sigue adelante con tres

o cuatro soldados haciendo ronda. Ella le mira mientras se aleja).
Sigue el diálogo dentro de la sacristía.

La criada: “Por ella hablo, porque es también mi hija y me duele. Ella no puede ni sospecharlo.”

Señora (se ha sentado al borde de su cama o lecho mirando fijamente hacia el suelo): “¿Por qué habré sido madre antes del amor?” dice con un tono desesperado.

La criada: “¡Una hija es más amor que un hombre!”

Señora (levantándose colérica): “¡Cállate! ¡Qué sabes tú de esto! ¿Puedo todavía ser madre con tanto engaño dividiéndome la sangre? ¿Qué sabes de la amargura de haber encontrado la flor después del fruto?...”

La criada: “¡Hay tantas muertes como para no tener que pensar en eso!”

La señora siente una oleada de cólera, pero se detiene sobre su propio pensamiento y mirando a su criada repite: “Tantas muertes...”

La criada: “Sí, y cuando hay muchas muertes Dios anda cerca abriendo sus caminos.”

Señora (divagada, pensando para sí misma): “Tantas muertes...” Abre la puerta y sale a la oscuridad de las arcadas. Se oyen pasos que se arrastran, un bulto lento y gimiendo que avanza; es un herido que se arrastra cubierto de tierra y sangre.

“Señora, deme agua, por favor, deme agua...”

Al pronunciar estas palabras la puerta de la sacristía se abre y aparece Ña Leandra. La puerta entreabierta deja escapar luz que hace más visible al herido. Ña Leandra, que oyó la súplica del herido dice a su señora:

“Adentro hay, en la tinaja.”

La señora con una decisión imprevista corta el ofrecimiento de Ña Leandra y dice: “¡No, espera! ¡Allí no hay!”

La criada: “Yo misma la traje...”

Señora (violenta): “¡Te digo que no hay! ¡Pásale el candil al hombre!” Luego dirigiéndose al herido le señala: “Sigue por el muro hasta aquella pared, allí está el aljibe con agua. Lleva la luz

para que te alumbres.”

Na Leandra ha salido con el candil, pero advierte: “Señora, recuerde que el General prohibió bajo pena de muerte pasar con luz frente al muro.”

Señora: “¿No oíste que ahora la artillería tira sobre el lado sur? ¿Cómo va a ir en tinieblas este pobre hombre?” Y al soldado le dice: “¡Anda, lleva cuidado!”

Sale el soldado herido y se ve alejarse la luz poco a poco. A medida que el soldado se aleja se ve también el rostro de la señora que lo sigue con la mirada; y sin despegar la vista del que se aleja dice a su criada: “Leandra, puedes retirarte ya.”

La criada se retira diciendo: “Buenas noches.”

La señora no contesta, pendiente de la marcha del soldado. La lucecita sobre el muro se ve ya bastante lejana en la oscuridad casi total del convento. De pronto suena lejano un cañonazo, se oye el silbido de la bala y luego el golpe del estallido y su fogonazo sobre el lugar donde se veía la pequeña luz del herido.

La señora tiene un momento de conmoción interna que se refleja en sus ojos. Da unos pasos hacia atrás y mira asustada hacia el lugar del crimen. Pausa.

El sargento de la escena de los camilleros se acerca lleno de nervios y aflicción, su ropa destrozada de tal modo que lleva el pecho desnudo entre guñapos de camisa.

La señora de Montoya al sentirlo venir se ha retirado hacia atrás, dos o tres pasos, hasta pegarse contra la pared de la sacristía, como si temiera algo.

Ella (con los ojos muy abiertos y la voz anhelante): “¿Quién eres tú?”

Sargento: “No hace mucho pasé con el herido”

Ella: “¡No! ¡El herido iba solo!”

Sargento: “¿Cómo solo? ¡Lo llevábamos en la camilla!”

Ella: “¡Ah... ya recuerdo!”

Sargento: “¡Pobre señora!... Y ahora sin agua. ¡Mire cómo vengo! Le dieron al aljibe y me empapé”

Ella: “¿Agua?”



Sargento: "Sí, de agua..."

Se abre la puerta y aparece Carmen curiosa. Al abrirse la puerta baña de luz al soldado que en ese momento ve que está lleno no de agua, sino de sangre. Y lleno de un terror supersticioso exclama: "¡Sangre! ¡El agua se hizo sangre! ¡Es la Cegua, señora!" y se va como loco.

Quedan Carmen y su madre a solas. La madre por un momento titubea en dirigir la mirada hacia su hija. Pero lo hace turbada, y, al verla, la quita rápidamente y su rostro toma una expresión sombría. Demudada se aleja por el pasillo. Carmen la mira sin entender desde la puerta. Le pregunta: "Mamá, ¿qué tienes?..."

Pero ella se aleja en silencio.



La señora de Montoya cruza en la oscuridad la galería de uno de los claustros del convento, mientras el reloj de la torre da nueve campanadas.

Se encuentra con el General Altolaquirre. Él se le acerca y la reconoce en la penumbra. La saluda. Luego se aleja. Pero ella, movida por un pensamiento repentino, se vuelve hacia él y lo llama:

"Coronel Altolaquirre, una pregunta."

Coronel: "Diga usted, señora."

Ella: "¿Por qué esta resistencia si estamos perdidos?"

Coronel: "Por la Patria, señora."

Ella: "¿La Patria? ¿Qué es la Patria? ¡La Patria somos nosotros!"

Coronel: "¿Qué quiere usted decirme con eso, señora?"

Ella: "No, nada... es que puede haber Patria sin tanta muerte."

Coronel: "Pero señora, este es nuestro último reducto..."

Ella: "Nuestro último engaño dirá usted."

Coronel: "¿Engaño?"

Ella: "San Francisco es un baluarte del Partido Legitimista y se resiste para dar prestigio a este partido."

Coronel (sonriendo): "¡Oh! Ya veo su ardid, señora. Me dice eso para probarme porque soy del Partido Democrático."

Ella: “Se lo digo porque soy patriota.” Y agrega en voz más baja e insinuante: “Coronel Altolaquirre: ¿puede guardarme como caballero un secreto?”

Coronel: “¡Por mi honor, señora!”

Ella: “No lo repita porque va mi felicidad conyugal en ello. Tal vez no deba hablar, pero como patriota me duele esta matanza inútil. Las fuerzas democráticas han mandado pedir en secreto que nos retiremos para que se junten todas las fuerzas. Pero los legitimistas se negaron.”

El Coronel escucha atónito, la mira profundamente y se aleja cabizbajo lentamente.

La señora va a emprender de nuevo su camino por el pasillo, cuando nota que Ña Leandra está sentada en una grada, silenciosa.

Señora: “¿Qué haces aquí?”

La criada: “Eso es feo, señora. ¡Yo sé que no es cierto lo que ha dicho!”

Señora (fríamente): “Yo también.”

Disolvenca.



En las sombras. El General Montoya está con Gallardo terminando de ver el destrozo del cañonazo en el aljibe del convento. La tierra encharcada. El cadáver de un hombre por el suelo.

El General (retirándose con Gallardo): “Estas no son cosas de ceguas. Aquí hay un traidor. Son demasiadas coincidencias...”

Ambos caminan hacia la sacristía. Se les acercan el General Altolaquirre con don Jerónimo y el sargento, todavía roto de sus vestidos y manchado de sangre.

“Estos dos hacían guardia cerca del aljibe,” dice Altolaquirre después de un seco saludo militar.

Se encaminan unos pasos hacia la sacristía y en las arcadas que están frente a la puerta de la sacristía, el General Montoya y el resto se detienen formando grupo. Ellos aseguran que vieron venir una luz.



“¿Está seguro?” inquiera Montoya.

“Lo juro, por lo más sagrado,” contesta el sargento.

Otro tanto asegura don Jerónimo. Llega en ese momento, abriendo la puerta de la sacristía, la esposa de Montoya.

“Oímos el grito de la Cegua,” agregan los soldados.

Montoya los escucha, pero sin aparentar darles crédito los despacha a sus puestos.

Luego dice a Altolaquirre: “Estos soldados tienen razón. Yo le confieso que también he oído el grito de la Cegua. Algo tiene que ver este grito extraño con esta traición...”

Interviene su esposa: “Fernando, ¡me parece ridículo que creas eso! ¡Cuántos lamentos de heridos, más terribles que el grito de la Cegua, escuchamos noche a noche!”

Montoya la mira y se turba un poco: “Yo puedo estar equivocado,” dice, “pero yo creo que hay algo...”

El General Altolaquirre interviene: “Haya o no haya Cegua el problema es que estamos sin agua y ya no podemos resistir más.”

Montoya contesta: “Con o sin agua, General Altolaquirre, San Francisco no puede rendirse.”

Altolaquirre (un poco violento): “¡Eso es obcecación, General Montoya!”

Montoya: “¡Lo que no es obcecación en este momento parece cobardía!”

Altolaquirre (subiendo la voz): “¡General Montoya, usted me ofende!”

Montoya: “No ofendo. Trato solamente de que como militar no falle cuando la Patria más lo requiere.”

Altolaquirre (con reticencia): “Es que comienzo a dudar de que sea la Patria y no su partido el que le esté inspirando su obstinada determinación.”

Montoya (violento, acercándosele): “¿Quiere decir que usted quiere rendirse?”

Surge en ese instante, como brotado de las sombras, el Padre Francisco, y su autoridad y su figura se imponen desde el primer momento. Con voz cortante y vigorosa, pero dulce, dice: “¿Quién

habla aquí de rendirse?”

Se turban un poco los dos generales y Altolaquíre contesta: “No hablábamos de rendición, sino de romper el cerco y retirarnos a juntarnos con las fuerzas nicaragüenses...”

Pero acota el Padre: “San Francisco no se rinde, ni se desocupa ni claudica. Las fuerzas nicaragüenses vienen ya sobre Granada.”

Se iluminan los rostros de todos. La señora de Montoya, por el contrario, empalidece. Antes de que puedan formular los generales otra pregunta, el Padre se retira y se pierde en las sombras.



La cámara abandona San Francisco y toma escenas rápidas, entre sombras, del avance de tropas nicaragüenses ocupando posiciones para tomar Granada.

Luego enfoca el cuartel de Walker. Oficiales filibusteros entran apresuradamente. En el interior, Henningsen avisa a Walker que las tropas nicaragüenses están cercando Granada. Órdenes. Movimiento de oficiales. *Disolvencia.*



Interior de la sacristía. La señora de Montoya está sentada al borde de su lecho, sumida en sí misma. Se abre la puerta y entra el General Montoya. Ella se inquieta un poco y disimula. Él se quita la chaqueta en un rincón y le dice: “Dame agua, tengo sed.”

Ella le mira sombríamente, mientras él despreocupado busca entre su ropa una chaqueta gruesa de abrigo para la noche. Entre tanto, con rapidez su señora se ha adelantado a una mesita donde está la tinaja con agua. Al tomar el vaso para llenarlo se ve el reloj que marca las diez de la noche. Se observa un movimiento misterioso de la mano de ella, como que pone algo en el agua. Le da el agua. Mientras él la bebe despaciosamente, el reloj de la torre da diez campanadas.

El General Montoya le devuelve el vaso y comenta: “Esta noche acabaremos con la Cegua. Ya he tomado todas las medidas.” Luego, cayendo en la cuenta del sabor del agua que acaba de beber y haciendo una expresión con la boca, agrega: “¡Mal sabor tiene esta agua!” Se adelanta hasta la puerta, la abre y dice: “La sentí amarga.” *Disolvencia.*



Gallardo recostado junto al muro que rodea todo el convento. Tiene la noche al fondo y, muy lejos, la ciudad dormida. Está esperando, y al ver acercarse un bulto le silba suavemente. Carmen se acerca, se oprimen las manos en silencio. Ella se sienta en el borde del muro, mientras él queda de pie a su lado.

Carmen mira la lejanía y exclama: “¡Qué noche!” Pero añade: “Mira mi mano; dice Leandra que todas sus líneas están cortadas. Ni una estrella... como esta noche.”

Gallardo: “Entre tu madre y esa vieja india te están entristeciendo la vida. Si están cortadas las líneas de tu mano, ¡mejor! Inventaremos nuestro destino.”

Carmen (sonriendo, mirándose la palma de la mano y luego ofreciéndosela): “¡Dibújame la primera línea! ¡Tú eres el único que puede!”

Gallardo toma la mano de Carmen, enciende un cerillo y como en un juego misterioso se ve su dedo señalando las líneas de la palma de la mano de ella, mientras le dice: “Esta primera, la más corta, la dejamos así para que sea la línea de la guerra. Esta otra... ¡verdaderamente tu mano es una anarquía!”

Carmen: “¿Lo ves?”

Gallardo: “Así debe ser. Un buen amor es nuevo cada día.” Se le apaga el cerillo.

Interrumpe este diálogo un soldado que se acerca y con respeto le hace una seña a Gallardo de que quiere hablarle. Éste da dos o tres pasos, alejándose de Carmen, y escucha del soldado algunas

frases que le dice al oído. Gallardo asiente varias veces con la cabeza. Luego se regresa donde Carmen mientras el soldado se larga.

Gallardo (apretando apasionadamente la mano de Carmen):
“Espérame un momento. Ya vuelvo. No tardo.”

Disolvenca.



Arcadas frente a la puerta de la sacristía. Fray Francisco está con los brazos cruzados, en silencio, mirando lejanamente, recostado un poco en una de las columnas. Se abre la puerta y aparece la señora de Montoya.

La señora se detiene un momento al observar al Padre y luego, como en saludo, pregunta: “Padre Francisco, ¿en qué piensa?”

El Padre la queda viendo en silencio. Mientras tanto la cámara se aleja un poco y enfoca a Carmen que abandona el sitio en que estuvo con Gallardo y se viene acercando en silencio.

El Padre ha bajado su vista hacia los pies de la señora de Montoya y con una voz extraña le dice: “Pensaba, señora, en que tiene usted su zapatilla sin tacón.”

La señora (mirando instintivamente su pie y con una sonrisa nerviosa): “¡Qué ojo tiene usted, Padre Francisco!”

El Padre saca de la manga de su hábito el tacón y lo tira al suelo, a los pies de ella: “Un calzado tan fino no resiste la carrera de una Cegua.”

La señora (abriendo los ojos casi desorbitados), mira el tacón y con un grito ahogado dice: “¡Padre Francisco! ¿Qué quiere decirme?”

Rápidamente, mientras el Padre Francisco va a contestar, la cámara enfoca a Carmen que sigue avanzando entre la penumbra ya muy cerca del fraile y de su madre. De forma que la frase del fraile, en voz cortante, también es escuchada por Carmen:

“Que una simple zapatilla puede traicionar a una traidora.”

Se ve el rostro extrañado de Carmen, quien se detiene ocultándose tras una de las columnas, poniendo atención al diálogo de su madre y el fraile.

La señora (procurando darle a sus palabras un aire de inocencia): “¡No lo entiendo, Padre! ¡No sé qué insinúa!... Pero me parece que está olvidando que trata con una dama.”

El fraile: “...Con la dama ‘enlutada,’ que es el escándalo del pueblo en la ciudad. Con la dama ‘Cegua,’ que es el espanto y la traición de San Francisco. Bien sabe que hay un subterráneo oscuro, tan oscuro como el adulterio. En ese subterráneo he encontrado el tacón de su zapato.”

(Rostro de Carmen que comienza a entender. Rostro de la señora de Montoya que con una mirada brillante y exaltada parece que va a hablar. Rostro del sacerdote, inquisitivo.)

La señora (hablando con la exaltación de quien está acorralada): “Usted usa el subterráneo y le parece muy lógico decir que le da un uso santo. ¿Por qué si yo lo uso ha de ser para la maldad? ¿Con quién me confunde? ¿Olvida quién soy, Padre Francisco?”

(La última frase se oye fuera de foco, mientras se ve de nuevo el rostro de Carmen, en cuyos ojos parece abrirse ansiosamente una esperanza.)

El fraile: “¡Mujer, ya basta! ¡Basta de farsa! ¡Arráncate la máscara de la Cegua que ya para nada te sirve! Yo como sacerdote no busco tu condenación, sino tu arrepentimiento... ¡si no fuera así, mi acusación la estaría haciendo ante un Consejo de Guerra!... Con tal de cerrar la puerta de tu pecado, yo mismo hice correr el rumor de que usaba el subterráneo para que Walker lo destruyera.”

La señora (irguiéndose indignada): “¿Usted?”

El fraile: “Sí, yo.”

La señora (con una risa fiera y delirante): “¡Ah! ¡Una trampa para enjaular al pajarito!” Y agrega (ofensiva y bruscamente): “¿Quién pone puertas al corazón?”

El fraile: “Yo sólo pongo puertas a la traición. Con la destrucción del subterráneo se acabará la Cegua. Quien debe ponerle puertas al corazón eres tú misma.”

La señora (con risa salvaje): “¿Quién? ¿yo?”

El fraile: “¿Quién si no tú, mujer ciega? ¿No piensas en tu hija

inocente sobre quien recaerá la afrenta?”

La señora apaga instantáneamente su desesperada risa y abre los ojos sin poder decir palabra, en una expresión brutal de remordimiento.

El fraile: “¡Será la hija de la adúltera y de la traidora! ¡La mala sangre!”

La cámara enfoca el rostro de Carmen en la plenitud de su amargura, mientras se oyen, fuera de foco, las palabras casi histéricas de su madre que grita:

“¡No! ¡No lo sabrá! ¡No lo sabrá nunca! ¡Me iré de aquí!”

Enfoca de nuevo la cámara a la señora de Montoya que intenta retirarse, con el rostro descompuesto, y a Fray Francisco que da unos pasos como intentando detenerla:

“No sueñes, ¡no sueñes, mujer! ¡no te ciegues! ¡no puedes separarte de tu propia sangre que es tu hija!”

La señora (violenta y enloquecida): “¡No detenga a la Cegua, que ya bastante sangre cuesta!”

Entra a la sacristía dando un portazo. El fraile mueve la cabeza y exclama en voz baja: “¡Que el cielo se apiade de tu infierno!” Luego cabizbajo se aleja lentamente.

La cámara enfoca a Carmen, quien con el rostro entre las manos se inclina contra la columna del claustro, temblando su cuerpo por el llanto. Mientras ella llora, silenciosa y convulsivamente, el reloj de la torre da once lentas, trágicas campanadas.



Al dar la última campanada, Gallardo —que pasa hacia su cita— ve a Carmen junto a la columna. Ella, que le oye venir, trata de disimular su estado de ánimo, se enjuga las lágrimas y procura no mirar de frente a Gallardo.

Gallardo: “¿Estás sola?”

Carmen: “Sí.”

Gallardo: “¿Y el Padre Francisco?”

Carmen: "Se fue."

Gallardo: "¿Y tu madre?"

Carmen: "Ya se ha ido..." (ahoga un sollozo).

Gallardo: "¿Qué tienes, Carmen?"

Carmen no contesta. Llora.

Gallardo, acercándose y tomándole el rostro entre sus manos: "¿Estás enferma?" Toca sus manos. "¿Estás con fiebre, mujer? ¡No debías haberme esperado! ¿Por qué te quedaste aquí sintiéndote mal?"

Carmen (como en un sueño): "...¿Por qué me quedé aquí?..." Se reclina sobre su hombro destrozada.

Gallardo: "Perdóname si te hice esperar... Me tardé un poco más porque encontramos algo interesantísimo sobre el asunto de la Cegua..."

Carmen (como herida por un rayo): "¿Qué?"

Gallardo: "Encontramos un largo subterráneo que probablemente sale a las líneas enemigas. Es el que usa la Cegua para comunicarse con Walker, pero lo tenemos en secreto. Entre las doce y la una, cuando se oiga su grito, le armaremos una emboscada."

Carmen (ansiosamente): "¿La matarán?"

Gallardo: "Sí, así pagará sus crímenes."

Carmen (dando un grito ahogado): "¡Manuel!" Hunde su rostro en el pecho del Capitán Gallardo y llora convulsivamente.

Gallardo sacudiéndola con ternura y buscando sus ojos: "¡Carmen! Pero, ¿qué es lo que te pasa? ¿por qué lloras?"

Carmen (enjugándose los ojos y con voz opaca): "Nada."

Gallardo (un poco desconcertado vuelve a tomarle el rostro entre sus manos y con dulzura le dice): "Carmen, estás enferma... mejor descansa." La lleva abrazada hacia la puerta, y tiernamente le dice: "Yo estaré aquí cerca..."

La besa largamente. Luego va a retirarse, pero Carmen, que ya había hecho el impulso de abrir la puerta de la sacristía, se vuelve a él: "Manuel..."

Gallardo se vuelve a ella con los ojos interrogantes.

Carmen: "...No dispares tú sobre la Cegua."

Gallardo: "¿Por qué piensas en eso, Carmen?"

Carmen (con desmayada y misteriosa voz): "Sólo eso te pido."

Gallardo: "Si tú no quieres, jeso basta!"

Y antes que Gallardo pueda formular una nueva pregunta, ella entra por la puerta que se cierra suavemente. La cámara queda unos instantes ante la puerta cerrada. *Disolvenca.*



Espadaña o torre de San Francisco. Los dos generales, Altolaguirre y Montoya, están observando la lejanía nocturna desde lo alto.

Montoya mira ansiosamente con su antejo y dice: "Allá veo unos fuegos; deben ser los nuestros que ya se acercan."

Le pasa el antejo a Altolaguirre y, mientras el otro está viendo, Montoya se pasa la mano por los ojos, como si ha sentido un mareo, y dice a media voz: "Me siento mal, General Altolaguirre."

Altolaguirre, sin prestar atención a esas palabras, mira con el antejo y con entusiasmo dice: "¡Ellos son, General, ellos son! ¡Nos hacen las señales convenidas!"

Luego mira al General Montoya y advierte que éste se tambalea exclamando de nuevo: "¡Me siento mal!"

Altolaguirre intenta sostenerlo mientras le pregunta ansiosamente qué es lo que le sucede, pero el General Montoya cae desplomado sobre las primeras gradas y se ve al Padre Francisco que sube lentamente, pero que, al ver que algo anormal sucede arriba, acelera su paso. Reconociendo a Montoya se arrodilla a su lado.

Padre: "General, ¿qué le pasa?"

Montoya: "Me muero, Padre."

Padre (interrogando de nuevo): "¿Qué le pasa?"

Montoya: "Creo que es la peste..." Luego, con una sonrisa desfigurada por la agonía, agrega: "Mis soldados van a decir que es la Cegua..."

El Padre titubea un momento, pero le dice al oído: "Sí... es la

peste, General.”

El General Montoya hace un esfuerzo por hablar y con la frases entrecortadas dice al Padre y a Altolaquirre: “Que no se rinda San Francisco... Ya vienen a libertarnos...”

Se ve la mano del Padre dándole la absolución: *Ego te absolvo in nomine Patris...* Antes de que se borre del todo la mano del Padre, aparece en las afueras de la ciudad el ejército nicaraguense irrumpiendo sobre las líneas enemigas y abriéndose paso hacia las primeras casas de Granada.



Después de la escena la cámara se traslada a uno de los patios del convento, en el lugar donde está un pelotón de soldados apostados en silencio. Se oye la voz de Gallardo en la oscuridad que dice: “Ya saben, fuego al primer bulto que vean.”

Fotografías de los rostros de los diversos soldados en acecho, con sus fusiles listos. Miradas. Parlamentos en voz baja de unos a otros. Don Jerónimo está entre ellos y los calla. Entre los susurros de unos y otros se oye constantemente la palabra “Cegua.”

De nuevo se oye la voz de Gallardo en la oscuridad: “¿Han visto algo?”

Los soldados contestan: “¡Nada, Capitán!”

Gallardo agrega: “No pierdan de vista la entrada del subterráneo.”

La cámara hace ver la entrada del subterráneo que está al fondo del gran patio, tras un muro.

Otra voz: “¡Ya es la media noche!”

Otro que calla: “¡Ssssh!”

Gallardo: “¿Oyen algo?”

Don Jerónimo: “¡Nada, Capitán!”

En medio del silencio y de la tensión nerviosa de todo el grupo, se oyen lentas y profundas las doce campanadas del reloj de la torre. Cada toque va acompañado de una vista distinta de rostros de soldados presas de la más viva ansiedad. Centinelas en las

torres y en lo alto de los muros, todos con igual tensión escuchando la señal de la medianoche. Vuelve a verse de nuevo al pelotón que comanda Gallardo, apuntando todos en el más solemne silencio hacia la boca del subterráneo casi invisible al fondo.

De pronto rasga la noche un grito terrible.

Todos apuntan y esperan. Se ven los fusiles brillando siniestramente en la oscuridad, y una sombra rápida que cruza por el patio, hacia el subterráneo. En el mismo instante suena una descarga cerrada.

Al desvanecerse el humo de los disparos se mira un bulto caído.

Lentamente y venciendo el temor supersticioso, con sus fusiles siempre apuntando, don Jerónimo y tres soldados avanzan hacia el bulto. Se acercan. Se inclinan. Se miran unos a otros. Don Jerónimo alza el cuerpo ayudado por los otros tres.

Mientras ellos regresan con su carga, se ve a Gallardo que ya tiene un candil encendido en su mano y que se adelanta varios pasos para ver.

Las llamas del candil iluminan un cuerpo de mujer con traje negro. Gallardo acerca la luz y se ve, en vez de un rostro, la máscara espantosa de la Cegua. Gallardo, espectacularmente, levanta la máscara, pero la máscara está colocada en la parte trasera de la cabeza y sólo se ve la cabellera negra de la muerta.

Los soldados en silencio, mirándose unos a otros con más tensión aún, dan vuelta al cadáver. El capitán ilumina el rostro.

Es Carmen.

Loco de angustia, dejando caer el candil, la toma en sus brazos y la estrecha contra sí.

“¡Carmen! ¡Carmen!... ¿qué es esto Dios mío?”

Murmulló entre los soldados que se quedan petrificados. Gallardo está de rodillas, sosteniendo el cuerpo inerte, bañado en sangre de Carmen. La cámara recoge la expresión de indecible dolor del rostro de Gallardo, y luego baja recorriendo el rostro de Carmen hasta su mano que ha caído exánime sobre la tierra junto al candil que abandonó Gallardo. La luz del candil ilumina la

mano de Gallardo que toma la mano caída de Carmen. Cuando la levanta se ve su palma en *close-up* con los detalles de sus líneas como se ha visto ya en una escena anterior. Se oye entretanto, fuera de foco, la voz del Padre Francisco que acaba de llegar y que pregunta:

“Capitán, ¿cómo ha sido esto?”

El Padre Francisco se inclina y Gallardo con desesperación en la voz, le contesta: “No sé Padre, ¡no sé! ¡yo mismo la he matado!”

El Padre Francisco toma la mano de Carmen y mirándola exclama: “¡Alma inocente!”

Luego cambiando bruscamente de tono, pregunta: “Capitán, cuando yo me quedé con su madre, ¿dónde estaba Carmen?”

Gallardo: “No sé, Padre. Tuve que venirme y cuando regresé lloraba. Me pidió que no disparara sobre la Cegua.”

El Padre: “Criatura buena... ¡has querido cargar sobre ti el crimen que no es tuyo! ¡Dios te reciba en sus brazos y acepte tu sacrificio!” (mientras dice la última frase la bendice).

Gallardo: “¿Qué quiere decir, Padre?” En su mano tiene la máscara de la Cegua, y mostrándosela al Padre, repite: “¿Qué quiere decir?”

El Padre: “No la has matado tú, Manuel. Ella ya había muerto antes. Su vida se fue ‘cuando lloraba.’”

En ese momento se abre una cercana puerta lateral y una persona que no ha acabado de salir, dice en voz muy baja: “Quédate aquí y da el grito.”

Fray Francisco se levanta y rápidamente se adelanta a la puerta en el momento que sale de ella la señora de Montoya.

Padre Francisco: “¡No, el grito lo darás tú!” Y señalando hacia Carmen agrega: “¡Mira tu obra!”

La señora de Montoya que lleva su rostro cubierto por un velo negro lo descubre, y da unos pasos hacia adelante, aunque Ña Leandra se ha adelantado con más presteza. La señora ve el rostro de su hija que Gallardo acaba de reclinar sobre el suelo. Gallardo se pone de pie y sigue esta escena expectante y confuso.

Una mueca de espanto y un estremecimiento terrible descomponen el rostro de la señora de Montoya, que lleva su mano crispada a la boca y como mordiendo su propia culpa grita en un sollozo:

“¡Carmen!”

Ña Leandra que ha caído de rodillas estrecha el rostro de la muerta contra su pecho y mirando con un fulgor siniestro a su ama, le dice, con voz que va escalando la más alta cólera:

“¡Asesina!... ¡Asesina!... ¡Maldita!...”

La señora de Montoya se hace hacia atrás como herida por aquella voz dura y filosa. Pero luego, queriéndose inclinar hacia su hija, movida por su propia pena, dice con dulzura:

“Déjame besarla, ¡déjame! ¡era mi hija!...”

Ña Leandra: “¡No!”

La señora (queriendo imponerse): “¡Leandra, soy su madre!”

Leandra: “¡Era su madre!” (y estrecha el cadáver de Carmen con mayor ternura contra su pecho).

La madre se ha ido retirando poco a poco, como si fuera lentamente tomando conciencia de su crimen al oír y ver la expresión terrible de su criada. Exclama para sí, con desesperación: “Era su madre, ¡era!... ¡ahora soy la Cegua!”

El Padre, al verla retirarse con esa expresión trágica y casi demoníaca, le dice: “¡No desesperes mujer, no cometas tu último crimen!”

La señora de Montoya avanza hacia el subterráneo con el rostro hacia el cielo y la mano crispada como una blasfemia.

El Padre le grita: “¡No huyas, mujer! ¡El subterráneo está minado por Walker! ¡Vas a la muerte!”

Ella contesta con el horrendo grito de la Cegua que se pierde, cada vez más lejano y más lúgubre, en las profundidades de la tierra. Los soldados hacen el intento de correr hacia el subterráneo tras ella, pero el Padre se interpone y con un gesto los detiene, mientras dice: “Ella misma ha buscado su castigo.” Después de una breve pausa se escucha y se ve la tremenda explosión del subterráneo que hace temblar las piedras de San Francisco.



Todavía no ha terminado el eco de la explosión y el reflejo del fogonazo cuando se ve la misma escena del comienzo y a don Jerónimo en su tranquilo rancho de México. Su auditorio aparece ahora en el colmo de la excitación, muy agrupado a su alrededor y pendiente de su palabra. Don Jerónimo, al abrirse la escena, está mostrando el tacón de la Cegua en una mano y la máscara de la Cegua en la otra.

Uno de los oyentes rompe el silencio y pregunta: “¿Y por fin, usted logró matar a Walker?”

Don Jerónimo: “No... Walker salió huyendo... ¡pero yo luché por la libertad de un pueblo!”

Su palabra se pierde en una escena rápida y transparente de los ejércitos nicaragüenses entrando victoriosos en Granada entre banderas y vítores.

FIN

Johana Mostega
—La Ciudad y el Río—

POEMA CORAL

*En memoria de Mathías Goeritz:
el soñador de la Ciudad Nueva.*

VOZ DEL AUTOR A la primera ciudad de los segovianos, la misteriosa Johana Mostega, en las riberas del río Yare o Coco, la ciudad sumergida hace siglos, donde todavía llegan las sirenas a lavar en agua dulce la amargura de todo canto.



PRELUDIO DE LOS PÁJAROS

CORO Ío, ío, ío

VOZ Han llegado los pájaros
que humedecen los labios de la aurora.

CORO Chío, chío, chío

VOZ Las aves que sostienen los aires de la fábula
revolotean sobre el alboroto de los remos
y las velas.

MEDIO CORO Buscan una ciudad
Buscan un rostro.

CORO Trío, trío, tron

MEDIO CORO Las aves que transportan las leyendas
revolotean sobre el Yare
ebrio de Alisios.

VOZ “¡Evélpides! ¡Indícanos una ciudad pacífica
donde pueda el sueño encontrar su nido
y el canto, libertad!”

CORO Ío, ío, ío
¡Venid, venid, venid!

VOZ Son los pájaros que vuelan donde vuela el amor.

CORO Buscan ansiosos en las aguas maternas
un rostro de mujer.

VOZ DE UN PÁJARO

No Semíramis, ni su augusto terror,
la que amó el odio
y con sus dulces recuerdos construyó sepulturas.

OTRO PÁJARO No Judith, en las tinieblas, alumbrando
con la cabeza de Holofernes
la libertad judía.

OTRO PÁJARO No Herodías, “inviolable a los leones,
la que cosechó granadas en su noche pérfida.”

OTRO PÁJARO No Nefertiti y la sutil
tiranía de su cuello
al borde de la tos.

OTRO PÁJARO No la Borgia incestuosa
delicada
y tigre.

CORO DE LOS PÁJAROS

Solamente una mujer
cuyo rostro se miró en el río
Una muchacha
que lleva el tiempo
en la cintura
como un ánfora.

LA FUNDACIÓN

- VOZ 1 El conquistador con la espada rota
trazó en la tierra
la vasta línea de la plaza.
- VOZ 2 Aquí el templo y sus campanas
- VOZ 3 Aquí el cuartel y su pólvora
- VOZ 1 Aquí el cabildo
- VOZ 2 Aquí el mercado
- VOZ 3 Debía la ciudad poblarse
entre la memoria y el olvido
- VOZ 2 Entre la palabra y el pan.
- CORO Pero no era ciudad
- VOZ 1 ...Sólo silencio
- VOZ 2 Los mineros de Segovia
daban golpes bajo tierra
buscando una aurora sórdida.
- CORO Hasta que abrió su ventana una muchacha
- VOZ 3 Fue la ciudad herida
por el ministerio de un rostro en la ventana:
- VOZ 2 La inagotable intimidad, adentro
- VOZ 3 La irresistible lejanía afuera.
- CORO Se llamaba Johana
- VOZ 1 La Johana Mostega
- VOZ 2 ¡No se dio mestiza en Indias como ella!
- VOZ 3 Entonces se debatió el corazón de la ciudad
entre el Oro y la Belleza.

- VOZ 1 Y dudosos los mineros
bebieron los vinos dormidos en los sótanos
y la belleza y el vino engendraron la danza.
- VOZ 2 El pie en el aire
- VOZ 3 El poema en los ojos
- VOZ 1 Y comenzaron los cantos
- VOZ 2 Y navegaron los cantadores
a los mercados del sur
a comprar vihuelas y guitarras.
- VOZ 3 ¿Será la historia o la leyenda,
o será el poema quien alumbre
ese poder de la forma?
- VOZ 1 ¿El reino de una mirada...
- VOZ 2 ...o la noche guardiana de su torso?
- VOZ 3 Las santas del retablo
miraban con los ojos de Johana
y sonreían con sus labios
- VOZ 1 Y los buhoneros que entraban a la ciudad
/con mercancías
colocaban sus fardos en el suelo
miraban a Johana
cargaban otra vez sus cargas
y aliviados, partían...



LA GUERRA

VOZ 1 Pero la otra ciudad, la antagónica,
era de mercaderes.

VOZ EN CANTO LLANO

*Una manu sua
faciebat opes
et altera tenebat gladium*

VOZ 2 Llegaban por el río a vendernos telas
o a hacernos la guerra.

VOZ 1 En sus cantos cantaban :
“Conduce tu carro
y tu arado
sobre los huesos de los muertos.”

VOZ 2 Entonces éramos conocidos como artífices
pero nos tenían por fatuos:

VOZ 1 El país del dulce encanto
donde un pájaro
se transformaba, a veces, en excremento.

Sonido de campanas

VOZ FUERTE ¡Cuando sonaron a rebato las campanas!

VOZ 2 Mi padre guardó entonces la pica
y se fajó la espada:
“reinarán otros dioses,” dijo
con tristeza, mirando al norte la curva
del gran río: como cisnes
descendían
jabeques y fragatas.

CORO Según las leyes de la guerra
la ciudad estaba destinada a la destrucción.

- VOZ 1 Pero se citaron los caudillos
como en el florido prado de Escamandro
- VOZ 2 Eran pastores de hombres
y ordenaron al pueblo en cuadros de batalla
- VOZ 1 Me duele recordar la fecha ya en cenizas.
El incendio alumbró la batalla
y yo, el soldado,
rescaté a Johana entre las llamas.
No sabía que llevaba entre mis brazos
la ciudad futura
y ya no recuerdo si soy un fatigado dios antiguo
que colocó su carga en la ribera
como en la página de alguna mitología,
o Gil de Soto, segoviano
de quien no habla la historia
pero hablará la poesía.

LA CIUDAD FUTURA

- VOZ 1 En verano
el río deja ver sus piedras
íntimas y áridas.
- VOZ 2 Así también tus olvidos
¡oh memoria!
- VOZ 1 ¡Vimos tantas sepulturas
que guardaban silencio!
- VOZ 2 Nombres
que cubrió la tierra.
- VOZ 1 ¡Cruces
que la primavera convertía en árboles!
- CORO En el retorno
la ciudad pisaba sus ruinas
como un rey su túnica.
- VOZ 1 Devoraba el corazón de los mineros
más que el fuego, otra vez el oro:
- VOZ 2 Aquellos pasados galeones navegando
debajo de la línea de flotación
como alcatraces ahitos de peces.
- VOZ 1 ¡Sus oscuras bodegas repletas
del afán y los sueños de la ciudad vencida!
- CORO ¡Levantaremos un muro impenetrable!
- VOZ 1 Cenicientos entre los escombros
estaban allí los fundidores
con las cicatrices del fuego y su estandarte
del Santo Patrono San Eloy.
- VOZ 2 Y estaban los espaderos y lanceros
bajo la protección de Santa Eulalia

- VOZ 1 Y estaban los barqueros y pescadores
con el estandarte de San Pedro
- VOZ 2 Y los alpargateros y zapateros
con el estandarte de su patrono San Marcos
- VOZ 3 Y los hortaleros y labradores
con el estandarte de su padrino
San Isidro el labrador
- VOZ 1 Y los carpinteros con el estandarte
de su patrono San José
- VOZ 2 Y los picapedreros y albañiles
con la bandera del patrono San Macario
- VOZ 1 Y el barbero locuaz y el sastre
- VOZ 2 Y el tejedor de redes,
y el pregonero de difuntos
- VOZ 3 Todos firmaban con una cruz en igualdad
y se decían anteriores a los señores
y en mayor número
y por eso con mayor razón.
- VOZ 1 Y unos decían:
¡Levantaremos un muro impenetrable!
- VOZ 2 Y otros replicaban:
El infierno es un paraíso amurallado.
- VOZ 3 Y unos decían:
La igualdad es un muro impenetrable.
- VOZ 1 Y otros replicaban:
En el reverso de las utopías
se oculta siempre la esclavitud.
- VOZ 2 Hasta que levantó su mano como paloma
Johana, la Mostega.

- CORO ¡Ah! si despertara Astochinal, el cacique,
aquel que dijo:
“¡La civilización es el maíz no el oro!”
- VOZ 1 Vería ahora “construir la ciudad de Dioce
cuyas terrazas son del color de las estrellas”
- VOZ 2 La ciudad levantada al silbo
de una pastora de ojos dorados.
- VOZ 3 De ella dijeron los navegantes:
“Han hecho de piedra el sueño”
- VOZ 1 Y los cronistas escribieron:
“Sus moradores parecían en la abundancia iguales,
y en la pobreza hermanos”
- VOZ 2 Porque escogieron la belleza
cuya luz congrega.
- VOZ 3 Pero no es la ciudad utópica de Moro
- VOZ 1 Es otra cosa
- VOZ 2 No es la *Atlántida* de Bacon
- VOZ 1 Es otra cosa
- VOZ 3 No es la *Civita Solis* de Campanella
- VOZ 1 Es otra cosa
- VOZ 2 No es la ciudad del sueño
que cantó Li Tai Po
- VOZ 1 Es otra cosa
- CORO América es otra cosa.
- VOZ 2 El despertar de Adán
junto al despertar de Eva.
- CORO La ciudad
circundada por el río

VOZ 1 Adán la piedra

VOZ 2 Y Eva el río que fluye
desde sus cabellos incesantes
hasta el delta inquieto del pie
que nunca cesa.

MEDIO CORO ¡Ah! ¡Si despertara Johana,
la que nunca alzó la voz!

MEDIO CORO La que escribió en el muro:
¡La belleza es inútil
y pura!

Largo silencio.

VOZ 1 ¡Ay!... Pero escucha. ¡Escucha!
¿Por qué gritan los pájaros?

VOZ 2 ¡Ay! ¡Escucha!
¿Por quién preguntan los caminos?

VOZ 1 ¡Navegante del Yare!
¿Dónde se esconde
la ciudad de las blancas torres
que doblaban en las aguas su belleza?

CORO ¡Ay! ¡La historia es olvido!

VOZ 2 Sólo el poema conserva
entre antorchas y lamentos
la palidez desnuda de Johana
y su flotante cabellera en el remanso

VOZ 3 Y la leyenda el grito de los indios:

VOZ 1 ¡Cabeza de agua!

VOZ 2 ¡Cabeza de agua!

VOZ 3 ¡Cabeza de agua!

Golpe de música

MEDIO CORO ¡Fue el rencor del Yare!

MEDIO CORO ¡Fue la furia del Río!

VOZ 1 ¡Un gigante de aguas turbulentas!

VOZ 2 ¡Un abismo de pie
ciego de fango!

VOZ 1 ¡Ayayaaay!...
¡Silencio,
negro silencio del tiempo!

VOZ 2 Por eso grita la gaviota

VOZ 3 girando sobre las aguas:

VOZ 2 ¡Pobres mortales
privados de alas
y de memoria!

EPÍLOGO DE LOS PÁJAROS

- VOZ 1 Desde entonces
el marinero que baja por el Yare
- VOZ 2 o el indio que sube sus aguas en pipantes
- VOZ FEMENINA o la golondrina que perdió su alero
- VOZ 1 se preguntan:
- CORO ¿Qué dios fluvial
decretó este olvido?
- PÁJARO 1 No la abuela Amazona
la progenitora
y su gigante raza de barbados ríos.
- PÁJARO 2 No el Jordán, el río
asceta de aguas teologales.
- PÁJARO 3 No el Nilo
espejo de sepulcros.
- PÁJARO 1 No el Yangtsé de bambú
donde flota el jarrón de Po.
- PÁJARO 2 No el Danubio musical
con su cola de encajes bajo los puentes.
- PÁJARO 3 No el fraterno Paraná
cuyo inmenso rumor
crea el mar.
- PÁJARO 1 No el Rin, ni el Sena.
- PÁJARO 2 No el Guadalquivir.
- MEDIO CORO Un río de voces indias y aves emigrantes
- PÁJARO 3 Un río en que transporta mi Patria sus olvidos

CORO ¡Un río que cubre,
como una lágrima tenaz,
una ciudad dormida!

PÁJARO 1 *Lejanas campanas.*
¡A veces
suenan campanas
opacas
bajo las aguas!

Un muerto pregunta por Julia

UN ACTO

Inspirada en un cuento de Ercole Patti

Dedicado a Mimí Hammer

PERSONAJES

DOCTOR ORLANDO PAVÓN

LÁZARO TIEMPO

JULIA Su esposa

DON FERNANDO Padre de Lázaro

FABIOLA Hija de Lázaro

PEDRO SONTULE Campesino

RAÚL MONTERO

FERNANDO Hijo de Lázaro

VOZ DE ALBERTO

VOZ DE HELENA

VOZ DE TELEFONISTA

Sala o salón de entrada de una casa moderna, sofá grande central, mesa en el centro, sillas o sillones. A la derecha: puerta a la calle. A la izquierda: pasajes o puertas hacia las habitaciones e interior de la casa. En una mesa a la derecha, un teléfono. En la pared del fondo uno o dos cuadros de la última tendencia y un gran reloj de péndulo. Muebles de gente de reciente posición económica.

Antes de subir el telón puede sonar una música fúnebre y una voz poderosa recitar pausadamente el poema de César Vallejo:

Miré el cadáver, su raudo orden visible
y el desorden lentísimo de su alma,
le vi sobrevivir, hubo en su boca
la edad entrecortada de dos bocas.
Le gritaron su número: pedazos.
Le gritaron su amor: más le valiera.
Le gritaron su bala: ¡también muerta!
Y su orden digestivo sosteníase
y el desorden de su alma, atrás, en balde.
Le dejaron, y oyeron, y es entonces
que el cadáver
casi vivió en secreto, en un instante
mas le auscultaron mentalmente, y ¡fechas!

Se abre el telón.

DR. ORLANDO PAVÓN. —*Entra o acaba de entrar de la calle. Voz alta.*
—¿No hay nadie en esta casa?

VOZ DE JULIA. —*Desde el interior.* —¡Ya voy, Orlando! ¡Espérame que me arregle un poco! —*En voz más alta.* —¡Papá! ¡Aquí está el Doctor Pavón!

Orlando toma una revista de una mesita. Va a sentarse cuando llaman a la puerta. Abre y, ante su mirada aterrada, aparece Lázaro Tiempo, quien parece fatigado o enfermo, muy pálido, a través de la obra esa palidez va aumentando.

Lázaro entra lentamente. Se apoya en la pared, titubeante y débil.

ORLANDO. —*Lo mira. Retrocede abriendo los ojos desorbitadamente. Hace un gesto de miedo y de sorpresa. Da un paso. Quiere hablar. Se le traban las palabras, pero al fin exclama, casi en un grito.* —¡Lázaro!

LÁZARO. —*Sonríe débilmente asintiendo.*

ORLANDO. —*En voz muy baja.* —¿Eres tú?

LÁZARO. —¡Sí, ya lo ves!



- ORLANDO. —Pero ¿cómo es posible? —*Se le acerca un poco.* —¿Estás vivo o qué?
- LÁZARO. —*Con un gesto vago de impaciencia.* —Sí. ¿No me ves? ¿Quién puedo ser?
- ORLANDO. —¡Sí te veo! Pero, ¿cómo estás vivo?
- LÁZARO. —Cosas de la ciencia. ¡Un tratamiento!...
- ORLANDO. —¿De quiénes? ¿Qué tratamiento?...
- LÁZARO. —*Otro gesto incierto con la mano.* —¡Experimentaron conmigo, hombre!
- ORLANDO. —Pero ¿cómo? ¿qué es lo que sabes de ti mismo? ¿dónde has estado?...
- LÁZARO. —Ya hablaremos de eso. Ya hablaremos... ¡Lo importante es que estoy de regreso!
- ORLANDO. —Pero ¿qué puede quedar de un hombre después de diez años de muerto?
- LÁZARO. —*Somrisa lúgubre.* —¡Lo que había! ¿O crees que no había nada en mí capaz de sobrevivir?
- ORLANDO. —¡Déjate de bromas! ¡Todo lo que cuentas es inaudito! Increíble si no te viera. Pero. —*Fijándose en él.* Estás muy pálido. Te oigo la voz cansada. ¿Cómo te sientes?
- LÁZARO. —*Un poco débil.* —Vengo del frío...
- ORLANDO. —¿De qué frío? ¡Explicáte hombre! Ya bastante misterio es tenerte aquí. ¿Qué miras?
- LÁZARO. —*Mirando la habitación.* —Me costó comprender que esta es mi casa. ¡Todo ha cambiado!
- ORLANDO. —No cambies el tema. ¿Acaso no soy tu amigo? ¡Cuéntame!...
- LÁZARO. —*Señalando hacia el interior.* —¡Quiero ver a Julia!
- ORLANDO. —¿A Julia? —*Cae en la cuenta de la escena que viene. Titubea.* ¡Claro! Sí... pero... espera... Hay que decírselo en alguna forma. El susto le puede causar un infarto!

LÁZARO. —¡No! ¡Llévame donde ella! ¡Se alegrará de verme!...
¡Dame la mano! ¡Me siento un poco... inseguro!...

ORLANDO. —*Se le acerca.* —Lázaro le echa el brazo buscando apoyo
—¡No estás bien Lázaro, tiembblas! Tiembblas, estás frío...

LÁZARO. —No tiemblo. Estoy emocionado.

ORLANDO. —La emoción es demasiado fuerte, claro! ¡Mejor siéntate!
¡Descansa! Voy a llamarla. —*Se detiene. Lázaro se niega a sentarse pero se apoya en el espaldar de una silla.* —¡Julia! ¡Julia!
—*Se oyen pasos.*

JULIA. —*Sale recién bañada, fragante, muy maquillada.*

ORLANDO. —*Tratando de amortiguar el golpe.* —¡Julia! ¡Cierra los ojos...
una sorpresa, Julia!

JULIA. —*Que desde el primer momento queda paralizada. Abre los ojos como que se asfixia, lanza un grito y cae desmayada.*

ORLANDO. —*La sostiene antes de que caiga al suelo, la reclina, trata de reanimarla.* —¡Julia! ¡Julia! —*Llama en altas voces.* —¡Don Fernando!
¡Fabiola!

Lázaro intenta, con temor, dejar la silla en que se apoya pero...

FABIOLA. —*Un puertazo y aparece veloz, nerviosa y ve a su madre en el suelo.* —¿Qué pasa doctor?

ORLANDO. —¡Tu madre se ha desmayado!

FABIOLA. —¡Mamá! —*Se arrodilla presurosa.* ¿Y por qué? ¿Qué le ha pasado?

ORLANDO. —¡Ha regresado tu padre! —*lo señala.*

FABIOLA. —¿Mi padre? —*Se vuelve, se pone de pie. Lo observa incrédula.*
—¿Usted... mi padre?

LÁZARO. —¡Sí, hija! ¡Yo! ¡He vuelto! —*Abre los brazos como para recibirla.*

FABIOLA. —*Retrocede sin dejar de mirarlo fijamente.*

LÁZARO. —*Débilmente.* —¿No me reconoces?



JULIA. —*Que ha vuelto en sí, intercepta el diálogo con Fabiola.* —¿Lázaro? ¿Estoy loca? ¿Cómo es posible esto? Lázaro, ¿eres tú? ¡Háblame! ¿Cómo voy a creer todo este sueño? ¡Si yo misma te recogí muerto! ¡Si te acompañé hasta el sepulcro! ¿Cómo has vuelto? ¡Respóndeme, Lázaro! —*Grita histérica.* —¡Don Fernando! ¡Don Fernando!

ORLANDO. —*Simultáneamente.* —¡Es él Julia!... dice que lo sometieron a un tratamiento... —*Mirando a Fabiola.* —¡Es Lázaro, Fabiola!

JULIA. —*Incorporándose.* —¡Es tu padre, Fabiola!

FABIOLA. —*Como saliendo de un sueño.* —¡Yo tenía otro recuerdo! ¡Lo había transformado!

ORLANDO. —¡Es él mismo, Fabiola!

FABIOLA. —*Se vuelve contra la pared y llora.*

LÁZARO. —*Queriendo dar un paso hacia ella, pero no puede.* —¡Hija!... ¡No llores!...

DON FERNANDO. —*Apareciendo en chinelas, a medio abrocharse, asustado, algo encorvado.* —¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

JULIA. —*Llena de nervios, pero guardando distancia con Lázaro.* —¡Su hijo! ¿No lo ve? ¡Increíble! ¡Dice que está vivo!

ORLANDO. —*Simultáneamente.* —¡Es Lázaro! ¡Ha regresado! ¡Háblale Lázaro!

DON FERNANDO. —*Levantando los brazos, desconcertado pero feliz* —¡Lázaro! ¡Hijo! ¿Estoy soñando?... ¿Cómo es posible?

LÁZARO. —*Voz lenta y lánguida.* —¡Eso digo yo, papá. Eso digo yo!... ¡Me parece que despierto de un sueño! —*Se abrazan.*

Lázaro se deja caer en la silla.

JULIA. —¡Fabiola! ¿Ya no recordabas a tu padre?

ORLANDO. —¡Han pasado diez años, Julia!

FABIOLA. —*Secándose las lágrimas.* —Yo te había transformado en el recuerdo. Pero eres igual a tu retrato.

LÁZARO. —*Mirándolos a todos.* —¡Todos han cambiado!

ORLANDO. —*Mirando a todos y luego a Lázaro.* —¡Todos han cambiado, menos tú!

DON FERNANDO. —Cierro. ¡Eres el mismo!

JULIA. —Nos tienes sobre ascuas, Lázaro; te estoy oyendo hablar y todavía me parece mentira. ¡Cuéntanos cómo fue!...

LÁZARO. —¿Qué más quieres? ¡Estoy aquí, de vuelta! ¡Creyeron que yo era necesario y aquí estoy!

ORLANDO. —Pero, ¿quiénes son esos que te creen necesario?

JULIA. —*Sin esperar respuesta.* —¿Y para eso esperaron diez años? Lázaro, ¿por qué tardaste tanto? ¿Te parece justo?

LÁZARO. —*Con sorna.* — Un muerto tiene que ser oportuno.

JULIA. —No seas macabro, Lázaro.

DON FERNANDO. —¡No lo interrumpas! ¡Habla, hijo! ¡Cuéntanos, supongo que esto no es un Secreto de Estado!

LÁZARO. —Sí es.

DON FERNANDO. —¿De qué Estado? ¿No eres tú la cabeza?

ORLANDO. —Acláranos. Cuando te asesinaron tu muerte se convirtió en Secreto de Estado; ahora tu regreso ¿es también Secreto de Estado?... ¿Estás bromeando?...

LÁZARO. —Eres el intelectual del partido y se te olvida que el Estado Socialista es la más alta conquista de la humanidad. El Estado es el gran cerebro del pueblo. El gran Estado es lo único que puede llenar el gran vacío de esa gran mentira que es Dios. Por eso, si el Estado necesita olvidar, olvida; si necesita recordar, recuerda. El Estado es dueño del tiempo. Un día condena, otro día rehabilita. Ahora la autoridad se ha gastado y el Estado saca su ficha limpia para jugar en la vida...

JULIA. —¡Como una ruleta! ¡Y que la esposa lo llore diez años como una cabra! —*Risas.*

LÁZARO. —¡Julia!



DON FERNANDO. —¿Eso esperan de ti?

LÁZARO. —No he dicho nada.

ORLANDO. —Claro que lo has dicho y bien claro ¡vuelves a eso!

DON FERNANDO. —En eso, quien lo planeó, creo que no se equivocó de ficha. Fuiste el más grande líder revolucionario de este país.

JULIA. —Tu entierro fue la manifestación más grande que se ha visto en la capital. Lo reconocieron hasta tus enemigos.

LÁZARO. —*Cobrando vida.* —¡Eso quiero saber! ¿Qué se guarda de mí?

ORLANDO. —Seamos realistas. ¡Son diez años!

LÁZARO. —¿Qué quieres decirme? ¿Que he llegado tarde?

ORLANDO. —¡Hombre, no seas tan suspicaz!

LÁZARO. —Tú fuiste mi mejor amigo, Orlando; tú conoces la versión oficial. Tú debes conocer más. Orlando respóndeme: ¿Quién me mandó matar?

ORLANDO. —*Molesto.* —¿Por qué me lanzas esa pregunta a boca de jarro? ¿Dudas de mí?

LÁZARO. —Eres el intelectual, el ideólogo, mi brazo derecho, ¿o no?

ORLANDO. —¿Y qué?

LÁZARO. —No me continuaste. Siento que me han traicionado. Es una intuición. Siento un muro.

DON FERNANDO. —Sé comprensivo hijo.

JULIA. —*Cortando.* —Hemos cambiado... Tienes que sentirnos extraños... ¡Es una muerte de diez años!... ¿Te parece poco?

LÁZARO. —Sí, sí, Julia!... De sobra lo sé!... —*Señalándole el rostro.* Todo cambia —*Sonrisa forzada.* ¡Antes no te maquillabas así!

JULIA. —*Con resentimiento.* —¡Claro! ¡Tú no has cambiado, sigues el mismo! Pero yo soy mujer y he vivido diez años más.

ORLANDO. —Lo que te dice tu mujer es la realidad. ¡En diez años no puedes, no debes ser el mismo!

DON FERNANDO. —*Mediando.* —Comprende, Lázaro. El tiempo es el tiempo.

FABIOLA. —*Con coquetería.* —¿Y yo papá? ¿Cómo me ves? ¿He cambiado? —*Se muestra.*

LÁZARO. —¿Tú? ¡No te hubiera reconocido en la calle!... Y menos vestida así. —*Le señala la minifalda.*

JULIA. —¡Lázaro! —*Le reprocha.*

FABIOLA. —Es la moda, papá. Tienes que ponerte a la moda... eres joven todavía.

LÁZARO. —*Dando muestras de cansancio y debilidad al hablar.* —No he regresado para ponerme a la moda...

FABIOLA. —*Se le acerca y le toca la frente.* —Papá, ¿te sientes otra vez mal? ¡Estás frío, necesitas calor!

LÁZARO. —*Con la cabeza baja y con un fondo de rencor.* —¡Ni tú ni tu madre me han dado el calor de un abrazo!

DON FERNANDO. —*Tratando de llenar el vacío.* —¡Hijo, yo te he abrazado!... Pero... ¿cómo pides que actuemos como seres normales si todo esto es increíble?...

LÁZARO. —*Inquieto.* —¡No veo a Fernandito, mi hijo! ¿Dónde está Fernando? ¡Ya es hora de que estuviera en su casa!

Silencio confuso y miradas mutuas.

DON FERNANDO. —Tu hijo Fernando...

JULIA. —*Con énfasis.* —Tu hijo ya es un hombre. Lo dejaste de 15 años; ahora tiene 25.

LÁZARO. —No se acostumbra la mente a esos saltos. —*Señalando inquisitivamente a su padre y a su mujer.* Espero que no hayan echado a perder mi obra. El abuelo y Julia eran demasiado blandengues.

Nuevo silencio. Se miran confusos.

ORLANDO. —Lo primero que tienes que hacer, Lázaro, es acostumbrar tu mente, como tú dices, a esos saltos. La historia existe.

Deja huellas...

DON FERNANDO. —Además, cada generación inventa su mundo. ¿Que es poco lo que vivió tu hijo —tu asesinato, el cambio del mundo— para no tomar sus propias decisiones?

LÁZARO. —¿Qué me quieren decir con eso? ¡Hablen! ¿Qué me ocultan?

Silencio embarazoso.

Lázaro mira a su alrededor.

LÁZARO. —Quiero ir a mi despacho. Espero que mi biblioteca le haya servido a Fernandito. Todo lo puse en él para que fuera mi sucesor. —*Irguiéndose forzadamente.* ¡La obra de Lázaro Tiempo necesita un segundo tomo!

ORLANDO. —*Ante la indecisión de los otros.* —¡Lázaro, espera! ¡Descansa un poco!

FABIOLA. —*Imprudente.* —¡Ya no hay biblioteca, papá!

LÁZARO. —*Deteniéndose furioso.* —¿Qué dices?

JULIA. —*Nerviosa y rápida.* —Tu biblioteca la expropiaron a tu muerte. ¿Te olvidas de lo que sembraste?

DON FERNANDO. —Dijeron que era de utilidad pública.

JULIA. —¡Tú hiciste ese Estado que nada respeta, ni tu misma voluntad!

Lázaro intenta andar pero le faltan las fuerzas y para no caer se apoya en la pared.

ORLANDO. —*Acudiendo a ayudarlo.* —¿No te parece que te estás sobregirando?

DON FERNANDO. —Tienes que ir asimilando las cosas poco a poco.

JULIA. —Acuéstate en el sillón...

Orlando y Fabiola quieren arrecostarlo.

LÁZARO. —¡Quiero valerme solo!

ORLANDO. —¡Pero si estás fatigado!

DON FERNANDO. —Hemos vivido demasiado en pocos minutos.

Julia ha salido por un minuto y vuelve con una cobija de lana, Fabiola se la quita y abriga a su padre. Éste se deja cubrir y la observa con cariño.

FABIOLA. —Debes cubrirte; entrar en calor, pero eres un cabeza dura.

LÁZARO. —Ya eres una señorita, ¡me parece mentira!

FABIOLA. —¿Me ves muy distinta?

DON FERNANDO. —Nada cambia más que una niña que se hace mujer.

LÁZARO. —¡Me imagino que todo ese endiablado modo de vestir es el del verano de Berlín!

FABIOLA. —¡No fui a Alemania, papá!

LÁZARO. —¿Cómo? —*Tratando de incorporarse. A Julia.* ¿No estaba todo arreglado y pagado el seguro para que Fabiola siguiera la carrera de economista en Berlín?

JULIA. —¡Que te diga ella!

FABIOLA. —¿De dónde sacaste, papá, que yo fuera buena para economista? ¡Me colgaron en matemáticas!

LÁZARO. —¿Y qué hiciste?

El reloj da ocho fuertes campanadas.

LÁZARO. —*Señala y se queda con la mano en alto oyendo las campanadas.*
—¡Me suena extraño el tiempo!

JULIA. —¡Las ocho, Dios mío!

Se levanta mientras toda la escena se reduce a oscuridad. Sólo un haz de luz la sigue a ella, quien se dirige al extremo opuesto, a una mesita donde está el teléfono. Marca un número.

JULIA. —*Sólo ella iluminada. Sus primeras frases en voz secreta.* —¿Alberto?

VOZ. —*La voz de Alberto se oye en un parlante fuera de escena.* —Sí, Julia.
¡Soy yo!

JULIA. —Ha sucedido algo increíble. ¡Escúchame!

VOZ. —Te escucho. ¿Qué ha pasado?

JULIA. —Vas a creer que estoy loca, pero tengo que decírtelo; es como un terremoto!

VOZ. —*Preocupado.* —¿Qué pasó? ¡Dímelo!

JULIA. —Tienes que creerme, Alberto. ¡No creas que te miento! Es increíble lo que te voy a decir.

VOZ. —¡Déjate de preámbulos, Julia! ¡Ya me tienes nervioso!

JULIA. —¡Ha regresado Lázaro!

VOZ. —¿Qué Lázaro?

JULIA. —¿Y qué otro? ¡Mi marido!

VOZ. —¡Vamos Julia! ¡Déjate de tonterías! ¡Le dieron tres balazos mortales! ¡Yo mismo lo metí en el cajón!

JULIA. —Pues ha regresado y esto acaba con todo, Alberto.

VOZ. —¡Julia! ¡Ya te dije que esas pastillas para adelgazar te estaban haciendo daño!

JULIA. —*Marcando cada palabra.* —Alberto: *óyeme bien.* Esto no es cuestión de pastillas ¡A-quí es-tá Lá-za-ro! ¡Aquí! ¡Ha regresado! ¡Está con su padre, con el doctor Pavón, con Fabiola! ¡Está vivo! Y te hablo para que no vengas. No quiero que nos vea. Cualquier cosa puede delatarle algo y sería un golpe muy grande para él...

VOZ. —*Que ha tratado varias veces de interrumpirla.* —¡Mira! ¡Óyeme! ¡Óyeme, Julia! ¡Para decirme que no vaya hoy hubieras podido inventar cualquier cosa y no esa historia que parece de Hitchcock!

JULIA. —¡Alberto! ¡Te estoy hablando en serio! ¿Cómo puedes suponer que sea tan atrabiliaria?

VOZ. —*Enojado.* —¡Estrás bebida, Julia! ¿A qué fiesta fuiste?... ¡Hasta aquí te siento el olor a whisky! ¡Ya te dije que no bebieras con esas malditas pastillas! ¡Vas a acabar en el manicomino!

JULIA. —*Desesperada*. —¡Alberto, óyeme! ¿Cómo quieres que te lo diga? Es cierto todo. ¡Te lo juro por lo que más quiero! ¡No puedo tardar mucho hablando! ¡Créeme, por favor! ¡Lázaro está aquí! ¡Aquí es un cataclismo, pero está aquí! ¡Comprende!

VOZ. —¡Julia local! ¿Estrás esquizofrénica? ¿No te das cuenta que nadie resucita y menos a los diez años?

JULIA. —Ellos lo volvieron; yo no sé cómo pero aquí está.

VOZ. —¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? ¡Estás loca! ¡Estás de remate! ¿Estás desvariando...?

JULIA. —*Impotente y desconsolada*. —¡Está bien Alberto! Estoy desvariando ¡pero no vengas hoy! ¡No vengas por favor! Otro día hablaremos. O nunca. Tenemos que destruir todo.

VOZ. —Pero ¿qué te está pasando, Julia? ¿Es un ultimátum?

LÁZARO. —*Llamándola en la oscuridad*. —¡Julia!

JULIA. —*Nerviosa*. —¡Sí, que no vengas, Alberto! Mi marido está aquí. Corto. Me está llamando.

Pone el escuchador y se ilumina automáticamente el resto del escenario.

LÁZARO. —¿Por qué permitiste, Julia?...

JULIA. —*Más nerviosa*. —Perdóname, Lázaro. Es que... estaba cancelando... un compromiso.

LÁZARO. —No, mujer. Me refiero a Fabiola. ¡No estoy conforme! ¡Nunca debías haber permitido que la niña!...

JULIA. —*Visiblemente nerviosa, habla precipitadamente*. —¡Son tantas cosas, Lázaro! ¿Qué quieres que te diga? ¡No sé ni por donde comenzar!

DON FERNANDO. —Mira Lázaro, reflexiona. Tú creíste dejar arreglado todo, pero cuando te mataron a ti, mataron muchas cosas. Tienes que conocer la realidad que pisas y eso no se puede hacer en media hora.

LÁZARO. —Y ustedes dejaron —rú, Orlando— que esto fallara.

Se han aburguesado. Desde que entré lo sentí en el aire.

FABIOLA. —Papá, ¿no te fijas que te hace daño esta discusión?

LÁZARO. —Luchando con su impotencia, con desesperación —¡Sí!
 ¡No quiero discusión! ¡No he venido a discutir! —*Se incorpora con un esfuerzo superior a sus fuerzas.* —¡Quiero entrar a mi casa!...
 ¡No he podido todavía entrar a mi casa! —*No puede, se derrumba en el sillón. Todos hacen el intento, incorporándose, de ayudarlo.*
 —¿Y Fernandito? ¿Por qué no viene mi hijo?... ¿No es hora ya de que un joven vuelva a su casa?

JULIA. —*Después de mirar a todos, un poco desconcertada.* —No... no tardará, Lázaro, pero ¿por qué te excitas así?

DON FERNANDO. —¿Qué te pasa, hijo? ¿Te sientes mal?

ORLANDO. —Lo que necesitas es descanso, coméndelo.

LÁZARO. —¡Estoy cansado del descanso! ¡La historia no espera!

DON FERNANDO. —¿Qué historia, hijo? ¡Primero es la vida!

Golpean la puerta. Expectación. Julia, nerviosa, va a abrirla y se adelanta Fabiola que intenta hacer lo mismo. Ambas cubren la vista de Lázaro por breves instantes. El recién llegado es un hombre de 55 ó 60 años, campesino, de rasgos indígenas.

JULIA. —*Abriendo la puerta.* —¡Ah! ¡Pedro Sontule!

FABIOLA. —*Con cariño* —¿Qué tal, Pedro?

SONTULE. —*Quintándose el sombrero.* —Perdonen una entrada por salida. Sólo quería saludarlos, doña Julia, niña Fabiola, don Fernando, vengo del cementerio. Hoy es el aniversario del finado.

LÁZARO. —¿Quién es? ¿Quién habla?

SONTULE. —*A Julia y Fabiola. Todavía sin ver a Lázaro.* —¡Qué pena, doña Julia! ¡Una corona seca! ¡Cómo el tiempo lo cubre todo!

ORLANDO. —*Acercándose a Lázaro con prisa.* —Te dejo, Lázaro. Tengo una cita. Vendré mañana.

JULIA. —¡Es Sontule, Pedro Sontule!

LÁZARO. —A Orlando. — No, Orlando. Te necesito para regresar a la historia.

ORLANDO. —¡Tengo un compromiso, hombre!

LÁZARO. —¡Nada, nada! Tengo mucho que hablar contigo...
—*Mirando a Sontule que avanzó, que se detiene asustado y que más bien retrocede.* —Pedro Sontule, ¿qué te pasa?

JULIA. —¡Es Lázaro, Pedro!

Sontule da un paso atrás sin dejar de ver a Lázaro y, después de reconocerlo, mantiene la distancia y habla sin verlo, mirando al vacío.

SONTULE. —Yo soy sólo un pobre que ha sido engañado muchas veces. ¡Oigo! sí oigo. ¿Veo? sí, veo. Pero...

JULIA. —¿No ves que es él mismo?

SONTULE. —¡Eso es lo terrible!

DON FERNANDO. —¡Acércate, hombre! No seas niño... ¿Por qué te quedas tan distante?

SONTULE. —Vengo del cementerio de poner unas flores sobre la tumba de don Lázaro. Esa es mi distancia.

LÁZARO. —Pero he vuelto. ¿No has sido mi compañero, mi guardaespaldas, mi sombra...? ¿Qué temes?

SONTULE. —*Tras un breve silencio.* —Cuando yo volví, Lázaro Tiempo estaba en tierra con tres balazos.

LÁZARO. —*Poco a poco se yergue.* —¿A qué te refieres? ¿Por qué dices que volviste? ¿Dónde estabas? ¿No era tu sitio estar a mi lado?

SONTULE. —*Silencio.*

LÁZARO. —¡Respóndeme! Soy tu jefe y tu amigo.

SONTULE. —*Silencio.*

ORLANDO. —Él me ha contado que recibió un llamado. Fue una coincidencia. Una de esas fatales coincidencias.

LÁZARO. —¿Quién? ¡Habla, Pedro! ¿Llamado de quién?



SONTULE. —Si usted tuvo arte para volver a la vida, usted debe saber eso y muchas cosas más que ignoramos los mortales. ¡Sólo yo sé lo que me ha costado este silencio!

LÁZARO. —*Impaciente.* —¿De qué estas hablando, Pedro Sontule? ¿Quién te cobra ese silencio?

SONTULE. —¡Todos, todos! ¡Usted mismo me preguntó, me cree cómplice! Diez años tengo de estar justificando mi inocencia. ¡Esa es la desgracia del pobre... que siempre tiene que estar probando que es inocente!

LÁZARO. —¿Me reprochas una pregunta? ¿No tengo derecho a saber...? ¡Te siento distinto, Pedro Sontule! ¿No estuviste en el poder, conmigo? ¿No puse mi confianza en ti? ¿Qué piensas de mí?

SONTULE. —De usted nada. Usted pasó a mejor vida. Pero desde la muerte de Lázaro Tiempo hay un pensamiento que me despierta: ¿qué fui yo para el jefe? ¿un perro que cuidaba, un perro que mordía? Yo reflejé el poder de Lázaro Tiempo. Todos le temían. También a Pedro Sontule le temían. Yo tenía obligación de desconfiar de mis amigos. También mis amigos desconfiaban de mí. Ese fue mi poder; quedarme solo. Antes comía y bebía con mis amigos y no esperaba que se pasaran de tragos para ir a contar a la Seguridad lo que decían. Recuerdo que decía mi padre: señal de Dios en el pájaro, el nido; en la araña, la tela; en el hombre, la amistad. ¡Perdí la señal! ¡Hasta mi hijo cogió su propio camino. La soledad, ese fue mi poder...!

LÁZARO. —¿Que locuras estás diciendo?... —*Irguiéndose y dándole autoridad a su voz.* —¡Déjate de pensar, Sontule! ¿No te decía antes “déjame pensar a mí”? Pues eso te digo ahora. Nos quedamos a medio camino, pero he vuelto y te necesito a mi lado. ¿Me entiendes?

Sontule da otro paso atrás.

FABIOLA. —Papá, estás otra vez sudando. ¡No debes exaltarte!

LÁZARO. —¿Qué le pasa a este hombre, Orlando? ¡No me da la espalda, pero tampoco me ve! ¡Llámalo! ¡Que me mire! ¡Estoy vivo! ¡Parece que fueran ustedes los muertos!

FABIOLA. —Mamá, ¿no ves cómo está de pálido?

JULIA. —Pero no entiende.

DON FERNANDO. —Julia, tráele un poco de cognac.

Sale Julia.

ORLANDO. —Pedro ha sufrido en su lealtad porque se separó de ti cuando te dispararon.

LÁZARO. —*Cansado.* —¡Pero no habla!

ORLANDO. —¿Qué quieres? Ese silencio tiene diez años; si lo guarda es porque tal vez defiende su vida.

Sale Julia con un vaso y una botella de cognac. Le sirve fuerte. Este momento lo aprovecha Pedro Sontule para hacer mutis hacia el interior de la casa, encogido y silencioso.

JULIA. —¡Béberelo!

Lázaro toma la copa. La bebe. Le causa un poco de tos. Todos esperan en silencio el resultado.

LÁZARO. —*Sonriendo.* —¡El trago que me has dado resucita a un muerto!

DON FERNANDO. —Me alegro, hijo, me alegro. Pero ten calma. Aprovecha que me tienes a mí, que tienes a Orlando y ponte al día. A la historia no se puede entrar por la puerta trasera. El tiempo que viviste ya pasó.

LÁZARO. —¿Cómo no voy a apresurarme? ¿No oyeron al pobre Pedro Sontule?... ¡Es la imagen de un pueblo sin jefe!

ORLANDO. —Tal vez es mejor que pienses que es la imagen de un pueblo que ha cambiado.

LÁZARO. —Ha cambiado porque ha bajado la guardia. Porque han perdido la mística y la voluntad.

ORLANDO. —¿Por qué no hablas con los jóvenes? ¿Por qué no hablas con Raúl Montero?

LÁZARO. —¿Monterito? ¿Ese jovencito engreído?



ORLANDO. —Hoy es el secretario del partido.

LÁZARO. —Eso te prueba la urgencia de mi regreso. ¡Estamos degenerando!

DON FERNANDO. —Eres injusto. Dijo un discurso magnífico en tu entierro.

LÁZARO. —*Risa agria.* —¡Fue mi enterrador! ¡Qué gloria!

FABIOLA. —Papá, ya estás otra vez en discusión.

Suena el teléfono. Se oscurece lentamente el escenario y sólo queda un haz de luz que ilumina el teléfono y a Orlando que lo toma.

La voz de Raúl Montero se oye fuera de escena ampliada por un parlante.

ORLANDO. — ¡Hola! ¿Quién habla?

VOZ. —Raúl Montero. He estado tratando de localizarlo, doctor.

ORLANDO. —¡Ah! ¡Hola Raúl! ¡Qué casualidad! ¡Hablando de ti estábamos!; Esto sí que se llama telepatía!

VOZ. —Espero que me hayan tratado bien, ¿quiénes eran?

ORLANDO. —Es... es difícil explicarte. —*Azorado, no encuentra palabras; cambia de mano la bocina.* —A ver si no caes redondo al suelo al oír lo que voy a decirte. ¡Lázaro... Lázaro Tiempo, ha regresado!

VOZ. —*Ruido de risa.* —Mire, doctor; como abogado tiene usted muchos recursos, pero si quiere criticar mi política no me hable en parábolas.

ORLANDO. —¡No, no Raúl! No hablo en parábolas. Lázaro Tiempo está vivo.

VOZ. —Conozco muy bien los cuadros del partido, doctor. Yo no le niego que haya por ahí algún extremista, que todavía añora la política de Lázaro Tiempo, pero eso ya pasó.

ORLANDO. —Raúl: estás tomando el rábano por las hojas. Me estás entendiendo mal. Óyeme: lo que quiero decirte...

VOZ. —*Riendo.* —¡No me desilusione, doctor! ¡La juventud ya barrió con eso!

ORLANDO. —*Que ha querido introducir su palabra sin lograrlo, mueve la cabeza vencido.* —Está bien, Raúl; está bien, sólo quería decirte algo... increíble pero... comprendo que no es posible explicártelo por teléfono.

VOZ. —Ya, ya hablaremos doctor. Sólo quería localizarlo para llegar.

ORLANDO. —A tus órdenes, Raúl. Estoy en casa de doña Julia.
—*Rectifica.* digo en casa de Lázaro.

VOZ. —Sí, sí! Entendido. Voy para allá. —*Corta.*

Queda en el foco de luz Orlando, quien se vuelve a mirar a Lázaro. Otro foco ilumina a Lázaro. El resto de la escena en oscuridad.

LÁZARO. —¿Viene?

ORLANDO. —Es Raúl Montero.

LÁZARO. —Sí. Te oí nombrarlo. Vivir es luchar, ¿no es así?

ORLANDO. —Toma mi consejo: acepta la obra del tiempo.

LÁZARO. —La historia vence al tiempo. —*Cobrando fuerzas se incorpora un poco en el sillón.* No seas conejo, Orlando; le daré la batalla a Montero. Que me den un balcón y una plaza con gente y el país es mío.

ORLANDO. —Las palabras también mueren, Lázaro. Las palabras se gastan como las monedas. Tu lenguaje político murió contigo. Tienes que aprender la lengua de hoy para comunicarte con tu tiempo.

LÁZARO. —*Acalorándose más.* —¿Aprender de quiénes? ¿De esos muchachos atolondrados? ¡Ellos tienen que aprender de mí... pásame el teléfono!

ORLANDO. —¿Qué vas a hacer?

Lentamente ha vuelto la luz.

LÁZARO. —*Burlón.* —A comunicarme con mi tiempo.

FABIOLA. —¡Papá, no es hora!

DON FERNANDO. —*Deteniéndolo suavemente.* —¡Hijo, hay tiempo



para todo!

LÁZARO. —*Voluntarioso.* —Pásame el teléfono.

ORLANDO. —¡No te sobregires, hombre! ¿qué quieres? Espera el día de mañana.

LÁZARO. —No, no. ¡Dame el teléfono!

Orlando le lleva el teléfono al sillón donde se encuentra Lázaro. De nuevo ha ido oscureciéndose el escenario y sólo queda un haz de luz sobre Lázaro Tiempo, que saca de su bolsillo una libreta, lee y luego marca un número. El amplificador deja oír el ruido característico del disqueo y una voz que contesta:

LÁZARO. —*Esforzando la voz.* —¿Con la casa del compañero Tomás?

VOZ EN AMPLIFICADOR. —Número equivocado.

LÁZARO. —*Impaciente, marca otro número. Disqueo.* —¿Con la casa del compañero Roque?

VOZ EN AMPLIFICADOR. —Número equivocado.

LÁZARO. —*Siempre impaciente en sus gestos, marca otro número. Disqueo.* —¿Hablo con el compañero Efraín?

VOZ EN AMPLIFICADOR. —Número equivocado.

JULIA. —¡Lázaro... por favor!

LÁZARO. —¡Déjame! Llamo a mis fieles.

DON FERNANDO. —¿Qué fieles? ¿Olvidas que han pasado diez años?

LÁZARO. —*Marca con furia. Disqueo.* —¿Hablo con el compañero Humberto?

VOZ ALTOPARLANTE. —Número equivocado.

LÁZARO. —*Enérgico y colérico.* —La policía, Orlando... ¿Qué número es la policía? El Ministerio...

ORLANDO. —¿A quién vas a hablar?

LÁZARO. —Al Comandante.

DON FERNANDO. —*Coincidiendo con Orlando.* —¿Estás loco? ¿Estás loco? ¿Ya se te olvidó que tú mismo le montaste un proceso y lo eliminaste?

LÁZARO. —*Cogiéndose la cabeza con las manos. Risa siniestra.*
—¡Qué cabeza la mía! ¡Lo olvidaba!

LÁZARO. —*Tomando de nuevo el teléfono. Mientras marca:* —¡Yo sé quién va a contestarme! —*Disquea.*

VOZ DE HELENA. —¿Aló? ¿Quién llama?

LÁZARO. —¿Sabes con quién hablas?

HELENA. —Me suena tu voz. A ver, repíteme.

LÁZARO. —¿Sabes con quién hablas?

HELENA. —Me parece una voz conocida... pero no doy.

LÁZARO. —¿No te parece que hablas con Lázaro Tiempo?

HELENA. —*Molesta.* —Quien quiera que seas no juegues con eso... No lo admito.

LÁZARO. —No juego, Helena. Soy Lázaro.

HELENA. —¿Qué broma pesada quieres hacerme? ¿Quién eres tú?

LÁZARO. —¿Quién puede usar mi voz sin mi permiso?

HELENA. —Hablo en serio ¿quién eres tú?

LÁZARO. —Hablas con Lázaro, Helena. ¿Quieres que te dé la contraseña? Vuelve el que te besó el lunar...

VOZ DE HELENA. —*Un grito tremendo de pavor y corte.*

Vuelve a iluminarse la escena.

JULIA. —*Acercándose. Indignada.* —Creí que se te había curado tu cinismo, ¡pero en eso tampoco has cambiado!

LÁZARO. —*Todavía golpeado por el grito de Helena, ensaya una sonrisa.*
—¡Era una broma, mujer! ¡Una simple broma!

JULIA. —*Casi a gritos.* —¿Cómo llamas desde mi casa a esa mujer?



Me ofendes a mí y te ofendes tú mismo porque esa, tu amante, fue cómplice en tu asesinato...

LÁZARO. —*Sentándose anonadado.* —¿Cómo dices eso? ¡Eso sólo te lo pueden dictar los celos!

DON FERNANDO. —¡No grites, Julia! ¡Es un asunto delicado!

JULIA. —Delicado porque el partido metió su mano. Pero es un secreto que todo el mundo lo sabe.

LÁZARO. —*Visiblemente afectado.* —Era mi compañera más fiel... no tienes derecho a decir eso...

JULIA. —¡Fiel al partido, no a ti!

FABIOLA. —¡Por favor, le hace daño a mi papá esta discusión! ¿No lo ven?

DON FERNANDO. —Doblemos la hoja, Julia.

Golpean a la puerta de la calle.

JULIA. —*A Orlando que se levanta a abrir.* —¡Pregunte quién es, doctor!

ORLANDO. —*Abre la puerta con cautela.* —¡Ah! ¡es Raúl! ¿Qué tal hombre? ¡Entra! —*Se contradice.* —¡Espera... no te asustes!... ¡Mira quién está allí!...

RAÚL MONTERO. —¡Qué tal don Fernando; cómo le va doctor... Y usted se... —*Al saludar a Julia ve a Lázaro y se queda con la palabra en la boca y la sorpresa reflejada en el rostro. Se recobra y se acerca.* ¡Lázaro Tiempo! ¿Es un doble o un gemelo? ¡explíqueme, doña Julia!

ORLANDO. —Es Lázaro... te lo quise decir por teléfono, pero...

RAÚL. —¿Cómo podía creerle? —*Lo mira de hito a hito.* Tengo que admitir que los muertos salen.

LÁZARO. —*Con seca ironía.* —¡Salen, no. Vuelven!

RAÚL. —Pero, ¿cómo... cómo puede ser cierto lo que estoy viendo?

LÁZARO. —¿Te extraña o te molesta mi retorno?

JULIA. —*Suplicante.* —¡Lázaro ño seas así!

RAÚL MONTERO. —¿Molestarme por qué? Me extraña, me desconcierta. He dicho un discurso junto al ataúd que llevaban sus restos. Nadie puede estar preparado para...

LÁZARO. —Para el regreso de un muerto. Dilo. Pero creo que te equivocas. Si he vuelto es porque soy la historia.

RAÚL MONTERO. —Pero usted murió, Lázaro ¿o no murió? Y si murió, murió su historia. La historia muere con cada hombre... Pero ¡bueno! lo importante es que usted ha vuelto...

ORLANDO. —¡Eso le decimos todos!

JULIA. —Pero no parece darse cuenta de lo que eso significa.

DON FERNANDO. —Se molesta, se irrita porque todo ha cambiado.

RAÚL MONTERO. —*Sonriendo y señalando a Fabiola.* —¡Basta ver a Fabiola!... Además, yo espero que Lázaro Tiempo, después de haber vivido lo que vivió, le dé su experiencia y su impulso a ese cambio.

LÁZARO. —¡Te equivocas! Tú y tus jóvenes han querido cambiar la historia nueva que nosotros construimos. Yo vengo a afirmarla.

DON FERNANDO. —*Ante el impulso impaciente de Lázaro; queriendo contenerlo.* —Lázaro, te repito, oye, te conviene oír...

RAÚL MONTERO. —El joven es en sí mismo un cambio.

LÁZARO. —¿Acaso no fui yo joven?

ORLANDO. —Me agrada oírte lo.

RAÚL MONTERO. —A mí también porque la historia no se hace repitiendo la historia. Toda historia que no es creación, es tiranía.

LÁZARO. —*Esforzando su voz y en tono agresivo.* —¡La Revolución bien vale un tirano!

DON FERNANDO. —¡Hijo!

RAÚL MONTERO. —Conozco esas frases lapidarias, Lázaro; cada frase de esas es una losa que cubre miles de cadáveres...



LÁZARO. —No son frases, son las ideas que ustedes han traicionado y que necesitamos restablecer.

RAÚL MONTERO. —¡No quiero entenderte, Lázaro! Tu lenguaje ha envejecido. ¿Dónde estabas que no te has dado cuenta del cambio?

DON FERNANDO. —Eso le preguntamos nosotros.

JULIA. —No se oye más que a sí mismo.

LÁZARO. —*Irguiéndose*— Vengo de donde las ideas se defienden con la vida. No es hora de ceder sino de imponerse. Hay que golpear la mesa con el puño. Y si no se presenta una contrarrevolución, hay que inventarla para que el pueblo esté siempre tenso y vigilante.

RAÚL MONTERO. —Ya nuestra juventud dio su cuota de muertos, ahora reclama su cuota de vida. Quiere ver sus conquistas. Ya le sobran las grandes palabras; ahora quiere realidades. ¡Las humildes realidades!

JULIA. —¡Así pienso yo! Lo que queremos todos es paz.

LÁZARO. —¡Tú cállate! ¡No te metas!

JULIA. —¡Si te dijera todo lo que he oído en estos diez años!

RAÚL MONTERO. —Si vienes, Lázaro, a proclamar la violencia, vas a tropezar con un muro.

LÁZARO. —*Con fanática solemnidad.* —¡Este pueblo es de héroes, no de cobardes!

RAÚL MONTERO. —¡Está bien, Lázaro! ¡Está bien! Crees que puedes volver atrás en la historia, crees que un pueblo puede seguir produciendo héroes para el engaño y la frustración por los siglos de los siglos... Te cedo el campo. No vas a chocar conmigo, vas a chocar contra tu propio futuro, contra tu propio hijo.

Mientras habla se va retirando, abre la puerta de la calle y la cierra sin esperar respuesta.

LÁZARO. —*Se pone de pie, más pálido que nunca.* —¡Espera!

—*Al cerrarse la puerta se dirige a los restantes* ¿Por qué ha dicho eso Raúl Montero? ¡Contesten! ¿Qué ha querido decirme el engreído de Raúl Montero?

JULIA. —¿Quieres sentarte?

FABIOLA. —¡Papá, acuéstate en el sillón! Toda la noche no has hecho más que alterarte...

LÁZARO. —*Con la voz fatigada, pero siempre violento.* —Estoy haciendo una pregunta.

DON FERNANDO. —Durante toda la noche te hemos querido explicar...

LÁZARO. —¿Qué es lo que me ocultan?

ORLANDO. —Tienes diez años de ausencia ¿has olvidado eso? Aquí nadie te oculta nada.

JULIA. —Tu hijo tiene sus propias ideas.

ORLANDO. —Tu hijo es un muchacho noble y rebelde.

DON FERNANDO. —¡Así es! ¡Así es! Me siento orgulloso de él.

Golpes en la puerta.

LÁZARO. —*Con voz casi histérica.* —¡He preguntado qué me quiso decir Raúl Montero!

Golpes en la puerta. Silencio. Orlando va y abre.

Se reduce la iluminación a dos focos; un verdoso que ilumina a Lázaro; otro de luz clara que ilumina a la puerta de la calle por donde entra el hijo Fernando, con traje de clérigo, negro, de cuello blanco. La luz clara seguirá a Fernando hijo. Éste reconoce a su padre con gesto y rostro sorprendido, mientras Lázaro también reconoce al hijo y quiere ponerse de pie. Escena muy veloz de frases encontradas al comienzo.

FERNANDO HIJO. —¡Mi padre!

LÁZARO. —¡Mi hijo!

FERNANDO HIJO. —¿Vuelves de la muerte?



LÁZARO. —¡Vestido de cura!

FERNANDO HIJO. --Vestido no. Soy. ¡Soy sacerdote!

LÁZARO. —¿Qué significa esa aberración?... ¡El hijo de Lázaro Tiempo! ¿No te formé yo? ¿No eras mi amigo más íntimo, participe de todos mis secretos? ¿Cómo puedes haberme traicionado, cayendo en lo más bajo, haciéndote cura, pastor, qué?

FERNANDO HIJO. —Sacerdote católico.

LÁZARO. —¡Católico, peor, peor! Es lo último en que podías caer. Mejor te viera de mendigo...!

FERNANDO HIJO. —En cierto sentido soy un mendigo de Dios. Pero, ¡déjame hablar! Déjame decirte algo que mil veces he repetido a mis amigos como una acción de gracias a mi padre. ¿Sabes quién es el causante de mi conversión?

LÁZARO. --¿Quién?

FERNANDO HIJO. —Lázaro Tiempo.

LÁZARO. —¡No te burles de mí!

Mientras habla Fernando, entra silenciosamente en la penumbra Pedro Sontule y se queda a distancia, oyendo.

FERNANDO HIJO. —Mi amor a Lázaro Tiempo. Mi fe en Lázaro Tiempo, el hombre que no titubeó ni tuvo escrúpulos en matar a su mejor Ministro cuando creyó que ese Ministro lo traicionaba. Él creía y yo creía con él que una revolución merecía cualquier holocausto. Creía que una revolución era más grande que un hombre, más valiosa que un hombre. Creía que el paraíso se podía construir matando. Pero un día Lázaro Tiempo —el padre que yo adoraba— cayó acribillado a balazos. Y me di cuenta que habían muchas preguntas sin respuestas alrededor de su muerte. Y no me conformé con el informe de la policía. La policía mató a un hombre a quien culpó del asesinato. Yo seguí mi propia investigación. ¿Sabes quiénes mataron al padre que yo veneraba?... ¿Lo sabes?

LÁZARO. —*Reclinándose en el sillón mortalmente pálido. Casi sin voz.*

—¿Quiénes?

Lentamente va iluminándose todo el escenario.

FERNANDO HIJO. —Tus amigos más íntimos, tus más queridos y privilegiados compañeros, las cabezas de tu propio partido por el que tú habías dado todo. Y ¿sabes quién alejó de ti a tu más fiel guardaespaldas con un engaño?... ¡Helena, tu amante, tu compañera de lucha! Se lo ordenó el partido, ese monstruo que tú creaste. Habías tenido un fracaso en tus medidas económicas, pero eras demasiado fuerte. ¡Y te eliminaron! ¡Un pobre hombre cargó con el crimen! Con ese cadáver se cubrieron tus amigos. Tus más íntimos amigos. ¿Crees que yo podía seguir siendo fiel a una causa, a una ideología, a una moral que tiene esa aberrante valoración del hombre? ¿Para eso habíamos acabado con Dios? ¿Para que unos hombres ocuparan su sitio y se hicieran dueños de la vida y de la muerte de los demás hombres? Por eso me ves con este traje: he reflexionado y me he convertido. Quiero servir a quien no pide sangre humana sino que da la suya por el hombre... —*Se detiene al ver que su padre se ha acostado en el sofá y no se mueve.* —¡Papá! ¿me estás oyendo? —*Lázaro no responde. La iluminación ha regresado plenamente. Fernando hijo se acerca a Lázaro, lo observa y pregunta:* —¿Qué le pasa?

Todos alarmados se aproximan.

JULIA. —¡Lázaro! ¿Qué tienes?... ¡Don Fernando! ¡Mire, acérquese!
—*Todos rodean a Lázaro.* —¡No respira!

FABIOLA. —*Llorosa.* —¡Está blanco como un papel!

JULIA. —¡Orlando, tómale el pulso! ¡Lázaro! ¡Lázaro!

ORLANDO. —*Inclinándose, pone el oído sobre el pecho.* —¡No da señales de vida!

JULIA. —¡Dios mío! ¿Cómo es posible?

FABIOLA. —*Gritando nerviosa.* —¡Papá, papá! ¡Vuelve!

JULIA. —*Alzando la voz.* —¡Lázaro! ¿Me oyes?

DON FERNANDO. —*Que le ha cogido la mano; la coloca sobre el pecho y mueve la cabeza.* —¡Está muerto!

SONTULE. —*Para sí mismo.* —¡Siempre estuvo muerto! ¡El tiempo no da privilegios!

FERNANDO HIJO. —¡Ha sido como un sueño!

FABIOLA. —¡No es sueño, Fernando! ¡No puede ser sueño!...

Pausa de silencio ansioso.

ORLANDO. —*Agachándose.* —¡Se está destruyendo!

JULIA. —¿Qué es esto? ¡Se disuelve, Orlando!

Sontule, apretándose el corazón con la mano da un paso atrás.

DON FERNANDO. —¡Es increíble!

ORLANDO. —¡Se disuelve!

JULIA. —¡Dios mío! ¿Qué está pasando?

Se aprietan alrededor del sofá.

FABIOLA. —*Se cubre el rostro llorando.* —¡No, no! —*Se aparta. Llorando.*

FERNANDO HIJO. —¡Ya no queda nada de él!

JULIA. —No es posible, ¡qué horror!

ORLANDO. —Un puñado de polvo.

DON FERNANDO. —*Con voz ahogada y profunda.* —¡No queda nada!

Todos retroceden lentamente. Miran alelados el sofá vacío.

Golpes en la puerta de la calle.

FABIOLA. —*Que es la única que solloza, se limpia las lágrimas y hace el movimiento de ir a abrir.*

DON FERNANDO. —¡No! ¡espera! ¡No abras!

FERNANDO HIJO. —*Confuso.* —¿Qué hacemos?

Golpes en la puerta.

JULIA. —¿Qué vamos a decir?

ORLANDO. —¿De qué, Julia?

JULIA. —De esto, Orlando. De esta historia.

ORLANDO. —¿Qué historia?

DON FERNANDO. —Tienes razón, ¿qué historia?

FERNANDO HIJO. —Fue una ráfaga del pasado, solamente una ráfaga.

De nuevo golpes en la puerta.

FABIOLA. —*Se dirige a la puerta. Mira a todos, que están todavía confusos y asombrados, y con desconfianza va a abrir la puerta cuando cae el*

TELÓN